

NOVELAS CORTAS

LORENZA

DE MI TIERRA

LA ESPUMA

José L. López Barril



XIX-8.697

R. J2124

XIX-8697

~~~~~  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.  
~~~~~

José Luis López Barrio



74m 124



LORENZA

En el más alto promontorio que avanza hácia el Cantábrico, en la costa de Asturias; como un nido de águila encima de una roca, se agrupa un pueblecito en torno de una torre alta y sencilla, cuyo elevado campanario se distingue desde una gran distancia, desde el momento en que el viajero desciende al valle de esmeralda después de atravesar las quebradas vertientes de los Pirineos: grandes praderas de tupida hierba que el ganado consume á su sabor, sin otra traba ni otra guarda que la menuda esquila que á la puesta del sol llama á cada rebaño al respectivo establo, circunda y aprisiona por la parte Sur aquel montón de casas cenicientas, ve-

tustas, más decrepitas aun bajo la sombra familiar de grandes alamedas de encinas y castaños.

El clima es apacible en los meses del año en que se encuentra la vegetación en todo su apogeo y lozanía; muy llevadero en el ardiente estío: el invierno es muy crudo, porque á veces, la nieve cubre las laderas de los montes vecinos, y los extensos prados, y el ganado tiene á la fuerza que permanecer encerrado en los establos, viviendo de una vida artificial, temporadas muy largas; en esas ocasiones, el problema pavoroso de la lucha por la vida se presenta imponente, y las familias pobres de la aldea tienen que sujetarse á vivir de la pesca, precisamente en la época en que el mar encrepado socaba los cimientos de la costa con penachos de espuma que amenazan tragarse todo un mundo, como si reclamaran á la tierra víctimas expiatorias, insuficientes siempre para sus fauces constantemente abiertas.

Ese perfume penetrante y acre de las grandes cuestiones palpitantes de

la vida moderna, esa emoción continúa de luchas y pasiones de los grandes centros, las eternas miserias de la política menuda, las ambiciones sin cuartel, jadeantes, por escalar la cima ambicionada, sin compasión para los compañeros de naufragio que van quedando á un lado y otro lado, en esa gran borrasca; el anhelo del vértigo de placeres sensuales, buscando como locos goces nuevos y sensaciones no trilladas que momentáneamente puedan ilusionar la actividad del paladar gastado, no han logrado llegar á través de los montes, á aquel rincón del mundo, dormido en su ignorancia entre las brisas perfumadas de la cercana sierra y el embate continuo del imponente Océano, como arrullando en una mística balada universal y eterna la poesía y el encanto de sus costumbres patriarcales.

En medio de la aldea se levanta la iglesia, magestuosa y sombría, destilando materialmente, á través de las musgosas grietas, esa humedad augusta del tiempo y de la historia, que parece que llora la batalla continua y la

evaporación de cien generaciones; con sus ventanas góticas, por cuyos vidrios de colores se filtra á duras penas, como ténue crepúsculo, la triste luz del Norte, esparciendo en el ámplio recinto esa especie de niebla de grandeza, de amor idealizado, de humildad temerosa, de respeto instintivo; ideas que, todas juntas, forman ese pavor irreflexivo del espíritu aislado y solo frente á frente de lo sobrenatural y lo infinito; el atrio derruido se abre sobre la plaza principal del pueblo, de suelo desigual y pedregoso, sombreado por las copas de venerables castaños; y á la derecha de las gradas, medio cubierta por la enredadera que trepa lujuriente á enroscarse en sus brazos, como una víctima expiatoria, se alza una cruz de piedra, á cuyo pie se sienta el señor cura cuando el sol se pone, á explicar sus lecciones de doctrina á los mozos y mozas que en un plazo breve deben unirse en amoroso lazo, y á un montón de arrapiezos, atraídos más bien por la brillante perspectiva de las estampas y medallas.

Una tarde de Mayo, vibraba todavía

en el eter purísimo la última campanada del Angelus, cuando las tintas de este mismo cuadro, que se repetía todas las tardes, parecían borrarse poco á poco bajo el denso velo de un tranquilo crepúsculo; que hacía confundir todos los tonos en una niebla gris en que solo se destacaba la cabeza blanca del venerable sacerdote, dominando aquella muchedumbre de cabezas que le rodeaba: iba ya á terminar, cuando en lo alto de la escalinata de la iglesia se dibujó confusamente el contorno de un cuerpo, y una mujer, una niña más bien, descendió lentamente los peldaños, volviendo á cada paso la cabeza, como una sonámbula, como si la arrancaran á la fuerza de un lugar adorado; un ligero murmullo acogió, como siempre, su presencia, y alguna rústica agudeza, algunas carcajadas, vinieron á acabar con la atención y la paciencia de la sencilla asamblea.

Ella llegó en silencio, y se sentó en el corro, tratando de poner toda su alma en las últimas palabras del buen cura; podría tener muy bien hasta diez y ocho años, á juzgar por sus movimien-

tos severos y magestuosos, ese aplomo de la mujer que se sabe un esquisito fruto en toda su madurez, y el desarrollo de su seno; pero la frescura del cútis, tostado por la brisa del mar, ligeramente mate y aterciopelado, como la pelusa del melocotón, le daba el atractivo, la especie de impalpable serenidad de ese momento en que el capullo pugna por violentar su cárcel y embriagar el ambiente con sus perfumes vírgenes: sus grandes ojos, serenamente abiertos, de un azul transparente, como de lago que á través de la cristalina superficie permite adivinar hasta los últimos detalles del arenoso fondo, ese color del mar, que estaban acostumbrados á reflejar desde el primer asombro de la vida, tenían el destello de una luz interior, de un mundo imaginario, posible solamente para ellos, con esa vaguedad, esa tenaz firmeza, ese extravío que suelen delatar á simple vista á los espíritus desequilibrados ó vegetando fuera de su atmósfera.

Dos grandes trenzas de cabello, brillante como el oro, caían sobre su es-

palda, hasta las corvas, formando con las cejas, también rubias, un adecuado marco al óvalo perfecto de la cara, en que se destacaba la mancha roja, de color de cereza, de los labios voluptuosos y húmedos: tenía puesta una falda de percal oscuro, y un holgado corpiño de paño negro, ribeteado de galones que habían sido de plata, todo ya muy usado y en estado deplorable, pero limpio y zurcido con el esmero de una miseria digna, que vale mucho más que una opulencia sin decoro, y delatando á simple vista la mano previsora de un ser idealizado por amor, mirándose en la luz de aquellos ojos como en la gloria prometida: el movimiento irreflexivo de espectación que producía siempre su llegada, se calmó bien pronto, y todos los chiquillos vinieron á sentarse sobre sus rodillas, á jugar con sus trenzas, á morderle las manos: ella dejaba hacer, y sonreía siempre, porque sabía que todos la querían, que todos la estimaban en el fondo, aunque todos también, ignoraban porqué, con sus punzantes sátiras y su insultante compasión, la mataban un día y otro

día; aquella era Lorenza, la idiota de la aldea.

Todos los días, á la misma hora, cuando el sol en la mitad del cielo se reflejaba como en un espejo en la nieve de las próximas cumbres, ó abrasaba con sus rayos perpendiculares las doradas mieses, hacía el mismo camino, con el paso ligero, las pupilas cargadas de un mundo de ilusión, la sonrisa en los labios, para volver á aparecer como una sombra, en las gradas del templo, con las primeras tintas del crepúsculo, completamente transformada, y sobre el pálido semblante ese velo sombrío de la impotencia sin consuelo, y del amor sin esperanza: de tiempo inmemorial, desde que había tenido uso de razón, se la podía ver allí, como un átomo errante, en medio de la fría soledad y la medrosa penumbra del húmedo recinto, como una fantasma, atizando la lámpara de una capilla lateral, limpiando de puntillas, el polvo de los confesonarios y los bancos, acurrucada en un rincón, junto á una verja puesta allí como férrea muralla que cohartara sus pasos, pero no el

pensamiento, ni el vuelo ilimitado de la mirada ansiosa, cargada de preguntas sin respuesta, preñada de respuestas sin pregunta, pugnando por hallar en el conjunto gris del recargado adorno del altar deteriorado y cubierto de polvo, en los átomos de oro que los rayos del sol hacían palpar al filtrarse á través de una vidriera de color, el pálido reflejo, los efluvios del éter de un cielo prometido, y en aquella actitud, en aquel éxtasis, el tiempo no existía para ella; las horas transcurrían como un soplo, en un diálogo eterno sin palabras, una seráfica contemplación, hoy como ayer, mañana como hoy, y siempre el mismo cuadro, en que veía desfilas la imagen devorada con la imaginación más bien que con la vista, pero no ya con el crispante hielo, la rigidez desesperante de la materia inerte, sino con la enervante actividad de un mundo entero de promesas, la esperanza insensata de una correspondencia verosímil, los goces inefables, los desfallecimientos de unos amores de otra atmósfera, en que el día es eterno, eternos la ilusión y la

frescura, sin esos mil detalles de la prosa diaria que un momento tras otro le asesta un nuevo golpe; eterna la fusión de los espíritus, fundidos para siempre en un beso ideal, una sola explosión, como si esos amores fueran el germen, la idea matriz de todo lo existente, como si ellos bastaran para hacer palpitante en una onda sonora colosal el universo entero, para barrer, en un segundo, ese polvo de mundos que gravitan en un espacio imaginario: y con aquella idea, con aquella locura, cuyo mayor pecado era vivir en una atmósfera mezquina para ella á los ojos de un mundo que no podía comprenderla, se iba marchitando, suspensa del momento en que el gusano rompe la cárcel que le oprime para lanzarse al aire convertido en bella mariposa de brillantes alas; acechando el momento de una encarnación quimérica, imposible, solamente existente en el revuelto caos de su pobre cabeza desequilibrada: ¡porque Lorenza estaba enamorada del santo del retablo!

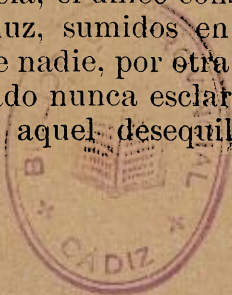
Era un San Sebastián, una gran obra de arte del renacimiento, en que el ar-

tista, sin duda iluminado por esa especie de reflejo sobrenatural que con frecuencia parece que se aspira en algunos modelos del arte religioso, había sabido derramar esa especie de expresión intraducible, de palpitante luz de la brillante aurora, con reflejos de nácar de una gloria entrevista, en un éxtasis, reflejándose en unos labios entreabiertos por celeste agonía, en que fluctúan, la entereza de la corona del martirio, y el desfallecimiento de la materia frágil y mezquina, en que se exhala, con esa vaguedad del fuego fátuo, en una lucha póstuma, y como póstuma desesperada como nunca, la flaqueza del cuerpo, arraigado como el musgo á la roca, á las miserias de la tierra, pugnando por escapar del poderoso impulso que le arrastra al hondo abismo de una nada espantable, y la sublimidad del alma libertada que renace á la vida: los ojos, de una mirada estática, que parecía abarcar de un golpe hasta los últimos repliegues del arcano sin límites en que parece que nos pinta la imaginación la tierra prometida de un más allá soñado,

tenían en las pupilas el sombrío contraste de las odiosas lobregueces de aquí abajo, que al fin se desvanecen con las primeras tintas de la luz de allá arriba, filtrándose á través del laurel y las flores de una corona inmarcesible: medio desnudo el cuerpo amoratado por la tensión de fuertes ligaduras y las heridas producidas por las agudas flechas, participaba al mismo tiempo de la energía y la musculatura de acero de la virilidad en todo su apogeo, y de la suavidad, la pureza de líneas, el encanto indefinible del adolescente, como si el afortunado intérprete hubiera querido amalgamar en perfecto conjunto las pasajeras excelencias de la naturaleza humana, con la aureola de la divinidad, con el girón de gloria que, como idea primordial, en aquella gran obra lo inundaba todo: la patina del tiempo daba á todo el retablo ese tono compacto y venerable de las vetustas obras, que con estóica impassibilidad han visto desfilar ante ellas las convulsiones y las vicisitudes de los siglos, y en la cara del santo, algunos desconchones

producidos por la humedad, parecían prestarle un aspecto grotesco en cierto modo, no exento, sin embargo, de novedad y de grandeza, que le daban un aire más atractivo y lastimoso.

Pero ella no lo veía; acostumbrada, no sabía desde cuando á que aquella aureola fuera la luz en que iban á fundirse las explosiones de sus sonrisas y sus lágrimas, á llegar diariamente á explayarse con él, á contarle, con esa confianza entre dos séres que ya se han comprendido, que viven alejados por las vicisitudes de la suerte, pero que esperan abrazarse para siempre un día no lejano, los menores detalles de su vida, las emociones infantiles de sus dichas, basadas en la contemplación de la pelusa blanca que cruza el horizonte que la imaginación abarca, ó la amargura desecante de sus tristezas, tan infundadas como sus alegrías, aquél era el gran astro en derredor del cual giraba su existencia, el único consuelo de sus días sin luz, sumidos en una niebla eterna, que nadie, por otra parte, había intentado nunca esclarecer, por ignorar que aquel desequilibrio



procedía, más bien que de la ausencia de razonamiento, más bien que de la falta de iniciativa personal, del atropellamiento de ideas en embrión, no dirigidas ni ordenadas por una mano experta, y del exceso de sensibilidad, como reminiscencias de una patria antigua trasplantadas de pronto á este mísero suelo, que dirigidas en sentido recto, fructificando á tiempo, tal vez habrían sido algo.

Como una loba hambrienta, habría defendido aquellas horas de coloquio ideal en que corría de uno á otro como un fluido eléctrico, desde el pesado yugo de la tierra al raudo vuelo sin cadenas de la gloria; la plegaria que ella se había compuesto mentalmente, no parecida á nada, formulada en silencio y sin abrir los labios, en aquella augusta soledad de dos seres fundidos en un ser, en que ella le pedía que si no era posible que un día no lejano se humanizara por amor, descendiendo hasta ella, por no manchar las alas en el áspero polvo de este suelo, la elevase consigo, la llevase muy lejos, hasta aquellas regiones tan augustas en que

él habitaba, fundidos para siempre en un estrecho abrazo, vagando, sin cansarse, por etéreas atmósferas, inundadas de sol, en que ella recordaba haber vivido, que sabía que existían, en un rincón lejano, porque ella había pasado, quedando deslumbrada por la potente luz de refulgentes astros, herida para siempre de la nostalgia de otra vida que era su única vida.

Unicamente el señor cura era de cuando en cuando confidente de sus quimeras y de sus desconsuelos, que acogía con la benevolencia propia de su sagrado ministerio y la experiencia de los años, procurando exponer con toda la claridad que le podía dictar su buena fé, la solución de aquel problema inmenso que se le presentaba, y hacer la luz en la razón de aquel ser desgraciado que había visto nacer, como quien dice; todas las tardes, con la misma paciencia, tenía que resistir el mismo ataque; y como aquella idea tenaz era la pesadilla eterna, tenía que sufrir, al contestar, sonriendo, á la pregunta invariable que ella hacía siempre, que si sería posible restaurar el

retablo, y de la cantidad que haría falta para tan árdua empresa, que lo que es en aquello no había ni que pensar siquiera; que haría falta lo menos la suma de mil duros, y la parroquia era muy pobre, para poder tener la menor esperanza de realizar aquel deseo; y la veía marchar, con la cabeza baja, con la mirada fija en un punto lejano que ella sola veía, y los puños crispados, como al impulso de una rebelión sorda contra algo invulnerable que rigiera todo esto: si le hubieran pedido toda su existencia á cambio de la gloria de ver un día su santo restaurado, no habría vacilado en aceptar el trato con inmensa alegría: un segundo no más del triunfo ambicionado, y enseguida morir si era preciso, morir, para fundirse en la esencia de aquel que era su dueño y su esperanza y su ventura.

Vivía con su madre enferma y parálitica, no lejos de la iglesia, en una vieja casa de vecindad donde les daban por caridad un cuarto que parecía una barraca: una estrecha escalera de madera, crugiente y derruida, condu-

cía desde el patio, por la parte exterior, á un estrecho pasillo ó galería en que se alineaban, numeradas, unas cuantas puertas, de mal unidas tablas, encerrando detrás otros tantos desoladores cuadros de miseria, y al fin del corredor, la puerta de Lorenza, sin pestillo ni nada que la garantizara por la noche de una intención aviesa: dentro del cuarto ya, la desnudez más espantosa reinaba en las paredes de madera, blanqueadas á trechos, en que algunas estampas religiosas, pegadas con engrudo, venían á romper de trecho en trecho el monótono tinte que, del humo y el polvo adheridos á ellas durante muchos años, se había ido formando; un catre de madera en que dormían las dos, con un jergón escueto y algunas viejas mantas, ocupaba un rincón de aquel desván, y debajo de él, el cofre inmenso de familia, encerrando esas mil baratijas seculares, de un valor puramente imaginario; como insultante lujo, la madre de Lorenza había conservado de los buenos tiempos una cómoda inmensa de nogal, que con dos sillas de paja completaba

LORENZA

todo el mobiliario de aquella mísera vivienda.

Lorenza era pequeña cuando murió su padre: ocupado en invierno en las rudas faenas de la pesca, de que se mantenían, un día, no volvió; y desde aquella noche de angustias y de lágrimas, invertida en sondear, más bien con el deseo que con la mirada, la extensión pavorosa del mar airado y borrascoso, que se llevaba una vez más entre su espuma la dicha de un hogar, el pan de una familia, habían ido las dos cayendo y levantando, procurando ocultarse el verdadero fondo de su situación triste, y sosteniéndose una á otra, como el olmo robusto que sirve de sostén á delicada hiedra, que en cambio corresponde cubriendo de verdor y lozanía la vetustez y la aspereza del tronco decrepito y curtido: á partir de aquella época, la pobre madre había tenido que trabajar con una actividad febril, para ambas, en un ingrato centro en que había pocos medios de subsistencia; y unas veces yendo á vender pescado á la capital ó á las aldeas próximas, otros días asistiendo á las casas

que podían permitirse el lujo de pagar una vez por semana una mujer que hiciera la faena de una mula, habían ido tirando; en el pueblo decían que era avara, que había ganado mucho, en aquel agetreo sin descanso, de todos los oficios, y rompiéndose el alma, como suele decirse, y que en alguna parte debía tener guardados los pequeños ahorros que se le suponían.

Pero ya se moría, se moría sin remedio, al cabo de sus fuerzas, al cabo de la lucha con el negro destino, que siempre ha de llevar la mejor parte; los años y las penas no trascurren en valde, y hacía muchos meses que estaba paralítica, sin que en ella pudiera funcionar más que la imaginación, desentrenada, por la inercia del cuerpo, que la oprimía, reducida á los cuidados oficiosos de una comadre compasiva, apagándose un día y otro día, como una luz falta de aceite, cuyo último fulgor se advierte apenas: cuando volvió Lorenza aquella tarde, la puerta estaba abierta; al entrar en el cuarto, un espectáculo que estaba acostumbrada á ver, pero que aquella tarde, no

sabía porqué, tenía un sello suigeneris, conmovió profundamente su ánimo; la enferma, en el camastro, boca arriba, y clavada en el techo la mirada errante, sin expresión y ya vidriada, parecía atravesar una crisis suprema, en que la angustia y el anhelo del doloroso tránsito se escapaban á borbotones de su pecho en un ronco estertor cuyo viciado aliento abrasaba sus labios.

Lorenza horrorizada, quiso correr para llamar; pero un último esfuerzo de su madre la detuvo; con una energía increíble, la señalaba el cántaro, para apagar la sed devoradora que sentía: satisfecho este anhelo, una expresión de inefable dulzura inundó su semblante, y atrayéndola á sí, con un delirio inmenso, besándola en la frente con todo el frenesí de los momentos de amor que se han soñado y que se pierden.

—¡Temía que no vinieras!—dijo, con una voz cascada que parecía un eco de otro mundo—temía que no vinieras, y la idea de morir completamente sola, sin poderte decir lo que tenía guarda-

do, me torturaba doblemente, con un nuevo tormento en que toda la angustia de la muerte no suponía nada.

Lorenza, con un grito, se arrancó de sus brazos, para poder mirar mejor los extragos que la súbita descomposición de la agonía hacía en aquel cuerpo tan querido, y se quedó sin habla, suspensa de la mirada vaga de aquellos ojos que parecían fijos en ella, como si se empeñaran en hacer, al tiempo de partir, la disección de lo más recóndito de su alma.

—No te había dicho nunca que había que morir—continuó aquel espectro precipitadamente, como si presintiera que le faltaba el tiempo:—Había retrasado la confesión de este momento, porque no sospechaba que estuviera tan próximo: ¡pero ya no hay remedio! estaba muy gastada... había sufrido mucho; y me muero, me voy, dejándote aquí sola, sola con tu impotencia para vencer las asechanzas de la vida, y su puño, crispado, se levantaba trágico, como á manera de irrisoria amenaza á un fantasma que sin duda turbaba la magestad de su agonía.

—Pero me horrorizaba la idea de no verte: ¡tenía que decirte tantas cosas! Escúchame, Lorenza; échate sobre mí, así... tan cerca, que el mundo entero ignore mi secreto, que el mismo Dios que nos escucha no pueda sorprender nuestras palabras. No hay tiempo que perder: esto se vá, se acaba; ¡no veo! ya no veo, y dentro de un momento no podría decirte el resultado de la lucha de una existencia entera: al dejarte en la vida, no eres tan desgraciada como todos suponen: había luchado mucho, había trabajado sin descanso, para tu porvenir, y poseo una fortuna, reunida gota á gota, con sangre de mi cuerpo y girones de mi alma, una fortuna real, que manejada bien, puede librarte de la miseria que te ha cercado siempre: ¡Decían que era avara! avara por amor... ¡qué heroísmo tan grande!

Se detuvo un momento, porque este último arranque agotaba sus fuerzas; en medio del crepúsculo helado de la muerte que se cernía sobre ella, parecía que una luz bienhechora y vivísima fluctuaba en sus labios, como si su imaginación, centuplicada por la vio-

lencia de la despedida última, descubriera á través de los dolores, al otro lado del espantable abismo, un paraíso tranquilo para el ser desvalido por quien se había agostado: apenas podía hablar; y se veía materialmente, que la hilación de sus ideas se iba debilitando por momentos.

—Había ahorrado mil duros—prosiguió lentamente, sin poder ver el estremecimiento galvánico del cuerpo de su hija que, de rodillas junto al lecho, las manos oprimiendo su corazón que reventaba, elevaba hasta el cielo que siempre había dentro de ella la mirada de sus ojos absortos, inundados de lágrimas. Mil duros que guardaba para hacerte feliz, para que te casaras, por la codicia de tu posición, ya que de otra manera no era probable que coronaras tu destino nunca: pero yo sabía bien que tú llevabas dentro un mundo entero de bondad y ternura, que serías necesaria, que serías adorable, al otro día de haber sido de alguien: decían que estabas loca; ¡ellos sí que estaban locos! ¡malvados! ¡ignorantes! ¡envidia, pura envidia, porque

no pueden remontarse á la pureza de tu pensamiento!

Y una sonrisa horrible, como última mueca, contrajo de repente sus ajados labios.

—Un día y otro día—balbuceó á duras penas, de tal manera que Lorenza tuvo que aproximarse para oír aquel hilo de voz, oprimiéndola contra su corazón para animarla, porque creyó que aquello se acababa. Un día y otro día, con peligros sin cuentos, angustias indecibles, he visto acrecentarse mi tesoro, al mismo tiempo que tú crecías también, llenando mi existencia de sueños y venturas; y lo he ido guardando con el febril recelo del avaro... ¡en un sitio lejano, inaccesible á las miradas del universo entero! Escúchame, Lorenza; no olvides ni un detalle; tú puedes recogerlo; gózalo sin escrúpulo; es tuyo... ¡todo tuyo... porque es la sangre de tu madre!

La loca comprendió que el momento supremo había llegado. se inclinó sobre ella, con las pupilas inmensamente dilatadas, acechando materialmente el segundo de la salida de aque-

lla última revelación, por entre aquellos labios contraidos por el sello crispante de la muerte.

—A la izquierda del faro... prosiguió débilmente,—abierta en una roca en que se estrella el mar con indomable empuje... hay una negra cueva, que ya creo conoces, por haber ido alguna vez conmigo: la gruta del ahorcado. No sé si llegarás... pero... si llegas, enfrente de la entrada, una piedra redonda orillada de musgo, cubre nuestro tesoro: ¡que seas muy feliz! ¡yo... no lo he sido nunca! había sufrido mucho para tí... ¡para tí, que has sido siempre mi único pensamiento!

Lorenza arrojó un grito intraducible, en que se condensaban todos los sueños sin salida del pasado, la angustia del presente, y la rosada aurora de un porvenir brillante: después se echó sobre ella, con los labios pegados á los del espectro, como si pretendiera que la esencia del último suspiro quedara para siempre entre las dos, como una cita próxima: aquel brazo crispado había vuelto á caer sobre la cama, con ese ruido sordo de la materia inerte; y



sobre aquella boca, con el último aliento congelado, flotaba esa especie de témpano de hielo del pavoroso más allá, que sin esa violencia no penetra nadie.

Cuando todo acabó, la pobre loca se la quedó mirando, sin expresión, sin luz, sin un rasgo en la cara que delatar pudiera la tormenta de ideas en embrión, que se despedazaban á sí mismas, luchando por hallar un desarrollo, un nombre, una explosión que las diseminara, en un espacio presente, no realizado nunca; rugiendo, encadenadas, en el caos tenebroso de aquel espíritu desequilibrado: ella no comprendía lo que es la muerte, no se había dicho nunca, en esas horas de amarga soledad en que se empeña el alma menos soñadora en arrancarse de los lazos que la ligan á esta mísera esfera, como para exhalarsé á los encantos de una patria momentáneamente abandonada, no se había dicho nunca que todo lo tangible, que todo lo real, todo lo amado que en esta pobre vida nos rodea de continuo, es efímero, es mísero, pasajero y mentido:

que ese soplo de fluido universal y eterno, que no es más que un fragmento de esa misma divinidad mal explicada y empequeñecida, que lo ha creado todo, por la que vive todo, que lo renueva todo; fuerza motriz de todo lo existente, más antigua que el tiempo y palpitante, siempre, nó por nosotros, como el hombre ha llegado á creer en su orgullo insensato, sino para nosotros, ha de exhalarse un día para fundirse en esa luz generadora de que emana, de que solo un segundo, si se compara con una eternidad sin término ha estado desprendida en esa inmensidad, en ese sol que no se apaga nunca.

Pero en medio de todo, aun en la triste noche de su negra ignorancia, aun en las densas nieblas de su cerebro mal desarrollado, veía por instinto, á través de aquel velo de supremo dolor que había descendido sobre aquellas facciones tan queridas, tan aprendidas de memoria en los primeros años de la vida, cuando las contemplamos de continuo sobre nuestra cuna, acechando el momento de sonreírnos y de

inundarnos con aquella sonrisa, de un mundo entero de amor y de alegría; esas facciones con afán estudiadas en las pasadas horas de la siesta, cuando el sol es ardiente, y el ambiente de plomo nos trae emanaciones y polvillo del trigo recién trillado, horas de íntima reflexión en que el alma, que contempla extasiada, desarrollándose ante sí una brillante aureola, devora con anhelo, en el sueño del sér que poco á poco se aleja de nosotros, la invasión innegable de un ocaso largo tiempo temido, veía por instinto la sombra de algo grande, de algo inespresable, no comprensible para ella, pero existente sin duda alguna, real, que se podía aspirar, que flotaba materialmente entre aquellas cuatro desnudas paredes: adivinaba, sin quererlo, en la crispante rigidez de aquellos miembros ateridos en la inmovilidad de aquellas manos un tiempo tan activas, en ese frío silencio que reina siempre en los recintos en que impera la muerte, la presencia de un imponente más allá mal definido, ante cuyos umbrales la reflexión, y la esperanza, el valor, se

paran aterrados; el eco de un abismo sin término que la solicitaba, pero al cual no se atrevía á asomarse, temblando de perder también el equilibrio, y vacilar, y caer, como la otra, en esa eterna nada cuya sola intuición bastaba para erizarle los cabellos.

La palabra ¡jamás! en toda su extensión, no podía existir para su inteligencia limitada: la desesperación de una separación violenta, de una partida sin regreso, de la pérdida del sér idolatrado, que durante mucho tiempo ha venido formando parte de nosotros mismos, no podía levantar en su turbado espíritu, demasiado apegado á las rutinas de esta mísera vida, la horrible tempestad de rabia y de impotencia, ese grito salvaje de súplica rayana en la blasfemia en que parece que un universo entero se extremece hasta sus sólidos cimientos; que toda una humanidad, postrada de rodillas, los brazos hácia el cielo, clama desesperada y sin consuelo, en un solo alarido, en una sola convulsión, en un solo dolor, hasta las gradas de un trono indiferente y sordo á su demanda

desgarradora, sino por intuición, aplicando, por un trabajo muy sencillo, á esas causas eternas y trascendentales, los mezquinos efectos de los detalles de la prosa diaria, que era todo lo más á que podía llegar, comprendía con espanto que aquellas manos frías como el mármol, no volverían jamás á peinar sus trenzas de oro cuando el sol, levantándose sobre el horizonte, viniera desde el otro lado del mar á reflejarse con orgullo en ellas; que aquella voz cascada no volvería á llamarla al medio día, para gritarle desde lejos que la pobre comida se enfriaba; que nunca, nunca más, las pupilas vidriadas y sin luz volverían á recrearse con vanidad en ella, cuando al volver cantando, de la fuente, en la cabeza el cántaro, las manos coloradas puestas en las caderas, todo lo palpitante en la naturaleza parecía doblegarse á su paso, como para pedirle un poco de su dicha y de su plétora de vida: y como aquello era lo único que ella podía abarcar, la desgracia para ella era tan grande, tan inmensa, como la certidumbre del vago más allá, con su im-

ponente séquito de inexorables remuneraciones, para la inteligencia cultivada: imposible explicar lo que sentía, era un término medio, esa labor penosa del gusano por romper el capullo que lo envuelve; un asombro flotante entre la nada incomprensible, la eternidad sin vida y sin cariño, del escéptico, y la esperanza bienhechora de la religión, que nos promete un día no lejano en que todos los seres que se han amado mucho se han de encontrar de nuevo, para no volver á separarse nunca.

¡Cuán supremo dolor! Allí extática, muda, sin el triste consuelo de las lágrimas, sentía pasar las horas, devorando aquel cuadro, vacilando entre la imperiosa atracción, que la llevaba á confundirse, en apretado abrazo, con aquel cuerpo rígido, y la repulsión instintiva que la muerte inspira; el deseo de quedarse y el deseo de correr, correr siempre, sin volver la cabeza, donde quiera que haya aire, donde reine la luz, donde encontrar un clavo ardiendo de que asirse: habría dado gustosa la mitad de su vida por tener

el arranque de dejar caer su mano sobre aquellos ojos desmesuradamente abiertos, que la miraban sin cansarse; la llamaba de continuo, como para arrancarla de aquel sopor, aquel letargo, que era la muerte de las dos; pero muy bajo al mismo tiempo para no despertarla. .

Y á la par de su miedo, el desolador espectáculo que la rodeaba, no contribuía poco ciertamente á sostener las sombras, y los espectros, y el desaliento, en su ánimo: se había quedado sola, completamente sola, con su estupor y su impotencia, enfrente del problema más trascendental y decisivo de la vida: lo que había pasado, lo sufrido hasta allí, la espantosa violencia del doloroso tránsito, los tenía grabados en su imaginación enferma, clavados para siempre en su pupila desmesuradamente dilatada, le había sido forzoso devorarlos á pesar suyo; pero lo de después, lo más penoso, porque ya la tensión del espíritu ha tenido que ceder á la evidencia y á las lágrimas esos nimios detalles, los últimos deberes, que nos ocultan por completo al

sér idolatrado, que nos arrancan de él trágicamente, como de viscera querida é indispensable que es preciso estirpar, so pena de contagio, lo que esto suponía, no se lo había dicho nadie, no podía comprenderlo.

La noche había cerrado temerosa y sombría; bramaba fuera el huracán sacudiendo con fuerza las maderas carcomidas de la pobre ventana, como pugnando por precipitarse dentro y llevarse en sus alas en un último golpe de desolación, el pavor de aquel cuadro; y al impulso del viento, que se filtraba como un soplo á través de las mil grietas y rendijas del cuarto, temblaba la moribunda luz de la lamparilla colocada en el suelo, prestando á los objetos proporciones y contornos fantásticos, proyectando la sombra del cadáver en la pared desnuda, con hinchazones espantables de miembros de gigante que imponían respeto: aparte del empuje del huracán, que hacía cruzirla casa, y del monótono chaschido de las gotas de agua que empezaban á caer pesadamente sobre la escalera, ni el más leve rumor venía á turbar la quietud.

tud de la aldea, y, solamente á intervalos, el prolongado ahullido de un perro de la vecindad, vibraba en el silencio de la noche, trasportando en las ráfagas del aire algo como recuerdos de imprecaciones y blasfemias, precursoras de una devastación universal definitiva y sangrienta.

Así pasó la noche, una noche sin término; no sabía cuantas horas había estado así, pero debían ser muchas, á juzgar por lo mucho sufrido, y por el cansancio que sentía, por fin venció en la lucha la imperiosa materia; la tensión de los nervios se fué debilitando por momentos; el seno palpitando con menos opresión, y retrocediendo poco á poco, por temor de hacer ruido, sin atreverse á volver de espaldas, sin separar la vista de la mirada helada que como imán la atraía, se sentó en un rincón, aterida de frío y se quedó dormida.

Cuando volvió á la vida, saliendo de ese agitado sueño poblado de fantasmas que parece materialmente demandar una muerte real y decisiva como único término, todavía era de noche, y

el mismo cuadro se presentó á sus ojos, con la sola variante de que la luz se había apagado, y que por la ventana, abierta por el viento, penetraba la claridad incierta de las primeras tintas de la aurora; se levantó de un salto, y comenzó á arreglarse precipitadamente el desórden del vestido y del peinado; parecía una epiléptica, parecía que quería recuperar con una actividad febril las horas que creía haber perdido: sus pupilas brillaban con un fulgor sombrío, como si en el vértice de sus rayos danzara una idea pertinaz y largo tiempo acariciada: había soñado mucho, con esa exaltación de pesadilla que sigue inmediatamente á la violenta conmoción de arraigadas creencias ó de antiguos afectos, y en el desfile de fantasmas, de sonidos, de absurdos, de su sueño, las últimas palabras de su madre, el reflejo metálico y fascinador del tesoro súbitamente sorprendido, volvía á tomar en su alma el puesto preeminente, con la exigencia y el imperio de la naturaleza indómita, y desencadenada, no acostumbrada á doménar los movimientos más ingénuos,

abatidos tal vez un momento antes por la presión del frío glacial que lo inundaba todo en torno suyo.

En medio del desmoronamiento que la rodeaba, no veía más que un punto culminante á que se dirigía como ciega: á lo lejos brillaba una luz largo tiempo esperada, y corría como una loca, á fundirse con ella, aunque para llegar fuera preciso salvar hondos abismos y dejarse los miembros á girones sobre un desierto de malezas; no podía esperar; le parecía que había esperado mucho, que un día más que el tesoro estuviera fuera de su mano, aquel tesoro humilde que durante años y años había permanecido respetado, ignorado de todo el mundo, podría bastar para que se lo arrebataran, para que fuera un sueño, un verdadero sueño, la aspiración constante de ventura, de amor, de abnegación, de gloria, que tenía en la mano; fluctuaba, al mismo tiempo, entre la comezón indescriptible que sentía, el hormigueo de lo desconocido, de lo anhelado largos años, casi una vida entera, desprovisto del velo que lo cubre, en un momento eterno, que

nos parece un siglo, y una especie de sordo remordimiento, si era posible el remordimiento en aquella alma, una especie de lástima, de desconsoladora relajación, producida por la obsesión continua de la idea de abandonar aquellos restos tan amados, en aquella espantosa soledad, que no sabía porqué, se le antojaba más imponente que todas las soledades.

Aquello duró poco sin embargo; sucedió como siempre, que venció á la reflexión el egoismo, y aquella imaginación desenfrenada acabó por arreglarlo todo de la manera más favorable para ella; comprendía que no tendría jamás valor para salir mientras la elocuencia aterradora de aquella última mirada de la muerta la retuviera como petrificada sobre el desnudo pavimento, y tratando de convencerse á sí misma, diciéndose que aquel letargo no suponía nada, que su madre dormía, como siempre, un sueño más pesado, más largo, más imponente que los otros, pero después de todo, un sueño, sacando fuerzas no sabía de dónde, se adelantó resueltamente, y le tapó

la cara con la manta: entónces ya podía salir: se marchó de puntillas, y se dejó la puerta sin cerrar, por temor de hacer ruido.

Cuando se halló en la derruida plataforma de la pobre escalera, se detuvo un momento porque la emoción que sentía la ahogaba materialmente, y el corazón, en violentos bandazos, quería saltársele del pecho: una mirada inmensa de sus ojos, abarcó en un segundo la bóveda celeste, y la sombría soledad que la rodeaba: en un cielo sin luna, brillaban las estrellas como miriadas de brillantes de cambiantes reflejos, y en derredor de ella, las sombras de la noche, apenas ahuyentadas por el primer tinte violáceo de la aurora, agigantaban los objetos, aproximándolos en silencio á ella, como una procesión de fantasmas: se quitó los zapatos, para no despertar á los vecinos, y comenzó á marchar, sin volver la cabeza, temiendo que la menor vacilación, el menor sobresalto, diera la traste con su resolución y su valor increíbles; parecía una sonámbula: era sin duda alguna el único ser viviente

que á aquella hora vagaba por el pueblo, envuelto en un silencio en que aun creía percibir flotando, el hielo de su cuarto, silencio interrumpido únicamente de cuando en cuando por el llanto de un niño, detrás de una ventana mal cerrada, ó por la esquila del ganado, que comenzaba á impacientarse en los establos.

Cuando salió del pueblo y empezó á caminar sobre el desnudo promontorio de rocas que cerraba por aquel lado la costa inhospitalaria y abrupta, comprendió que las fuerzas le faltaban, y vió de un golpe la extensión de la descabeliada empresa, que se había propuesto: el negro mar en una masa ilimitada, que no podían abarcar ni su imaginación ni su vista, bramaba sordamente, como pugnando por replegarse sobre sí mismo, centuplicando el número y el brillo de los astros, con un fulgor fosforescente sobre la cresta de gigantescas olas, y venía á estrellarse al lado de ella, contra el acantilado de las rocas, resolviéndose en verdaderas montañas de blanca espuma, que llegaba á mojar, como las gotas de me-

nuda lluvia, su cara y sus vestidos: lo que más la espantaba era el nuevo silencio que seguía á cada nuevo embate de las olas, ese rumor de resaca que se retira á duras penas, procurando agarrarse al musgo de las rocas y á las arenas de la playa, llevándose detrás de su absorción una avalancha de conchas y guijarros, en una especie de carcajada histérica que á ella se le antojaba que quería arrastrarla; el viento frío hacía flotar su cabello encrespado, pegándolo, con viscoso sudor, á sus sienes, en que violentamente palpitaba la fiebre de la locura y del espanto.

Pero ya no era tiempo de retroceder; se quedó contemplando, durante unos segundos, el espectáculo grandioso que á sus miradas se ofrecía, y después siguió andando á la ventura, por una senda impracticable, en que el menor traspiés, el vahido más pequeño, serían suficientes para precipitarla en aquel hervidero que á sus piés se agitaba: pero ella se había dicho que era preciso tocar el fin, aunque para ello tuviera que arrostrar todas las angus-

tias de la muerte: la «gruta del ahogado» estaba cerca, y á medida que los obstáculos se iban presentando por momentos más y más insuperables, sentía renacer y duplicarse sus ambiciones, su delirio, la exaltación de su pasión, tanto más arraigada cuanto más insensata y absurda, con esa terquedad, con esa obstinación de las naturalezas desequilibradas, que se creen que lo suyo llena el mundo, que piensan que sus trastornos y sus crisis están llamados á trastornar el orden de las cosas, que se creen un Dios enfrente de otro Dios, con el cual no vacilan en medir su grandeza y su ilusoria omnipotencia.

Llegó un momento, sobre todo, en que á ella misma se le presentó su loca empresa como una quimera irrealizable: la senda, apenas perceptible, abierta en la peña viva por la naturaleza y el paso continuo del ganado, se borraba del todo, y como el promontorio iba subiendo por momentos, quedaba el mar á una profundidad de diez ó doce metros, precipitándose como una atornadora catarata, en una lóbrega enseada, que volvía á rechazarlo con es-

tertor periódico de fragua de titanes; se detuvo un momento, inclinándose, con riesgo de la vida, sobre el medroso abismo; veía á corta distancia la boca de la gruta, que señalaba el término del fantástico viaje, pero para llegar, no veía camino; era preciso renunciar al éxito soñado, ó deslizarse, algunos metros, como una serpiente, sobre aquel antro embravecido, que pedía una víctima, por un estribo natural, de poco más de un palmo, abierto por las mareas altas á la mitad próximamente del acantilado, en aquel sitio, completamente vertical, cortado á pico.

Un último terror, una postrera vacilación, luchó aún un segundo con su amor en su espíritu; pero con un arranque heróico, con un valor sublime, diciéndose sin duda que de todas maneras, sola siempre en el mundo, sin su madre de su alma, sin la realización del ideal soñado, todo estaba perdido, comenzó á descender por la rápida pendiente, procurando adherirse todo lo posible al musgo húmedo que cubría la roca, con el vientre pegado á las algas que el mar había depositado so-

bre el promontorio: cuando tocó el estribo, fué corriendo de lado, con la cara pegada contra la peña viva, aferrándose como loca, ensangrentándose las uñas, á las grietas, y cerrando los ojos, para no ver el hervidero que á sus piés se agitaba: también habría querido taparse los oídos, para no oír aquel clamor inmenso de universo desquiciado, que la ensordecía: caminaba despacio, por miedo de caer; un solo paso en falso, habría bastado para precipitarla como una masa inerte en aquella vertiginosa tromba.

Pero ya no sentía, no pensaba, había dejado de sufrir, había perdido por completo la noción del tiempo; únicamente percibía, como sarcástico consuelo, á través de los párpados cerrados, la luz del nuevo día, que empezaba á clarear en el horizonte, como una sonrisa que hiciera resaltar con su azulado resplandor el horror y las tintas sombrías de aquel cuadro.

Cuando sus manos encontraron la entrada de la gruta, un grito estrangulado, intraducible, se escapó de su seno; y se dejó caer, sin fuerzas ya, sobre el

desnudo suelo: ya no podía más; el valor le faltaba, un sudor frío invadía su cuerpo; así estuvo un buen rato, aspirando con verdadero éxtasis las bocanadas de aire puro que había dejado de percibir durante la suspensión de su respiración anhelante y difícil; después se levantó, y empezó á recorrer en todas direcciones la caverna, tentando las paredes: todavía la noche reinaba en aquel lóbrego recinto, y la luz de la aurora se dibujaba apenas en la estrecha boca como un tul azulado: en su investigación á ciegas, tropezó casualmente con un montón de leña seca, allí olvidada. Dios sabía cuánto tiempo; una gran emoción hizo latir su corazón con más violencia; pensó que acaso su pobre madre, con un trabajo ímprobo, lo había dejado allí en previsión de un día en que otro sér humano había de pisar aquel antro desierto, descubierto por ella: sacó de un bolsillo de su delantal un eslabón y yesca, de que las campesinas van provistas siempre, y un minuto después, el resplandor siniestro de una gran hoguera cuyas lenguas de fuego se retorcían

silbando en el centro de la gruta, se reflejaba en sus paredes grises con un fulgor fatídico.

Lorenza, muda, inmóvil, se había quedado contemplando la oscilación continua de la llama, con las pupilas desmesuradamente dilatadas, como atraída por un imán poderosísimo; aquello era imponente; aquel extraño cuadro, iluminado brutalmente por el rojizo resplandor de la hoguera, luchando con la luz vacilante de la auro ra, en medio de ese silencio aterrador lleno de imprecaciones, de la naturaleza entregada á sí misma, ese vago rumor de inundación asoladora que vuelve á duras penas á su cáuce, habría parecido excepcional y grandioso á cualquiera que hubiera podido contemplarlo: parecía un conjuro.

Un momento después, un delirio febril se apoderó de ella; comenzó á tantear las oscuras paredes chorreando de humedad, hasta dar con la piedra que cubría un boquete como de media vara en cuadro, socavado en la roca; un temblor convulsivo hizo chocar sus dientes; le parecía que el arrancar de

allí aquella mole de granito; fuertemente adherida al resto de la peña por el musgo y la sal petrificada en las junturas un día y otro día, era empresa quimérica muy superior á sus escasas fuerzas: no obstante su temor, comenzó á trabajar como una máquina, luchando por hundir los dedos trémulos, las uñas ensangrentadas, en la estrecha hendidura, que resistía á sus esfuerzos: estaba á punto de abandonar la empresa, ya cansada y jadeante, cuando una idea luminosa vino á cruzar como un relámpago por su mente; se dirigió á la hoguera, y cogiendo una gruesa rama, la introdujo en el hueco que sus dedos habían abierto, haciendo palanca desesperadamente con todo el peso de su cuerpo; la piedra vaciló un segundo sobre su base, y después, desprendiéndose de un golpe, fué rodando, botando sobre el resbaladizo suelo, hasta caer en el mar con el chasquido seco de cuerpo que se pierde para siempre en una inmensidad sin comprensión ni término; y detrás de ella, una cascada de brillante plata, compuesta de monedas de todos los

tamaños, fué cayendo, empujándose, hasta formar delante de ella un pequeño montón, que iba creciendo con un sonido grave y argentino que acariciaba sus oídos.

Fué un momento solemne; ella no encontró un grito, una expresión humana, para desahogar lo que sentía; y se quedó mirando aquel tesoro que brillaba por fin como una realidad ante ella, herido por los rayos del sol que asomaba su disco en aquel momento sobre el rojo horizonte: primero se inclinó, se puso de rodillas, para besar con beatitud seráfica el porvenir que allí se inauguraba; después fué una reacción súbita; irguióse de repente, y comenzó á bailar con una lentitud de vacante embriagada que vertiera perfumes sobre el cuerpo del amante dormido, balanceando el cuerpo, inclinándose, á intervalos, como si pretendiera apoderarse de aquello que era suyo, para después echarse atrás, sacudiendo, con un movimiento de salvaje su cabellera suelta sobre los hombros describiendo en el aire con sus manos fantásticas figuras, que parecían signos

cabalísticos; así permaneció, no sabía cuánto tiempo; completamente enagenada, desasida de todo, mientras le quedó aliento, encerrando el tesoro en círculos concéntricos cada vez más estrechos, girando sin descanso en una danza lenta y cadenciosa, cuyo ritmo monótono era marcado por sus menudos piés en el mojado suelo, mientras, á media voz, tarareaba el aire soñoliento que, cuando era pequeña, le cantaba su madre para que se durmiera.

Ya iba á caer rendida, cuando se dejó oír el golpe seco de cuerpo arrojado violentamente sobre la roca por las olas, y un momento después, un cuerpo humano, trepando por las grietas apareció en la entrada de la gruta; el primer movimiento de Lorenza fué arrojarle sin reflexión sobre el montón de plata, para ocultarlo en su regazo, y se quedó mirando con ojos espantados á aquel intruso que venía á disputarle aquel rincón del mundo que creía todo suyo.

Era un hombre nervudo é imponente, de carnes duras y curtidas, cubiertas apenas por algunos andrajos; la

personificación del rudo lobo de mar, arrojado á la playa, hecho girones, después de la tormenta: tenía los ojos grandes, melancólicos, de pupilas azules, dilatadas por el asombro y el espanto del peligro corrido, y un montón de cabellos rubios, ensortijados, diseminados al descuido sobre las sienes y la frente.

Se detuvo á la entrada, contemplando con avidez mezclada de sorpresa el extraño espectáculo que se ofrecía á su vista: Lorenza no podía tampoco separar de él los ojos, y en aquel mudo pugilato, parecían las miradas como rayos de acero que se cruzan silbando, profundizando hasta lo más recóndito de las almas, con el mismo rencor con que dos perros, en terreno neutral, pulgada por pulgada se disputan un hueso: poco á poco, la contracción de las facciones de Lorenza se fué dulcificando, el rictus de los labios dejando paso á una sonrisa de inefable placer, como si le rociaran el espíritu con un bienhechor bálsamo, que produjera en sus nervios crispados una relajación tierna y voluptuosa, y al mismo tiempo su respi-

ración anhelante se hizo más fácil y tranquila, como si se exhalara en un terreno conocido y amado: le había parecido, y no se engañaba ciertamente, que las facciones de aquel hombre, que sus robustos miembros, que su mirada escrutadora, correspondían exactamente con las del ideal soñado, que como término de todo llevaba, no sabía desde cuándo, en su exaltada mente.

Su delirante fantasía, le hacía ver allí á dos pasos de ella encarnada únicamente por amor, la imagen palpitante y adorada de su San Sebastián, pero más seductora con sangre asoladora, que corría por las venas, difundiendo la vida en aquel cuerpo, con aliento candente, que llegaba hasta ella, envolviéndola en ráfagas de amor y de estremecimientos no conocidos nunca; y no podía caberle duda; aquél era su cuerpo, aquella su mirada, aquéllos sus cabellos dorados que tanto, en sus extáticos coloquios, había besado mentalmente: hasta la luz del día, que palpitaba detrás de él, en el óvalo brusco de la entrada, venía á dar cuerpo á su ilusión, sustituyendo al azulado nimbo

de la divinidad que la ofuscara en el retablo.

Se arrastró lentamente hasta sus piés, como el mísero átomo en la presencia de su Dios y Creador, siempre presentido, pero no abarcado nunca, sin atreverse á levantar los ojos, y con todo el delirio de su amor contenido hasta entónces por la distancia que la separaba del objeto amado:

—Sabía que vendrías — murmuró lentamente, como el esclavo que vé llegar el golpe y arquea las espaldas. Sabía que vendrías no podía decir cuándo, pero mi corazón enamorado presentía que un día serías mío, más tarde ó más temprano: y ya te tengo aquí, ya... para siempre... ¡qué alegría tan grande!

—Ya ves; si tú me amaras—añadió levantándose y señalándole el dinero, todo ese tesoro sería tuyo; yo, también para tí, toda la vida, como una sombra, como un eco; ser tuya solamente, vivir para tu bien, para besar el suelo que tú pises; lo demás es la muerte sin esperanza y sin consuelo, más negra que la noche que reinaba aquí dentro.

Y golpeaba su frente, con la elocuente desesperación de no poder dar una forma al tenebroso caos que se sentía en su cerebro: el hombre había adelantado algunos pasos, sin pronunciar palabra, atónito, asombrado ante el anómalo espectáculo que tenía ante su vista, llevando sus miradas alternativamente del montón de dinero á la plena hermosura de Lorenza, más tentadora todavía; con el cabello suelto, sobre las espaldas, medio desnudo el seno palpitante, por el cansancio de la vertiginosa danza, los labios entreabiertos, dejando á borbotones escapar un aliento compacto y repleto de vida; los ojos impregnados de un vago desvarío compuesto de los sueños, de las aspiraciones, de las apoteosis sin expresión humana que encierra la pasión de la mujer locamente enamorada, se presentaba como era, en la arrogante plenitud de su ruda hermosura, parecía una pantera dispuesta á abalanzarse sobre la presa, pero no para ahogarla, sino para estrecharla contra su corazón, como á su única cruz, y fundirse con ella.

—¿Pero qué haces aquí?—preguntó al fin el hombre, cogiéndola una mano, como para arrancarla del estado de sobreexcitación en que se hallaba—¿quién te ha dado todo esto?

—Yo soy Lorenza: ¿no te acuerdas? ¡la hija de la tía Casca!—le respondió la joven, como la cosa más natural del mundo—todos los días iba á verte, y te llevaba velas; estaba enamorada; no pudiendo llegar hasta tu altura, te suplicaba que bajaras; y hoy lo has hecho... ¡Dios mío! claro; ¡tú eres tan bueno! Decían que eras un santo.

Se detuvo un momento, para mirar al cielo, como si en él creyera ver brillar un divino fulgor que atestiguara sus palabras.

—¿Que quién me ha dado esto?—continuó, febrilmente, vas á reírte de mí; es una historia larga: el señor cura me había dicho que hacían falta mil duros para que fueras mío, completamente mío: ¡si vieras qué tormento! había allí otras mujeres... te hablaban como yo, y tú eras para todas... las mirabas á todas con los mismos ojos; ¡aquello era imposible! Aquí había un teso-

ro; para llegar á él era preciso matar la reflexión, cerrar los ojos, arriesgar la existencia... ¡pero no vacilé! mis piés están hinchados por la aspereza del camino; mis manos manan sangre por los esfuerzos sabrehumanos: pero soy tu mujer, ¡tu mujer, Virgen santa! Mira, el cielo es azul y trasparente; el mar se extiende á nuestra vista sin límite posible, como un inmenso espejo de brillante plata; la juventud es un sueño de rosa... gocemos del amor, querido mío, como de un bien efímero que una vez alejado no regresa nunca.

Y continuó bailando, enagenada, enviando con los dedos un millón de besos á aquel tesoro que le traía la dicha; él la veía girar como una pluma en la espiral continúa de la tromba absorbente, y se dejaba ir materialmente por aquella fantástica tensión que le rodeaba, fluctuando entre dos bien distintos sentimientos, el de la codicia, que acariciaba su instinto de eterno yunque, formado en la miseria, con la medrosa perspectiva de aniquilarse en la miseria, y el deseo sin freno de la virilidad aguijoneada que olfatea la

hembra: pero sin duda no era malo del todo, ó se gozaba en alejar el sabor de su triunfo, pensando que era inútil tomarse por la fuerza aquello que era suyo y que se le ofrecía espontáneamente y de buen grado; además, no había ningún peligro de perder aquello; estaban solos, completamente solos; el mundo entero se encerraba para ellos en las grises paredes de la gruta, y en la extensión del mar, que reflejaba la tersa superficie imaginaria del azul firmamento; nadie vendría seguramente á incomodarlos á aquel rincón del mundo: su pobre barca se había hecho pedazos sobre la escollera; se había sentado al borde de la gruta, los piés sobre el abismo, y la pipa encendida entre los gruesos labios, se sentía poseído de inmensa languidez, que parecía idealizarle, entornando sus ojos de miradas errantes, entre el tesoro y la mujer, que también era suya.

El mar se había calmado, viniendo á espirar continuamente á pocos metros de ellos, resolviendo su empuje en un vago rumor que parecía un arrullo; y el sol subía, subía como un globo de

fuego que iluminara los rincones de un paraíso soñado.

Cuando ella se cansó volvió á su lado y le tocó en el hombro.

—Ya no tenemos más que hablar; ya está todo trillado; hacía muchos años que te lo había dicho—balbuceó, con volubilidad encantadora, ese placer suigenéris que siente siempre la mujer al repetir los menudos detalles del menaje del hogar anhelado. Cuando tú estés tranquilo volveremos al pueblo, y allí nos casaremos; va á ser una sorpresa como no puedes figurarte; me dicen que estoy loca... ese es mi único nombre; pero sé querer bien, tengo aquí un corazón tan grande, que se sale del pecho! No quiero ser feliz; prefiero hacer feliz al sér que por mí vive, y entonces me parece que el universo entero es dichoso también, y la tierra y el cielo me sonríen. ¡Ya verás qué ventura! tú no me pegarás... ¡mi pobre madre no me ha pegado nunca! de día trabajaremos; tú saldrás á la pesca; yo llevaré el ganado á la montaña: y por la noche, cuando la puerta del hogar se cierre tras de nosotros, yo

velaré tu sueño; me tenderé á tus piés, y en el invierno te infundiré calor con el aliento, como se debe hacer con el señor por quien y para quien se vive.

Había tanto delirio en sus palabras, que él no pudo por menos de volverse para estrecharla contra su corazón, como si hiciera mucho tiempo que la conocía y que la amaba.

—¡Mientras tanto esperar!—continuó ella, débilmente poniéndole una mano sobre la boca como para imponerle silencio. A los que han esperado tantos años, un poco más no les parece nada; ¡como ha pasado el tiempo! parece que era ayer cuando iba á verte: tú no volverás más á aquella cárcel húmeda y sombría; daba lástima verte; ¡no, ya no hay fuerza humana que te separe de mis brazos! Esperar y creer; el mundo entero duerme, mecido en ese día sin principio ni fin en que todo germina, en que todo sonrío, creyendo que es eterno, sin calcular que un día toda aquella armonía se ha de acabar para él para dejar lugar á una existencia nueva y no gastada, que bendiga y adore... ¡Mi pobre madre también



duerme! ¡y nos espera allí, donde tú estabas, donde yo quiero ir, donde hay días sin noches, y plácidos inviernos sin nieves ni huracanes... donde el pan debe ser blanco y sabroso y la fruta dorada...

Le cortó la palabra un golpe seco, el compás de unos remos, que periódicamente llegaba hasta ellos; los dos se incorporaron, y vieron una barca pescadora que cruzaba ante ellos, en dirección al puerto; entonces el instinto de la vida, de la conservación, se despertó en su seno: él empezó á gritar con todos sus pulmones, mientras Lorenza, bruscamente vuelta á la realidad de la vida, con la noción de la espantosa soledad y del peligro que corrían, agitaba en el aire desesperadamente su delantal en demanda de auxilio: pasados los primeros momentos de angustia, pudieron cerciorarse de que habían sido oídos, porque indudablemente, la barca se iba acercando á ellos, no tardando en hallarse debajo de sus piés, chocando débilmente, por el mimoso embate de las olas dormidas, contra la escollera: echaron una

cuerda para poder atar á la mujer por la cintura y descolgarla poco á poco: Lórenza, mientras tanto: cogía febrilmente, á manos llenas, el dinero, metiéndolo en su pecho, llenando el delantal, el pañuelo de la cabeza, los bolsillos de aquel hombre desconocido que ella creía era su amante; entonces empezó la operación larga y penosa del embarque: se ató por la cintura y él la fué descendiendo poco á poco, inclinándose temerariamente sobre el abismo, á riesgo de perder el equilibrio, por temor de que el roce del cuerpo contra la peña viva pudiese lastimarla; ella dejaba hacer, sonriendo siempre, anhelando encontrarse entre los brazos de aquellos cuatro hombres, que por ser de su pueblo, la conocían mucho; pero cerró los ojos, porque veía la muerte muy de cerca, la muerte descarnada, que antes miraba frente á frente, pero que desde que era feliz y propietaria, le parecía espantosa; después, se arrojó él, y al medio día, con una mar tranquila, entraba la embarcación en el pequeño puerto.

No tardó en esparcirse en la aldea y

su contorno la noticia estupenda de los amores de la loca, de el cambio completo de su posición, y su próxima boda; los hombres se reían; las mujeres se mordían los labios de despecho, diciéndose que parecía mentira que hubiera un Dios que gobernara esto, que todo estaba desquiciado, para que un hombre como aquél fuera á fijarse en semejante trasto, cuando había por ahí tantas muchachas pudriéndose por dentro, de soledad y de abandono: el novio no era otro que un pobre pescador de un pueblo próximo, que tenía, en efecto, un parecido sorprendente con el proverbial santo del retablo; se veía amado con exceso, y se dejaba ir gozando sin escrúpulos del porvenir dorado y regalón que la casualidad le había deparado: excusado es decir que Lorenza no volvió á parecer por la capilla de San Sebastián, que no tuvo más velas, y cuyo rostro mutilado fué descascarillándose con una velocidad providencial, como si protestara de aquella ingratitud que le dejaba en el más triste desamparo; la costumbre arraigada no había vuelto á pasar por

su cerebro ni un instante, porque lo tenía allí, todas las tardes, á su lado, escuchaba su voz, cuyo sonido la embriagaba, bebía sus miradas, que penetraban como agudo puñal, con una nueva sensación, hasta lo más profundo de sus entrañas, sentía latir la vida en sus manos ardientes, cuando oprimían las suyas, en los grandes accesos de pasión, cuando los labios se devoran y el ser entero se abandona y se funde con el sér adorado: aquello era mejor, era más realidad, que en otro tiempo cuando estaba en su altar, sin acabar de decidirse á encarnar por amor, sordo á sus ruegos, impasible y sombrío: la había hecho sufrir mucho ciertamente; pero ella, en fuerza de detalles de bondad y ternura, sabía tomarse la revancha.

Como estaba tan sola, el señor cura que manejaba su tesoro, como ella le llamaba, le había tomado una casita cerca del presbiterio; allí era la existencia como un plácido arroyo que se desliza siempre igual, sin un guijarro que interrumpa su marcha, sin una hoja seca que rompa bruscamente la

armonía del cuadro siempre azul, flotando en los remansos de sus aguas serenas: allí esperaba el día de la suprema dicha, cuidando de aquel nido formado ya del todo pluma á pluma, que esperaba tan solo el calor de dos cuerpos fundidos en un cuerpo; un hogar modestísimo, pero limpio y risueño, con su cama de hierro cubierta con cortinas de percal, blancas como la nieve de la cercana sierra, con sus sillas de paja, y, colgando del techo la jaula en que aletea el canario parlero cuya continua actividad llena su vida, incompleta hasta entonces, de movimiento y de alegría: y allí, á la puerta de aquella pobre casa, podía el pueblo entero verla todas las tardes, como una emperatriz cuyo poder abarca en un segundo todo el contorno de su imperio pendiente de los ojos de aquel hombre infundiéndole vida, gozando á manos llenas de la dicha que ella misma creía haberse creado, desasida del mundo, viviendo únicamente de su amor, que era todo su Dios, su eternidad y su infinito: porque no pensaba ni sentía como sus convecinos, decían que estaba

loca siempre, con la sola variante de que su obstinación había cambiado, al agravarse, de ideal y de rumbo.

Habían pasado algunos meses: sentados á la puerta de la casa, cuchicheando siempre, habían visto pasar las cuadrillas de alegres segadores, tostados por el sol y cubiertos de polvo; después, la agitación febril de la alegre vendimia, con su loca algazara y sus cantos monótonos que, cuando el sol se pone y empiezan á brillar las primeras estrellas, parece que se pierden á lo léjos, más tarde, cuando la naturaleza entera parecía estar muerta en torno de ellos, las parejas de niños, atheridos de frio, las manos coloradas conduciendo á la espalda un haz de leña seca que vender por dos cuartos.

Los primeros botones de los árboles empezaban á hincharse; los almendros en flor se destacaban como copos de nieve en la campiña gris, y el día de la boda de Lorenza estaba ya fijado, era en verdad un acontecimiento, porque la pobre niña había venido á ser una potencia, un personaje proverbial en el mísero pueblo, donde no habia

alma viviente que no la hubiera ayudado á vegetar, antes de la prosperidad, cuando aún no podía hacer sombra á nadie, que no supiera de memoria la historia de su vida, de su locura y sus románticos amores,

El día señalado amaneció claro y espléndido; se había procurado dar el mayor realce posible á las menores ceremonias de la boda, como correspondía á aquel fausto suceso en la existencia de un tipo popular que había venido á ser, como podría decirse, un poco hijo de todos; pero lo que más llamaba la atención sin duda alguna, era el baile en la plaza, para el cual todo el mundo había hecho un sacrificio, el momento supremo en que el beso del novio, el beso apasionado, dado con toda el alma en mitad de los labios, ante la tácita sanción de un pueblo entero, viniera á coronar la ceremonia y á sellar la energía del Sacramento con un sello de fuego que no se borra nunca, en el momento culminante en que el delirio se apodera de la vertiginosa danza, y el ruido y la algazara han llegado á su máxi-

mum, y todo el Universo gira como una tromba en torno de los ojos asombrados, costumbres inveteradas que aún conservan á través de los siglos, muchos pueblos del Norte.

A la hora señalada la plaza principal presentaba un aspecto indescriptible; los vetustos balcones, rebosando de gente, parecían prontos á desprenderse, y en todos los rincones reinaba la alegría más patriarcal y la expansión más franca: en un testero de la plaza, delante de la Casa de la villa, se había levantado una tribuna para el Ayuntamiento y las autoridades, entre las cuales, como es de suponer, ocupaba el lugar preferente el señor cura; y el movimiento abigarrado de los mil colorines de los vestidos de las mozas, hechos expresamente para aquella fiesta, la nítida blancura de las camisas de los mozos, con sus monteras de terciopelo negro y sus varas de fresno entre las manos, imponían al conjunto un vaivén de recia marejada que ofuscaba la vista.

Lorenza, idealizada, radiante de juventud y de hermosura, corría de gru-

po en grupo, enardeciendo á todos, sonriendo á todo el mundo, en el extático apogeo de las luchas y las aspiraciones de una existencia entera que de repente explota en un grito salvaje, sin traducción humana, que delata la presa del vértigo anhelado; tenía puesto un vestido de paño grana, con tres franjas de oro al borde de la falda que dejaba entrever el comienzo de su bien torneada pantorrilla; un corpiño de terciopelo negro, con botones dorados, y su camisolín de muselina blanca como la nieve señalaba sus formas redondeadas, suavizando el contorno de su seno turgente y palpitante; tenía ceñido al cuello un collar de monedas de plata, formando juego con los pendientes y el anillo, y el pañuelo de seda ceñido á la cabeza, contribuía á realzar la frescura de sus labios rojos como coral, húmedos, voluptuosos, y el brillo de sus ojos, de una mirada inmensa, dilatada, como queriendo abarcar de un golpe todo lo existente, impregnados de un fuego, de un contagioso desvarío, que quería ofrecer todo un tesoro de promesas y dichas.

LORENZA

La danza había empezado: el compás soñoliento del tamboril y de la gaita marcaba un ritmo lento y perezoso, como de pesadilla que empieza á evaporarse con las primeras tintas de la aurora, y á su incitante invitación un extenso cordón de carne humana giraba lentamente en torno de la plaza, como inmensa serpiente que vá estrechando poco á poco el círculo, jugando con su cola y enroscándose consigo misma: á los dos lados del tamborilero, dos robustas mozas con sus correspondientes panderetas, entonaban canciones alusivas al acto, que hacían sonreír al novio y sonrojar hasta las sienes á la novia; era un momento de esos culminante, solemne, en que parece enteramente que en el éter palpita y se presiente un acontecimiento, acaso una catástrofe.

Lorenza y su amante marchaban á la cabeza, dirigiendo la danza, púdicamente unidos por las dos puntas de un pañuelo, como es costumbre todavía en los pocos pueblos verdaderamente patriarcales que van quedando, y, frente á frente uno de otro, los ojos en los

ojos, la expansiva sonrisa del sér idolatrado, se desprendían por completo del movimiento y del bullicio que les rodeaba; detrás de ellos marchaba aquella especie de cadena interminable, cuyos robustos eslabones, formados por parejas de colorados y fornidos mozos, parecían arrastrarse sobre el suelo desigual y pedregoso de la plaza con un rumor monótono, como atrayéndose á la fuerza unos á otros, arrebatados por el delirio y la embriaguez de una tromba de espíritus, idealizados y dormidos y ciegos por el vértigo, como una ténue nebulosa gris en que el color y el movimiento y el sonido se pierden en una media tinta fluctuante entre la realidad y el sueño, semejante á la tromba de fluidos eternamente errantes en que Dante Aligieri creyera ver cruzar la concepción de su Francesca.

Y al rápido crescendo del tamboril y de la gaita, aquella muchedumbre hipnotizada, resbalaba, sin ver, por la velocidad de la carrera, la vida palpitante y los objetos que la rodeaban, acercándose al máximum sin apenas notarlo, pidiendo más y más en su delirio

ahullando, tropezándose, imprimiendo al conjunto esos tonos sombríos, abrasadores, de las Kermess de Theniers, ese expresivo narrador de las desenfrenadas vacanales; era el momento decisivo, ya no podía ser mayor el movimiento; el ruido redoblaba, los vivas á los novios partían sin cesar y por encanto de uno y de otro lado de la plaza, como saetas lanzadas en medio de aquel campo de Agramante, y todos los pasivos espectadores, según su gerarquía, unos desde la privilegiada tribuna, otros sobre la piedra que les servía de asiento, procuraban empinar-se sobre las puntas de los pies para no perder el más mínimo detalle de aquella muda escena que habían visto mil veces, el segundo solemne en que los brazos del novio estrecharan la cintura de ella y la música cesara de repente, como si reventara en un acorde digno solo de aquel momento, un acorde monstruoso, intraducible, sin expresión humana: y el segundo solemne había llegado; todos los brazos á una se elevaban al cielo, y un ¡hurra! atronador, espontáneo, unía en un aliento todos los alientos.

De repente un grito desgarrador, estrangulado, atravesó el espacio; galvanizando en un segundo todas aquellas existencias, en el mismo momento en que el cuerpo de Lorenza, con un golpe terrible, caía sobre las piedras de la plaza como abatido por una maza gigantesca, haciendo amontonarse sobre sí misma á aquella mole de carne humana que corría tras ella: una gran oleada empujó en encontradas direcciones á aquella irreflexiva muchedumbre, y el espanto instintivo de los que habían visto, todavía impelidos por la velocidad adquirida; chocando con la curiosidad insaciable de los que querían ver, les hizo precipitarse unos contra otros, en un flujo y reflujo que solo duró un momento: gritos de desesperación partían de todas partes.

Cuando, pasado el primer momento de confusión, el señor cura, á duras penas, con esfuerzos titánicos, consiguió abrirse paso á través de aquella muralla de carne humana, llegando hasta Lorenza, ya era tarde: el cuerpo inanimado yacía en el centro de la plaza; todavía respiraba, pero sus ojos,

desesperadamente abiertos, querían expresar el horror del segundo en que, rotas las fibras que nos ligan al ideal soñado, muertas las ilusiones de un hazo, el alma vé de pronto toda la podredumbre de las miserias de la vida, que no había visto antes, el insulto brutal de los placeres materiales, la duración efímera de la ceguera y de la dicha, la inmediata hediondez de la materia bruta, dispuesta siempre á excesos repugnantes, todo eso que no existe, que no puede existir en el éter azul de la sublime esfera en que el espíritu, no contagiado todavía con las flaquezas de aquí abajo, se mece de continuo: esas manchas de lodo que todo lo devoran, incomprensibles en los amores de otra atmósfera que ella se había forjado.

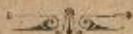
Un expresivo rictus de intraducible asco, se había quedado como un sello entre sus rojos labios, y sus pupilas, ya vidriadas, devoraban con ansia el cielo azul, como tratando de penetrar un más allá desvanecido, de preguntarle en un ahogado grito de indignación suprema, si era aquello lo que ella ha-

bía soñado, mientras sus manos crispadas oprimían su pecho del lado del corazón que debía retorcersele en convulsiones de insoportable angustia.

Habríase dicho que un densísimo velo se había descorrido ante su vista, aniquilándola de pronto con la revelación de la única fase del amor que en esta pobre tierra se concibe, y caía desde tan alto, que por ley natural el golpe había de ser mortal y decisivo: había soñado siempre, pendiente día por día de la apoteosis de un segundo, el beso espiritual que había de arrebatlarla en las doradas alas de un éxtasis seráfico á las claras regiones en que el tiempo se pierde en una vibración suave, sentimental, sin variante ni término, arrebatando en las ondas sonoras de un espacio infinito una lluvia de mundos; en que es lícito amar algo grande, sublime, que por mucho que abraza no mancha ni devora nunca, y aquel ardiente beso de la carne, mostrándole de pronto las brutales violencia de la virilidad indomable y sin freno, abrazando sus labios con el impuro aliento de un deseo bastardo manchando la

blancura inmaculada de su seno de virgen con torpe pensamiento, era el que la mataba.

Los médicos encargados del reconocimiento, certificaron por unanimidad que había muerto á consecuencia de la rotura de una aneurisma del corazón: y con este diagnóstico, la pública opinión quedaba satisfecha, porque ignoraba que también hubiera aneurismas del alma.





DE MI TIERRA

ENTRE las tradiciones y leyendas que, de haber tenido voluntad y tiempo, habría podido recoger en mi reciente expedición por la bendita tierra de María Santísima, la cuna clásica de la superstición y de la fantasía, ninguna tan adecuada para impresionar por mucho tiempo el ánimo, ninguna tan grabada á fuego, con rasgos indelebles en mi memoria, como la de la Virgen de la Justicia, patrona del más tranquilo é ignorado pueblo de la sierra de Córdoba.

Oprimido en un círculo estrecho de medio derruidas murallas, que por la

acción del tiempo han venido á ser una brecha continua, como dormido en un letargo de más de cuatro siglos, pasado el cual la voz del angel había de estremecerlo de nuevo y de llenar de vida su vetusto recinto, despertándolo á la luz del progreso más árabe que antes; destacándose bruscamente del tono oscuro y monótono de plateados olivares, peñascos gigantescos, carrascas y jarales, un montón de casitas, blancas como la nieve, presidida por una torre secular, alta y delgada, como aguja que amenaza quebrarse á cada instante, se refleja materialmente en ese cielo azul, sin una mancha, de Andalucía, como enviándose ambos, de mundo á mundo sonrisas y promesas; como pugnando siempre por romper sus cadenas y exhalarse á regiones más altas en busca de la realización de aspiraciones no satisfechas nunca; todo allí es humildad, y placidez y modesta armonía.

Solamente en la plaza, enfrente de la iglesia, como queriendo establecer con ella un parangón soberbio, se alza un inmenso caserón de piedra berro-

queña, con sus almenas desiguales y carcomidas por las furiosas tempestades, sus poderosas rejas, de barrotes gruesísimos, formando arabescos y labores intrincadas, la mayor parte de ellos retorcidos y violentados, como si el rayo destructor se hubiera paseado á su sabor entre ellos; con su puerta adornada de grandes clavos de hierro, llenos de orín y ennegrecidos, coronada por un inmenso escudo de armas, en que grandes mechones de hiedra medio seca, constituye quimérica cimera.

Cuenta la tradición que aquella verdadera fortaleza era la residencia de los señores del pueblo, en tiempos de la gloriosa reconquista; hoy no viene á ser más que un caserón ruinoso: minado en primera mitad por la humedad, que vá ascendiendo poco á poco, como una inmensa mancha gris, imprimiendo al conjunto un sello lastimoso de suciedad y decadencia; de sus grandes balcones sin vidrieras cuelgan grandes racimos de hiervas parásitas, y en lo alto de la torre las lechuzas y demás alimañas de mal agüero, encuentran

un asilo; en la seguridad de que allí no ha de ir nadie á molestarlas.

En un ángulo entrante de la plaza, pegado á la citada casa, y formado en la gruesa tapia de una antigua huerta se abre un nicho como de un metro de alto, con una Virgen antiquísima, también hecha pedazos, sin manos y con las facciones ya borradas; la patrona del pueblo, á quien antes faltaría la luz del sol, que la de su farol de aceite alimentada por la piedad y la superstición de todo un pueblo, de todas las mocitas que tienen sus amores en la guerra, de todas las abuelas que ven evaporarse segundo por segundo la vida maquinal del adorado nietecillo, de todas las casadas que en fuerza de promesas y de votos, quieren contrarrestar la perniciosa influencia del temido mal de ojos; esto no tiene nada de particular, porque la verdad es que el pueblo entero está lleno, al revolver de cada esquina, de nichos y de imágenes, de Ecce-Homos y de Vírgenes, cuajados de exvotos, de piernas y de brazos y de ojos de cera, con lacitos de cinta descolorida por la luz y la lluvia: pero lo que

más llama á simple vista la atención del viajero, es que aquella Virgen tan venerada y milagrosa, la principal de todas, si pudiera decirse, se encuentre tan abandonada de exvotos y recuerdos, teniendo únicamente en el centro del nicho y sobre la cabeza de la imagen, suspendido de un lazo de tul negro, un corazón de cera, pintado de encarnado, flamante y lustroso, como si acabaran de retocarlo, teniendo la propiedad, según la voz del pueblo, de fundirse materialmente en una fecha determinada del año (como dicen que sucede con algunas Sagradas Formas en diversos puntos) y de llegar á adquirir la frescura del color y hasta podría decirse que la palpitación de la víscera viva.

Hace ya algunos años habitaba todavía en aquella sombría y vieja casa, actualmente cerrada, el párroco del pueblo, un viejecito con la cabeza blanca y la sotana desteñida; un cura que era un santo, esperando serenamente la muerte, como quien espera la liberación y la dicha, pero sin precipitación ni alardes de cansancio, sino

con esa paz del alma que sabe que más tarde ó más temprano ha de llegar su día, que la presa es segura; dejándose acabar materialmente entre el afecto y los cuidados de una vieja ama de llaves, que ya era un espectro, y de una sobrina auténtica de veinte años que no tenía nada de santa.

Carmela era la moza más hermosa del pueblo, y según la voz pública, de toda Andalucía, ó cuando menos de muchas leguas en redondo: era alta, bien formada, de carnes apretadas y blancas como el marmol; tenía los ojos negros como la negra noche, una mata de pelo azulado y lustroso, como el ala del cuervo; los labios rojos y húmedos, como claveles entreabiertos, recientemente fecundados por el rocío de la aurora, y sobre todo esto, flotando de continuo en sus negras pupilas, sobre su cutis aterciopelado, en todo su sér moral y su sér físico á un tiempo, esa especie de escalofrío inexplicable de voluptuosidad, de sueños entrevistos en un vértigo no realizado nunca; ese estremecimiento de la carne que ofrece al mundo entero, sin que se lo pidan, un tesoro

inagotable de languideces y promesas: de toda Andalucía habían venido á verla y á ofrecerse los señoritos más encopetados, los ricos herederos, representantes de los linajes más gloriosos, acompañados de sus más ricas galas; ella no decía que no nunca, gustaba del incienso, hacía frente á todos, sin llegar á formalizarse nunca, comprendiendo tal vez que con el matrimonio tendría que terminar aquel halago de todos los momentos, viéndose reducidos sus encantos al estrecho escenario de la prosa diaria, y sin duda por eso había llegado en estado de merecer á los veinte años; la pobre chica, enmedio de sus bellezas y excelencias, tenía un defecto no pequeño por cierto; ¡era coqueta como un diablo!

El tío conocía que era hermosa, y no por egoismo refinado, no por interés propio, á su edad imposible, sino por el espanto del peligro que el conocimiento íntimo de su valor y la exhibición de su hermosura podría acarrear para la salvación de su pobre alma, procuraba esconderla, tenerla de continuo encerrada bajo veinte cerrojos,

quitarle todo aquello que pudiera aumentar el brillo y la fascinación de sus propios encantos, sin comprender acaso, en su inocencia patriarcal, que el brillante fulgura mucho más cuanto más densa se hace la oscuridad que le rodea, que aunque no hubiera espejos en el mundo, la mujer hermosa sabrá siempre que lo es, y comprenderá siempre el ascendiente incontrastable de sus armas, de la misma manera que el sol que nos alumbra no necesita reflejarse, para saber que es sol, en los demás planetas á que dá la vida, bastándole con deslumbrarse á sí mismo, con el brillo purísimo de su brillante aureola: pero ella sabía bien lo que valía y se había dicho interiormente muchas veces que Dios, sin duda alguna, había hecho lo bueno para que se luciera; se había jurado no ceder, y de un modo ó de otro, tenía un arte tal de hacer su voluntad y engañar á las gentes sin que se notara, que, quisieran ó no, la veían y ella veía, y todavía no se había dado el caso de que su corazón, ó mejor dicho, su vanidad impresionable y tornadiza, porque allí el corazón

brillaba por su ausencia, hubiera estado un solo día desocupado.

En la época á que me refiero tenía Carmela relaciones (relaciones insólitas, por lo formales y lo largas) con uno de los mejores mozos del pueblo, hijo del boticario, un gigantón que tenía la musculatura de acero, y dos ojazos que parecían dos soles, y un bigotazo negro, que era el encanto y el punto convergente de las miradas de todas las muchachas de la aldea; y unos labios carnosos y sensuales que parecían destinados á triturar entre ellos y hacer ceniza en un segundo, todo aquello que estuviera al alcance de su fuego; se llamaba Jacinto, y estaba enamorado de Carmela de una manera tal que aquello había venido á ser una verdadera locura; no le importaba nada lo que podrían decirle sobre el pasado de ella, su conducta ligera y su coquetería; aquellos escauceos de un alma superior, como él decía, debatiéndose sola hasta encontrarle á él, en el círculo estrecho y las miserias de conciencia de una sociedad bárbara, era precisamente lo que le seducía, lo

que más encendía su pasión, halagando hasta el vértigo su vanidad de hombre, su orgullo de mísero vasallo elevado de pronto á compartir el lecho de una reina; la amaba porque sí, sin darse cuenta de la razón; aquella mujer ejercía sobre él, sobre todo su sér, una fascinación y un dominio inexplicables; y había dicho varias veces en público, con un aplomo y una serenidad que no dejaban lugar á la menor duda, que el día que Carmela le faltara, se quitaría la vida, innecesaria ya, sin vacilar un segundo.

Así es que generalmente se creía en el pueblo que aquello era definitivo, que se habían comprendido mutuamente, que se habían pescado, y no debía tardar el momento solemne que diera coronamiento á aquellas relaciones,

Pero ninguno había calculado que Jacinto tenía, poco más ó menos, la misma edad que ella, es decir, veinte años, y que la quinta despiadada, que no perdona á nadie, se le venía encima; en efecto, el buen mozo acababa de sacar uno de los números más bajos del sorteo.

El padre tenía cuartos, ciertamente, pues era uno de los propietarios más acomodado de la comarca y podía librarlo si quería, pero vió el cielo abierto, como suele decirse, aunque su corazón de padre se hacía pedazos, en aquella ocasión que se le presentaba de alejar á su hijo, sin exajerados alar-des de crueldad y de rancia intransigencia, del peligro latente y cada día mayor, como sima que poco á poco lo vá absorviendo todo, de caer por completo en las redes de una astuta coqueta, la desgracia más grande que puede amenazar al hombre, aunque esa coqueta sea sobrina, no de un íntimo amigo, como él decía, no de un cura de aldea, pero ni de San Pedro.

Aquella fatal noche era la última noche: á la mañana siguiente, al despuntar la aurora, debía salir Jacinto con los demás mozos que habían entrado en suerte, para incorporarse á su regimiento: era una noche triste en los fastos del tranquilo pueblo, y en todos los hogares había alguien que velaba, con esa ansiedad calenturienta que cuenta materialmente y vé desapare-

cer uno por uno los segundos de tormentos, ya con el interés del corazón interesado, y la noción del horrible peligro de la ausencia, ya con la desesperación ingénua, desinteresada y silenciosa de la entraña que siente desprenderse un jirón de su carne, con sangre de su sangre; aquella noche, era lo natural que la entrevista por la reja fuera más larga y expresiva, los suspiros mucho más acentuados, las promesas, los juramentos más fácilmente repetidos que nunca, las lágrimas más ardientes y amargas que de ordinario, como de séres que van á separarse y á dejar de verse durante dos mortales años, dos años de ausencia, Dios mío, una espantosa eternidad para dos almas mutuamente enamoradas, fundidas en una sola alma.

La noche estaba nebulosa y fría, como noche del mes de Febrero, en que sobre los picachos agudos de la agreste sierra se vá amasando poco á poco, y como ejército de espectros, la imponente tormenta: en que el soplo helado del huracán se enrosca, como sangriento latigazo, á los troncos de los altos

árboles, á los barrotes de las rejas, á las escuetas torres, haciendo rechinar lúgubrementes las veletas: de cuando en cuando un pequeño intervalo de luna, asomando por un jirón de cielo azul, venía á iluminar el paisaje solitario y sombrío, con su luz macilenta é insegura, esa pobre apariencia de vida de lo que sabe que ha de durar poco.

Las doce habían ya dado en el antiguo reloj de la iglesia; había pasado ya la rondalla de mozos, que, como Jacinto, debían partir al día siguiente, despidiéndose con serenatas y cantares de las elegidas de su corazón, de las mozas más aguerridas del pueblo, y ya muy lejos se percibía apenas, como un suspiro casi imperceptible, un suspiro impregnado de lágrimas y desesperación, el dejo acompasado de las guitarras, de las bandurrias y de las voces varoniles; en todas las ventanas había flores, llevadas con febril solicitud por el adios del alma que se ausenta; flores que recogían temblando las manos de la mujer enamorada, para llevarlas á los labios, ya mar-

chitas, suplantando los besos del amante, en las horas eternas de la ausencia.

En medio del silencio y de la soledad de la anchurosa plaza, solo un murmullo apenas perceptible vibraba como misterioso surtidor de perlas, que pugnara por no acabar de desprendérse nunca, y un bulto negro, pegado á la reja de Carmela, era lo único que venía á interrumpir la igualdad cenicienta del conjunto: aquel bulto era el pobre Jacinto, que lanzaba al vacío las últimas estrofas de su amoroso repertorio, con el acento dolorido del que no tiene más remedio que partir á la fuerza, y lo que es aún peor, partir sin la seguridad en la constancia del sér que se abandona por tiempo indefinido.

También en aquella vetusta reja había flores, sin duda más variadas y más costosas que en las otras, aunque la diosa que motivaba aquella adoración extática no se hubiera dignado mostrarse todavía: era de esas que gozan con hacerse esperar, que se complacen en jugar con la paciencia y la pasión de un hombre, sin comprender

que todo sufrimiento tiene un término, y que los grandes odios de la vida, los mortales rencores, han tenido su origen muchas veces en los amores más exagerados: la voz del pobre joven parecía perderse en la medrosa soledad de la ancha plaza, en el silencio de la noche, sin eco de sí misma, y como ya el desprecio se prolongara mucho, las notas amarguísimas, como notas de hiel del altivo despecho iban sustituyendo á las alabanzas hiperbólicas del sér idolatrado brotando de su seno tempestuoso como un raudal asolador de blasfemias y lágrimas.

El amor es una espina
que se clava en las entrañas
y que no se arranca nunca
si no la muerde la infamia.

Su voz volvió á perderse en el fragor de la tormenta que empezaba á amasarse á lo lejos, y se alejó botando, en el vacío, como una carcajada histérica que se empeñara en esparcir en el espacio ilimitado el sarcasmo de su pasión desesperada y de su situación no muy airosa; la paciencia empezaba á faltarle, y al mismo tiempo temiendo

haber herido con sus quejas la susceptibilidad de la mujer amada, agotado el popular repertorio, recurría á los giros de su imaginación, procurando encontrar en su garganta modulaciones y cadencias nuevas, que consiguieran expresar, aunque remotamente, el estado de su ánimo.

¡La muerte cuando es la muerte
por el sér idolatrado,
es la risa de la aurora
del paraíso soñado!

Y esperando, jadeante, mal envuelto en su capa, quería aferrarse allí como el musgo á la roca, no encontrando el momento de marcharse en aquella desesperada despedida de todas las ilusiones, todas las esperanzas, como si se empeñara en dejarse enredados en aquella reja, como una prenda de seguridad, su pensamiento, su corazón y su existencia entera; por fin se abrió la reja, y coronada de claveles rojos, los ojos centelleantes, apareció la sombra de la mujer tan halagada, iluminada apenas por la luz mortecina del farol de la Virgen; un segundo más tarde un suavísimo hervor de voces y suspi-

ros, era el único ruido que interrumpía el magestuoso silencio de la plaza.

Ella estaba sentada en el alfeizar de la ventana, envuelta hasta los ojos en un mantón de estambre, y en medio de la oscuridad, cuando de tiempo en tiempo la luz amarillenta del farol, que caía de plano sobre ellos producía un destello más intenso que los otros, solo se podía adivinar de su persona el resplandor siniestro de sus pupilas de fuego, brillando en las tinieblas de la noche como inmensos luceros, y el brillo de su pelo negro como el azabache, aprisionando entre sus trenzas apretadas su frente de marfil, bajo cuya epidermis parecía desatarse un torbellino de opuestos pensamientos.

Estaban los enamorados sumamente juntos; habríase dicho que querían devorarse con la vista, que aquella hembra satisfecha trataba de curar en fuerza de pasión, de miradas ardientes, la frialdad estudiada de un momento antes, la herida abierta por su indiferencia criminal en el amor propio de aquel hombre, y las promesas de amor imperecedero, los juramentos sin con-

ciencia y sin término, pasaban como un aliento abrasador de una boca á otra boca, como último beso de dos seres que tienen que arrancarse uno de otro, sin haber llegado á gozarse jamás completamente; cuando dieron las doce y media, Jacinto se separó un poco y bruscamente de la reja, como disponiéndose á marcharse; entonces su acento varonil se elevó un poco más, claro y más vibrante.

—No me importa el servicio, no tengo miedo á nada—murmuró lentamente y como hablando consigo mismo. Por mí, bien sabe Dios que me voy satisfecho; ¡pero dejarte así, durante tanto tiempo, abandonada á tus escasas fuerzas.... He oído decir toda mi vida que la pícara ausencia es capaz de acabar con los amores más arraigados y más sólidos.

—¡Dos años pasan pronto!—dijo ella sonriendo, como para animarle, y sacando fuera de la reja una mano blanca como la nieve, que él se apresuró á aprisionar entre las suyas—Verás, volará el tiempo, y cuando menos lo pensemos, volveremos á vernos, purifica-

dos por esta dura prueba, más amantes que nunca, y realizadas ya todas nuestras aspiraciones y todos nuestros sueños.

Hubo un momento de silencio: la fuerza del huracán se acentuaba, girando y caracoleando, como un bramido amenazador, en torno de ellos.

—Luego... prosiguió él, como no decidiéndose á desarrollar brutalmente su pensamiento. Perdona si' te ofendo, pero si tú, Carmela, fueras otra clase de mujer, yo me iría más tranquilo; pero tú, la verdad, has sido siempre un poco casquivana, un poco presumida, aunque sea sin malicia, te gusta que te adulen y verte rodeada de admiración y de agasajos... ¡ya ves tú! á esa distancia, con mi imaginación, con el cariño que te tengo, conociéndote á fondo, mi existencia vá á ser un continuo tormento. Porque mira, Carmela, yo no sé lo que digo, vás á reirte de mí; pero te quiero tanto, me he acostumbrado tanto á la querida idea de hacerte toda mía, de ver en el fulgor de tus pupilas la regla inexorable de mi pensamiento y mi destino, que si

un día me faltaras, si un día te olvidaras de todo lo pasado, yo no sé lo que haría; creo que me moriría de desesperación y de abandono; no podría vivir sin tu cariño: yo creo que vendría y te haría pedazos entre mis manos... sí, yo te mataría, y después me mataría yo también; así, como suena, ¡si no habías de ser mía, si ya no había de realizarse nunca el porvenir soñado!

—¡No digas disparates!—exclamó ella sonriéndose con una sonrisa indefinible, pero apartándose instintivamente de él, porque le daban miedo la vaguedad y el extravío que se hacían traición en las pupilas de aquel hombre—¡Eso se queda bueno para las comedias! además—continuó, dejándose caer, como quien no quiere la cosa, y recalcando sus palabras con un arte diabólico.—Todo eso es muy antiguo, ya soy otra mujer; tú sabes bien que tus amores me han regenerado: pero aunque así no fuera, no puedo calcular ni porqué lado puede venir hoy día ese peligro que tu temes.

—¡No te hagas la inocente!—dijo él, como en broma, acercándose más, co-

mo galvanizado por aquel juego astuto, capaz de enloquecer hasta al más preparado.—Aunque sé que eres buena, aunque conozco bien que todo son quimeras mías, tú sabes bien á que persona quiero referirme.

Carmela reflexionó un momento, como repasando en su imaginación la lista interminable de los probables pretendientes.

—¡Una no es un fenómeno!—dijo de pronto, ingénuamente, envolviendo sus palabras y su pensamiento en una alegre carcajada—y tú, por experiencia sabes perfectamente que los malditos hombres no llevan una venda delante de los ojos; yo puedo responderte de todo aquello que de mí dependa, pero de la conducta de los demás... si nos asedian y si nos agasajan ¿qué culpa tiene una? Tú sabes bien que las mujeres han nacido para ser de los hombres, y que los hombres son para las mujeres; digo, ¡á mí me parece!

—Pero á mí me parece que cuando el corazón se ha dado una vez—exclamó el pobre mozo sin poder contenerse—lo demás de la tierra debe importar

un bledo. No, Carmela querida; yo no puedo marcharme con esta incertidumbre; veo en tí poca firmeza. ¡y es que tu pensamiento está partido en dos, que al lado mío surge siempre la sombra de otro hombre que ha de ser mi tormento y mi desgracia!

—No puedo comprender á quien intentas referirte, dijo ella friamente,

Se quedaron mirándose durante largo rato, como si en realidad no se entendieran, y después él se aproximó un poco más aún, como vacilando y dejó caer en su oído dos palabras apenas perceptibles por la emoción y por la rabia; de repente una estridente carcajada de mujer estremeció el ámbito de la plaza.

—¿Ese? ¿Paco el de la Parronda?— exclamó ella con una especie de desdén intraducible—;No, hijo de mis entrañas! ¡gracias por el favor! ¡yo tengo aspiraciones, y con algún derecho, mucho más elevadas!

Enseguida, cambiando de expresión súbitamente y poniéndose seria:

—Pero por otra parte no es posible negar que el muchacho es buen mozo;

y los padres son ricos; y él es trabajador... no puede caber duda de que es un buen partido para cualquier muchacha! Pero no temas nada, eso ya es muy antiguo: es verdad que me asedia... y á mí no me disgusta... ¡si no estuviera tan comprometida contigo le hablaría á él de seguro! Hace más de año y medio que no me deja en paz ni á sol ni á sombra.

Un rugido imponente de cólera y de celos se escapó como un trueno del pecho de aquel hombre, que veía materialmente convertido en humo, en un segundo, su porvenir y su ventura.

—¡Escúchame Carmela!—balbuceó sordamente—¡eres una mala hembra! y yo lo sé perfectamente, y sin embargo, necio de mí, no puedo decidirme á renunciar á tí, no puedo dominarme. Pero tampoco quiero marcharme así, con esta duda horrible en el fondo del alma; y pues que tú lo quieres, ahora mismo, en este mismo sitio vá á decidirse de una vez la suerte; escoge entre los dos... ¡no tengas miedo! No me importa la realidad, por amarga que sea, no temo á la desgracia; ¡lo único

que no quiero es que me engañen, ser el juguete de una mujer indigna, ni un segundo siquiera!

Ella se quedó atónita.

—¡Qué trágico estás hoy!—murmuró vacilante, sin saber porqué lado tomar.—¡Te aseguro que es una despedida muy poco cariñosa! Además, ya no es tiempo; si hubiera sido antes.... ¡No es posible elegir entre dos seres, no pudiendo apreciar el grado de cariño, de bondad, de valor, la clase de abnegación y porvenir que ofrece cada uno!

El muchacho se había quedado meditabundo y pensativo, con la mirada fija en las baldosas de la plaza, como en esos momentos en que el mundo se acaba, en que el febril trabajo de la imaginación es enervante, en que, con la concepción súbita del crimen, la vida entera se extremece con una agitación volcánica que decide para siempre un rumbo fijo.

—¿Y si fuera posible saber eso?—exclamó de repente, elevando la vista y clavándola con extraña insistencia en la fascinadora de Carmela.

—¡Vamos! ¡Tú estás hoy loco!— murmuró ésta con mimo, sonriéndose siempre.—Para eso, era preciso que el corazón de cada uno se saliera del pecho, y yo pudiera ver palpablemente, y apreciar y medir la verdadera cantidad de abnegación, y de sinceridad, y de pasión, que encerraba cada uno: ¡ya ves que es imposible!

Reinó un momento de penoso silencio: por la frente del joven acababa de cruzar, como un relámpago, un siniestro pensamiento, y en su seno, agitado por los embates de ruda tempestad, se debatía el espectro de los celos con una fuerza horrible.

—¿Y si fuera posible saber eso?— repitió nuevamente, con la mirada extraviada, completamente trastornado y como hablando consigo mismo.— Porque.... si tu pudieras verlo clara y palpablemente, aquel que se llevara la victoria... ¿no es verdad? ¡aquel que se llevara la victoria sería por completo y para siempre!

—¿Quién puede dudar eso?—respondió ella, sin dejar de sonreirse.—Porque probablemente serías tú, y ya tie-

nes en tu ventaja la mayor parte del camino andado.

—Sí: por que tu comprendes... continuó el infeliz sin escucharla, con una voz siniestra—que, después de lo dicho, después de lo pasado entre nosotros, yo no puedo marcharme de este modo.... ¡y que uno de los dos, ó él ó yo, sobramos en el mundo!

Ella dejó un momento y por primera vez de sonreirse, y haciendo bruscamente ademán de levantarse.

—¡Mira, Jacinto! ¡Vuelve en tí!—balbuceó emocionada—no tengo ganas, francamente, de disgustos y escándalos.

Y se quedó suspensa, con las manos fuertemente enlazadas á los fríos barrotes de la reja, devorando materialmente la expresión del semblante de aquel hombre, en que la angustia de la muerte ó el asombro de la repentina concepción del crimen parecían retratarse con una fuerza y una expresión indescriptibles: su mirada indecisa se perdía á lo lejos, en ese punto vago é indeterminado de la obsesión penosa que solo existe para ella; palpitaban sus sienes, y de su pecho, agitado por violenta congoja,

se escapaba esa especie de ronco estertor de los celos impotentes, los celos, que se desbordan como válvula que estalla con estampido horrísono, arrastrando en su marcha devastadora una existencia entera de sueños, no realizados, dulzuras no gozadas, castillos gigantescos, venidos de repente y con estrépito atronador á tierra; despertar amarguísimo y desconsolador del alma enamorada y aletargada en su misma pasión, á una cárcel negrísima, noche eterna y sombría, sin luz, sin esperanza, sin horizonte y sin consuelo; ¡aquello era espantoso!

—¡Tienes mucha razón!—prosiguió sordamente, con una voz profunda y cavernosa, que parecía brotar del fondo de un sepulcro.—Para conocer eso, es preciso que tú penetres el corazón hasta su seno más recóndito... ¡pero tú lo conocerás; pierde cuidado! Por tí, ¿qué sacrificio no sería yo capaz de llevar á cabo? ¡Uno de los dos sobra! Ahora voy á buscarle, á provocarle, á que uno de los dos deje en poder del otro sus sueños y sus aspiraciones insensatas: y aquél que sobreviva de los dos, tendrá



el mejor derecho; aquél, vendrá á enseñarte su corazón... ¡te lo traerá en la mano, para que puedas verlo, y apreciarlo y saciarte! ¿Estás ya satisfecha?

Ella le contempló aterrada, con las pupilas inmensamente dilatadas por el asombro y el espanto, sin atreverse á dar un grito ni retroceder un paso, en toda la tensión más espantosa de las fibras de la desesperación impotente.

—¡Porque yo no quiero perderte, Carmela mía! ¡Yo no quiero perderte! —Prosiguió él, estremeciéndose de pronto.—Te adoro demasiado, yo volveré, te lo prometo; el corazón me dice que seré yo el que vuelva, más tarde ó más temprano, y sea como sea.

Después, volviéndose á la Virgen, elevando los brazos al cielo, como para ponerle por testigo de su juramento:

—La Virgen será juez en esta causa! —dijo, con una paz siniestra que helaba hasta los huesos.—¡Ella es testigo de que yo volveré, si me esperas ahí, antes del día, y te traeré mi corazón, que me has pedido!

Un súbito resplandor de la luz que alumbraba la imagen pareció respon-

der, aceptando, á aquella imprecación solemne é imponente. Carmela quiso gritar, alargó los brazos para detener á aquel hombre, aquella nueva realidad que se desvanecía como otro nuevo sueño, pero ya no era tiempo, porque el frío crispante, que le parecía entonces de anhelante agonía, se interponía entre ellos, y la voz se había anudado en su garganta: solo le vió alejarse precipitadamente, en medio de la oscuridad de la calle Real, que daba frente por frente de su casa, y con la cabeza calenturienta apoyada en los hierros, las pupilas desmesuradamente dilatadas, para ver hasta lo último, permaneció sin movimiento, sin respirar apenas, hasta que el eco de los pasos de él se perdió por completo en medio del silencio de la noche.

Entonces, solo entonces, la soledad medrosa en que se había quedado, el frío desagradable que la rodeaba, la hicieron despertar, con una sensación penosa, á la realidad de la vida, y volvió á caer sentada en el alfeizar de la ventana: habría querido entrarse, habría querido ir á esconderse no sabía

donde; pero una fuerza incontrastable, superior á su voluntad, la retenía allí en ese estado de ánimo, mezcla del temblor convulsivo del mísero ser humano ante el espectáculo de lo sobrenatural y lo grandioso, y el orgullo indomable, la bravura de la hembra castiza que se siente asediada, que sabe que dos hombres se están disputando por ella la vida palmo á palmo, y espera el resultado sin alterarse y sin pestañear, para otorgar el premio: no sabía á qué atenerse; no sabía si aquello era de broma ó era de veras, y en aquella ansiedad, habría deseado que las horas trascurrieran como un solo segundo.

Mientras tanto, la tempestad que se había iniciado pocas horas antes, acababa de desencadenarse, y el huracán bramaba en torno de ella, penetrando, como un puñal acerado, hasta la médula de sus huesos: imponentes relámpagos rasgaban de cuando en cuando en toda su extensión el firmamento; bramaba el trueno entre los riscos de la sierra, y gruesos goterones, como de plomo, empezaban á caer pesadamente, brillando al resplandor del farol de la

Virgen, como una lluvia de brillantes: la lechuza, en la torre, dejaba oír de cuando en cuando su siniestro graznido, alternando con el eco del trueno.

Carmela tuvo frío, tuvo miedo, y aterrida, aterrada, se acurrucó más aún en el hueco de la ventana, acabando por quedarse como adormilada, esperando, no sabía qué, en ese estado letárgico que no es el sueño, y que acompaña casi siempre á la fiebre; así volvieron á pasar algunas horas, no podía saber cuantas, porque había perdido la noción del tiempo y de sí misma: el reloj de la torre dió una hora, no sabía cual á punto fijo: las tintas azuladas de la aurora se iniciaban á penas en el horizonte, ahuyentando las sombras y fantasmas de aquella horrible noche, cuando se incorporó de pronto, trémula, y arrojando un grito inarticulado: le había parecido, babría jurado materialmente que la habían llamado por su nombre, que un quejido suavísimo, como de caña que se rompe, como de gota de agua que se desprende de la hoja, como de vida frágil que se acaba, había pronunciado su nombre

cerca de ella, su nombre, bien distinto, como lamento de pasión que nos pierde.

Un segundo más tarde volvió á tranquilizarse; se dijo que sin duda habría sido alguna ráfaga del viento, al enredarse en sus cabellos, lo que la había engañado: se restregó los ojos, y se puso á mirar maquinalmente en la misma dirección en que había visto desaparecer momentos antes á aquel hombre: le pareció que en lo alto de la calle, donde apenas podía llegar la vista, flotaba un bulto ceniciento que, á medida que se iba aproximando, se hacía más y más negro; no podía caberle duda; era alguien que bajaba lentamente, pero, cosa extraña y que no podía acabar de explicarse; bajaba sin hacer el menor ruido, sin andar como andan los mortales, sin que sus pasos produjeran el más leve rumor sobre el pavimento húmedo de la solitaria calle, sino más bien resbalando, deslizándose sobre el suelo, como silueta pavorosa de fantástica sombra, en un silencio tétrico que no eran bastante á interrumpir ni los lejanos truenos, ni el monótono chasquido de la lluvia;

enmedio de la luz indecisa del crepúsculo, parecía aquel espectro rodeado de un azulado resplandor, como fosforescente brillo de fuego fátuo, que corriera temblando de un lado á otro de la calle, impelido por el menor soplo del viento.

Carmela se dejó caer contra la reja, absorvida completamente por aquel sobrenatural espectáculo, y sintió un sudor frío, y sintió que el cabello se le ponía de punta: así transcurrió un rato de ansiedad indecible; á medida que aquella sombra iba avanzando, parecía así como mezcla de sér humano, de visión y fantasma: traía los ojos fuertemente cerrados, y sin embargo, de sus órbitas huecas, rodeadas de amoratado círculo que les prestaba la apariencia de la luz de la retina muerta, parecía desprenderse una mirada profunda y escrutadora, una mirada que viniera de remotas regiones, cruzando en el espacio inmensidad de atmósferas densísimas, para hacer la disección de lo más recóndito de su alma.

El frío se acentuaba, pero un frío distinto; ese frío de muerte que nos

hiela la sangre, el frío del cadáver, que hace crispase á la mano que lo siente de cerca, un ambiente penoso é irrespirable; transcurrió un momento en que dijo que tal vez todo aquello sería quimeras suyas; que sin duda sería Jacinto, que volvería á despedirse, como le había prometido.

Y en efecto, cuando el pálido espectro desembocó en la plaza, se pudo convencer de que no se había equivocado; aquello era Jacinto; ¡pero cuán distinto volvía! Una palidez mate y cadavérica, una expresión de indefinible angustia, invadía su semblante: tenía los párpados cerrados, los labios entreabiertos: los rizos descompuestos de su cabello negro se pegaban á su frente y á sus sienes con un sudor viscoso, ese sudor de la agonía que siente evaporarse en un segundo todos los sueños y las aspiraciones de una existencia entera; venía en mangas de camisa, y con el pecho abierto desde la garganta hasta el estómago, abierto en canal materialmente, y por la ancha abertura se desbordaba un horrible espectáculo de entrañas y de vísceras: se deslizaba

lentamente y llevaba en la mano el corazón; el corazón que ella le había pedido, manando sangre aún, sangre caliente, que al resbalar entre sus dedos rígidos y caer en gruesas gotas sobre el pavimento de la plaza, parecían el tictac de un reloj misterioso, marcando los segundos de una hora inexorable.

Y todo el espectáculo, lo veía Carmela como en sueños, sin moverse siquiera, como galvanizada.

Cuando la luz rojiza del farol de la Virgen se reflejó de lleno sobre aquel espectro, el siniestro cuadro se hizo aún más imponente: cuando llegó al pié de la reja hizo un último esfuerzo, se agrandó más aún, como columna de vapor ceniciento que se extiende sin término, con un girón en esta pobre tierra y el girón opuesto perdiéndose en la noche de una esfera fantástica; colocó el corazón, en medio de un silencio fatídico, sobre el nicho, á los piés de la Virgen, y después, como si aquel fluido sobrenatural que hasta entonces le había sostenido faltara de repente, como si hubiera ya cumplido su misión, se desplomó de un golpe, con un chas-

quido indescriptible, como pesada máquina ó armadura mohosa á que falta de pronto el engranaje.

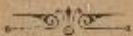
Carmela arrojó un alarido horrible, uno de esos gritos que no tienen traducción humana, en que se exhalan y evaporan á un tiempo la razón, el presente y el futuro, la juventud, las ilusiones, y una existencia entera, y cayó sin sentido sobre el pavimento de su sala.

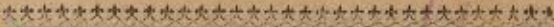
A la mañana siguiente, se encontraron el cadáver ya rígido de Jacinto, á la puerta de Paco el de la Parronda: estaba materialmente hecho pedazos; tenía el pecho abierto y el corazón faltaba de su sitio.

Y pocos días después, acompañada de su anciano tío, en un coche cerrado, salía Carmela de su pueblo, desconocida, demacrada, con el cabello ceniciento, á deplorar en un convento de Córdoba, durante una vida entera de penosos recuerdos, las consecuencias de su frivolidad y su coquetería: en la nube de polvo que envolvía el carruaje que se la llevaba, le parecía ver la tromba asoladora de un funesto destino, cuya

fatal influencia se hace sentir en todo aquello que se encuentra á su alcance; las flores amarillas, que crecían al borde del camino, destacándose apenas en la especie de lodazal de la pradera, formado por las últimas lluvias del invierno y por la arena próxima, parecían inclinarse á su paso, volviendo la cabeza, para no marchitarse con su aliento; y el rumor de colmena que corría detrás de ella, formado por el zumbido monótono de los alambres del telégrafo, por la inconsciente charla de los pintados pájaros, que parecen volar electrizados de poste en poste y de arbusto en arbusto, detrás de todo punto que se mueve, constituía un conjunto que sonaba en sus oídos como eco lejano de una noche tristísima, como el postrer quejido de vida que se trunca.

«La muerte cuando es la muerte
por el sér idolatrado,
es la risa de la aurora
del paraiso soñado.»





LA ESPUMA



IVÍAN en un hotel en el barrio de Argüelles; lo que se llama un gran hotel, rodeado de todos los refinamientos de ese lujo moderno que contribuye á hacer agradable y envidiada la existencia: un gran gasto de casa, trenes deslumbradores, abono en el Real, y viajes al extranjero los veranos.

Porque ella era muy rica: única hija y heredera de opulento cubano, que había venido á establecerse en la metrópoli á raíz de la primera guerra, se había visto asediada en la temprana edad en que, en aquellas latitudes, la

mujer se encuentra en situación de escoger un partido de todo lo más florido de Madrid, como suele decirse, todo lo más ilustre en la política; en la aristocracia y en la banca; además era hermosa, con esa especie de belleza candente y soñadora de la criolla que se pasa la vida confeccionando sueños y caprichos absurdos; con ese cutis mate, esos ojos rasgados, ese pelo azulado, como el ala del cuervo, que delatan á simple vista la plétora de vida, de la mujer apasionada, los estremecimientos de contagiosa voluptuosidad. que se vé materialmente palpar en las abultadas venas: hermosa, con ese desprendimiento, esa grandeza de la rica heredera que no ha contado nunca, que jamás se ha tomado, adormecida por el vaivén de la enervante hamaca el ímprobo trabajo de pensar que el dinero se acaba, tranquilizada por la seguridad en la esplendidez del sol de su país, que parece convertir en tesoro inagotable, todo aquello que hiera con sus rayos, haciendo brotar de cada palmo de terreno copioso surtidor de monedas de oro.

Amaba á su marido «una barbaridad» como ella decía en su lenguaje pintoresco de niña mal criada; aquello era el delirio, el «non plus ultra» en materia de amor; jamás le había negado el capricho más fútil, el detalle de lujo más costoso, y siempre adelantándose á su pensamiento con tal de hacer de él el hombre más dichoso de la tierra, y de poner en evidencia sus relevantes cualidades; una mirada suya, una sonrisa de sus labios, en los segundos de embriaguez en que, reclinada sobre su pecho, las protestas de amor pasaban de uno á otro como enervante tiroteo, y los sueños dorados de un porvenir de rosa tomaban cuerpo y realidad ante la mente enamorada, eran muy suficiente para pagarle con usura su esplendidez y sus desvelos, mecéndola en el éter de una atmósfera de bienestar y de armonía, que creía ser la única que poseía tan por completo en esta pobre esfera.

Y pruebas evidentes había dado de ello, al escogerlo sin vacilar entre la pléyade nutrida de brillantes partidos que arrebatados en el dorado torbelli-

no de su fama, la seguía obediente á todas partes: porque Fernando Herrera, como generalmente le llamaba el núcleo de los íntimos, de los iniciados en la felicidad de aquel hogar, era un hombre completo, un arrogante mozo en toda la extensión de la palabra, con una barba rubia que servía de adecuado marco á dos ojos azules cargados de pasión y de promesas seductoras; y sobre todo, esa trastienda, ese arte de mundo, ese brillante ramo de frívolos conocimientos completamente inútiles pero atractivos siempre, esa especie de atrevimiento culto, de escepticismo de buen tono, que saben dislocar á una mujer antes de que termine la palabra que decide entre arrullos de embriagadores galanteos, el porvenir entero.

Algunas lagrimitas y no pocos disgustos le había costado á ella ver coronada de éxito su temeraria empresa, hacerse dueña y sierva al mismo tiempo del hombre idolatrado como pocos, y por eso tal vez, después de realizada la ventura, tenía como una fiebre de revancha, de anhelo de cobrarse en ardientes caricias el amargor de los

momentos de horrible incertidumbre, cual si temiera que le faltara el tiempo para gozar el vértigo de la victoria que á costa de su vida se había sacado á pulso; en medio de su dicha, tenía la desgracia de los celos ;que no es poco tormento!

Fernando era muy noble, un caballero completo y distinguido bajo todos los aspectos que se le mirara; por su familia, por su conducta irreprochable, por su elegancia y sus maneras, citadas siempre como el modelo de una galantería, mas propia que de estos tiempos de comunismos é ideas niveladoras, de una frívola corte como la de Luis XV; la encarnación del último vestigio de una raza de héroes, que se cree el tabernáculo sagrado de rancias tradiciones, de distancias, un tiempo infranqueables, hoy acortadas por la piqueta demoledora de la igualdad moderna; derechos y responsabilidades abrumadores, que se toman en serlo un trabajo completamente inútil, porque nadie se acuerda de que existen; emparentado con toda la grandeza, descendiente directo de un abolengo

enlazado con familias reinantes, sus muchos pergaminos no podían evitar que no tuviese un cuarto, y que la ruina lenta de su casa precipitada por su padre, que había sido un perdido, le hubieran a rojado, completamente desvalido y sin armas, en el revuelto torbellino de un mundo práctico y prosáico, una nueva nobleza, que no tiene otro escudo que el papel del Estado.

Dotado de una conversación encantadora y una instrucción superficial, no lo pasaba mal del todo; vivía esa existencia que se aturde á sí misma para no ver, sin duda, el punto de que emanan el movimiento y el halago, y la satisfacción de las necesidades de la vida, y solicitado en todas partes, recibido en palmitas, su escasa renta era muy suficiente para atender al cuidado exterior de su persona, único quebradero de cabeza que tenía por entonces, hasta que Dios fuera servido de señalar una prudente tasación á sus brillantes cualidades.

Enamorada de él hasta los huesos, Rosalía pensaba con razón que el se-

vero relieve de sus cuarteles de nobleza, amalgamados con el imán poderosísimo de la fortuna de ella, formarían un conjunto irresistible, una especie de aureola, desde cuya vertiginosa altura podrían contemplar sin inmutarse el espectáculo de ese «todo Madrid» que solo vive de la mentida reververación de las glorias de talco, desfilando á sus plantas; su título sonoro de marqués, unido al tren deslumbrador que podría desplegar su renta saneada, sería la llave que había de abrirle al fin la codiciada puerta de la aristocracia: y hay que advertir que no pensaba esto con la mira más remotamente interesada, ni el cálculo mezquino, que en ciertos corazones completamente ingenuos es capaz de destruir las ilusiones y la felicidad para toda la vida; le amaba demasiado para pensar así; le habría amado siempre, aunque fuera un plebeyo, aunque hubiera venido de las últimas capas sociales, odiadas por instinto; pero jamás por mucho trigo es año malo, y si el pan tiene miel, sabe mejor que solo.

Su padre se oponía con una tenaci-

dad desesperante: negociante ante todo, acostumbrado á la crispante sequedad del alza y de la baja, la oscilación del cambio, la depreciación inexplicable de nuestros géneros en los mercados extranjeros; viendo siempre en la vida el lado productivo, habría preferido un hombre práctico, aunque fuera del pueblo; que supiera ganarse un pedazo de pan, y conservar al menos aquella realidad que se le entraba por las puertas; tenía una repugnancia sistemática, una instintiva desconfianza de esos destellos de otras épocas, cubiertas con las neblinas de la fábula, que en pleno siglo XIX, fuera del engranaje colosal de la organización maravillosa de estos días, no sabrían moverse para procurarse una ocupación, un trabajo, para ellos degradante, que les proporcionara la independencia y el bienestar apetecido, esperando insensibles, desasidos de todo, sumidos en un sueño que promete ser largo, la gratitud ó la munificencia regia que vuelva á levantarlos.

Además, como si esto no bastara, un incidente lamentable había venido á

eclipsar por un momento la buena estrella y el ascendiente de Fernando: él no tenía la culpa ciertamente; pero su única hermana, la descendiente de aquellas ricas hembras que con una noción exagerada del femenino recato, hacían arrastrar un palmo sobre el suelo el borde de la falda, cubriendo con imponentes tocas hasta la raíz de sus cabellos, había salido por los cerros de Ubeda, haciendo una graciosa reverencia á las prerrogativas de su clase, que, por grandes que sean, no pueden evitar que aquel que las posee esté superdotado á los mismos apremios y flaquezas que los simples mortales: la mancha de la falta, el ruido del escándalo, repercutía en él á pesar suyo: el espantoso golpe había sido para él doblemente sensible, porque, unidos estrechamente por la común desgracia, esa desgracia de las aspiraciones sin confianza en el éxito y de las decepciones sin consuelo, idolatraba en ella.

Tal vez este incidente habría sido lo único capaz de aminorar el entusiasmo de Rosalía, en aquella lucha á muerte con su padre, porque, hembra ante

todo, con esa especie del salvaje orgullo de la mujer que cifra en ser honrada, su principal encanto, no podía encontrar atenuación para esas manchas que no se lavan nunca, no podía consentir en que el nombre adorado que había de ser suyo, tuviera la más lijera sombra de desdoro.

Pero muerto el obstáculo, huérfana y heredada, el amor pudo más, y olvidando todo, solo pensaron en coronar el sueño acariciado; la indignación social había cedido, el ruido del escándalo se perdía á lo lejos; y durante los años de su matrimonio, dotados ambos de ese temple de acero de las almas sublimes, purificadas por una educación refinadísima, ni por casualidad la más leve alusión á lo pasado, ni una palabra mal sonante, había podido herir el natural orgullo del uno, ó la traqueteada susceptibilidad del otro.

Y entonces empezó ese período del amor satisfecho, rodeado de todo aquello que pueda idealizarlo y prestarle relieve, sin encontrar en su camino el más pequeño obstáculo, ni en su horizonte la más lijera nubecilla, como

arroyo dormido que corre mansamente, sin ver interrumpido por el guijarro más insignificante su tranquilo curso.

Hacía diez años que se habían casado: diez años de paraíso, en que, de un lado, la igualdad de carácter y la bondad nativa, y la conducta irreprochable de un verdadero santo, y del otro la celeste dulzura, la adoración extática y la felicidad inalterable de un ángel, llenaban el ambiente de aquel hogar modelo, de una especie de aroma de poesía, de inmaterialidad, más comprensible en otra esfera más perfecta, que era citado en todas partes como una cosa rara: cada día parecía que los lazos de amor que los habían llevado el uno al otro, aquella especie de corriente de simpatía eléctrica, tan combatida y lastimada en un principio, lejos de aminorarse con el inevitable desencanto de la soñada posesión, se iba robusteciendo por momentos, como si á cada instante se descubrieran mutuamente nuevas brillantes cualidades, ó una nueva fase de la vida, más seductora y agradable.

Tenían un hijo que era un sol; un niño blanco y rubio, con todas las facciones caballerescas de su padre, y en el alma el encanto de la fiebre continúa, de la imaginación meridional, de la celosa actividad de ella; escusado es decir que adoraban en él, y que su adoración era el centro común á que se dirigían las menores acciones de sus vidas, las ardientes caricias, los proyectos y planes prematuros y absurdos, de un porvenir de inmarcesibles rosas: tenía nueve años, y acababa de entrar, como alumno interno, en el magnífico colegio que en Chanmartín dirigen los jesuitas: no sin violencia inmensa y pueriles demoras, se había llevado á cabo esto, pero un común acuerdo los había obligado á resignarse, en la seguridad de que los mimos de su ternura exagerada, la molicie del lujo en que había nacido, y que lo iba enervando, como planta de estufa, á que tal vez más tarde el aliento viciado de la existencia real, secaría de un golpe á la más leve desilusión ó al primer contratiempo, no podrían hacer nunca de él más que un hombre completamente

inútil, acaso desgraciado, por esa misma falsa tirantez de inabdicable superioridad de ser divinizado, en contraposición con la igualdad y la lucha continua del medio ambiente en que debía agitarse siempre.

Fué para Rosalía un duro golpe, de que creyó volverse loca, esta separación: pero por otra parte, la consoló bien pronto la convicción de que era solamente por su bien, y sobre todo, el halagador descubrimiento de que sin él, la repercusión de las ternuras, de las caricias y los goces, no teniendo que pasar por un tercero, era mucho más directa y enérgica, inaugurando, transcurridos diez años de matrimonio, monótono y desprovisto de excitantes, una nueva luna de miel, con todas las embriagueces y todas las sorpresas de los primeros días: se creía firmemente la mujer más dichosa de la tierra.

Él no tenía otro vicio que jugar á la Bolsa; desde los comienzos de su matrimonio había arriesgado con éxito dudoso y sin necesidad algunas cantidades, y se decía en Madrid que había perdido en diferentes épocas sumas

muy respetables; ella no lo ignoraba pero se hacía la tonta, temiendo, con razón, que la voz de alerta sobre un camino peligroso, pudiera ser de repente la percepción deslumbradora de todos los caminos vedados; él no iba á los casinos, no jugaba, no trasnochaba nunca; siempre con ella á todas partes, ya cuando iban al teatro, ya cuando hacían una fugitiva aparición en sociedad, de tarde en tarde; no era posible pedir más; habría sido injusto; la idea de otra pasión que no fuera la suya, no había pasado nunca por su imaginación enamorada; si le hubiera pasado, con su caracter, con su extremada intransigencia para fijar un límite infranqueable á los derechos y á los deberes de la vida, no existiría ya, se habría hecho pedazos, no quería ni pensarlo; se conocía muy bien; sabía perfectamente que, si la sombra nada más de otra mujer se interpusiera en su camino, sería capaz de todo, no habría nada en el mundo capaz de amedrentarla.

Con su delirio y todo, lo prefería mucho mejor mil veces muerto que en brazos de otra hembra.

Pero un día cualquiera, y después de diez años de arrullador letargo, la apacible armonía de aquel cuadro se fué alterando por momentos hasta llegar á convertirse en el flujo y reflujo de frialdad é ironía que convierte en borrasca de medroso y negro oceano el jugueteón murmullo de la rizada espuma de tranquilo lago: ¿qué nombre tiene ese momento en que como un relámpago se tiene por vez primera la revelación de una felicidad ó una desgracia, la percepción de una realidad capaz de conmover con ruda convulsión, una existencia?

Nadie podrá decirlo; pero es lo cierto que entre ellos había empezado ese período de irritación continua, de descontento sin motivo, de represalias mezquinas é insultantes, que sin constituir un golpe de esos mortal y decisivo, van agriando la vida, llenándola de espinas apenas perceptibles de penosos recuerdos que elevan sin remedio entre dos séres, una pared de hierro; ese palo de ciego que cae á la ventura acechando en la sombra un fantasma que existe, pero que no se encuentra.

La cosa es que ninguno de los dos podía decir á punto fijo donde estaba la causa de aquel hervor latente que amargaba su vida; pequeñeces sin nombre, ofensas imposibles de definir pero que se sentían; á ella le parecía que la expresión apasionada de él había disminuido, que estaba preocupado de continuo, como absorbido por una gran cuestión, un gran problema que en su hogar no existía; además, parecíale que empezaba á notar que concurría con más frecuencia á los casinos ó que lo decía al menos; que trasnochaba más, que era menos puntual á las horas de las comidas, que ponía un semblante avinagrado cuando tenía que acompañarla á alguna parte, en fin mil pequeñeces que no escapan jamás á la penetración de la mujer enamorada; y como quiera que solicitada de continuo por el gusto absorbente del rastrero espionaje, la caza de detalles que exacerbados y con un nombre propio, habían de cerrarle para siempre la puerta de la dicha, después de estos momentos de irritación, no podía mostrarse, aunque para ello se esforzara,

la mujer de siempre, no sabía violentarse; él la encontraba fría, la encontraba nerviosa, le achacaba las causas de aquella especie de subterránea conmoción que iba minando los cimientos de la ventura de ambos, el hastío tal vez; rechazado por ella, se encerraba en sí mismo; los dos orgullos lastimados, se repelían sin descanso, y los dos, sin saberlo, sin quererlo tal vez, iban ahondando en esa sima que debía empezar por separarlos, para más tarde devorarlos como ola gigantesca que se abate sobre el inerte cuerpo de la débil víctima.

Cuando se piensa en la frecuencia con que este desacuerdo inmotivado, este bastardo afán de mezquina victoria, aparece en la senda difícil y espinosa de la vida del matrimonio; cuando se piensa en el estrago que el rozamiento voluntario de un amor propio llevado á la exageración, hace en la vida del amor, en la moral y en el carácter de dos seres unidos para ayudarse y consolarse mutuamente, dignos tal vez de mejor suerte, de un papel más honroso, hace temblar el

número de víctimas que el orgullo amontona de continuo en los hogares desunidos por una nubecilla imaginaria, que el más pequeño soplo de la reflexión, el espontáneo impulso de una buena voluntad desharía de seguro, como fantástica quimera: hogares en que sin duda bastaría, para volver á hacer la más brillante luz, para recuperar la paz y la fusión y la alegría para que han sido creados, una palabra dicha á tiempo, la más pequeña concesión de uno de los atletas, convertidos en cíclopes, que se hacen pedazos en una lucha encarnizada por conquistar el milano impalpable que ha cruzado ante ellos; una sola palabra, que después se arrepienten de no haber pronunciado, cuando ya es, por desgracia, demasiado tarde.

En fuerza de sufrir y aguijonear la reflexión, Rosalía había acabado por persuadirse de que un cambio tan brusco en la tranquila marcha de su existencia, no podía obedecer únicamente á las causas triviales que hasta entonces, con una buena fe digna de mejor causa, le había atribuido; en un princi-

pio comenzó por dudar de sí misma; se preguntaba íntimamente si no sería su amor exagerado, su egoísmo culpable, los que le hacían ver las circunstancias bajo un prisma mucho más espantable que el prisma verdadero: después de todo, si se la hubiera interrogado no habría podido precisar de lo que se quejaba; y además no podía ser injusta; es absurdo, acaso contraproducente, exigir de un marido que lleva diez años de casado la misma asiduidad que es lícito exigir á los diez meses: después dió en cavilar que verdaderamente él no tenía motivos para aquel retraimiento, retraimiento que ella misma, sin saberlo, la mísera provocaba con su desvío instintivo y sus sospechas ofensivas, labrando día por día el sepulcro en que había de guardar las ilusiones más queridas de su corazón muerto.

Aunque fuera al casino, aunque jugara un poco, no era aquello bastante para crear la muralla de hastío y desconfianza que entre los dos se iba elevando; era verdad que con sus especulaciones desastrosas había hecho

mermar de una manera lamentable su fortuna; pero jamás las áridas cuestiones de dinero le habían hecho mella ni le habían preocupado lo más mínimo, ni aún á raíz de ellas, mucho menos entonces, que las veía de lejos; entonces la temida visión de otra mujer pasó por vez primera después de su ventura por su imaginación con la impetuosidad de vendabal asolador que llevando en sus alas un aluvión de rencores eternos y venganzas terribles fuera capaz de conmover el universo entero.

No podía precisar lo que sentía; aún sin haber nada seguro, aquello era la muerte, pero la muerte real, con todas sus angustias; se había dicho mil veces que aquello era lo único que no tendría valor de perdonarle: tan solo de pensarlo había sentido en las entrañas un agudo dolor, como una puñalada que había matado en ella la vida del deber, de la ternura, de la maternidad, de todo; quedando únicamente ese vacío, ese rencor de hiena que se ceba en la víctima, sin que después le quede el menor remordimiento, el más ligero escrúpulo.

Y como si no fuera suficiente el vuelo de su imaginación calenturienta, las reticencias, los detalles referentes al cambio de conducta de Fernando, á su preocupación incomprensible, explotando de cuando en cuando en torno suyo, escupidos por esa lengua de serpiente que se llama mundo, que no se sabe donde está, pero que pica en todas partes, habían de contribuir á exacerbarla: se propuso saberlo, aunque el término de la duda le costara la vida: la posición ridícula de mujer, engañada, abandonada, sola, la sublevaba mucho más que la desgracia real mientras solo existiera de puertas para adentro, pues excitar la compasión de los demás cuando solo se sueña con excitar su envidia, es un papel muy triste: había en su revancha mucho amor, pero más amor propio.

Con esta idea fija, tuvo el valor de espiar las menores acciones y los menores pasos del que creía culpable: y la ocasión llegó, como llega más tarde ó más temprano, cuando los demonios de la infidelidad y de los celos se dán la mano para crear un infierno en el solar

vacío de un paraíso antiguo.

Una noche funesta, en que dijo Fernando que no le esperaran á comer, que lo haría en el casino, le siguió paso á paso, con esa tenacidad de la mujer celosa, que es, para quien la sufre, insoportable: en lugar del casino, lo vió entrar en una casa de mediana apariencia: como una criminal, se acurrucó en la puerta de una casa próxima y esperó unos momentos, que le parecían siglos; momentos que no puede apreciar más que el que ha pasado esto, en los cuales el corazón le palpitaba con una precipitación que amenazaba ahogarla.

Después de un corto rato, volvió á salir Fernando acompañado de una mujer y de dos niños próximamente de la edad del suyo; había poca luz en aquel sitio: pasaron junto á ella, casi rozando su vestido, sin notarla: la mujer era joven, la misma edad que ella, poco más ó menos; vestía sencillamente y cubría su cabeza con un manto que casi cubría sus facciones.

Volvió á seguirlos lentamente, hasta verlos entrar en el hotel de Rusia: allí, á través de los cristales del comedor,

que dán á la carrera de San Jerónimo, los vió comer tranquilamente, en una mesa separada del bullicio del restaurant, como una familia; lo que, jamás había hecho con ella, lo hacía con aquellos; estaba satisfecho, sonriente, como si no estuviera cometiendo un crimen, gozándose en mostrar, con un cinismo que la volvía loca, la mancha de su falta ante todo Madrid, que lo podía ver, como ella lo veía: la mujer y él se hablaban sin cesar, se sonreían y se miraban; él besaba á los niños, y todo aquel tinglado marchaba sobre ruedas: ¡aquello era descaró!

A partir de aquel día, solo vivió de dos amores que hasta entonces no había conocido con aquella fuerza; el desprecio insultante que había llegado á constituir en el fondo de su alma una especie de fanático culto, y la ternura inmensa, centuplicada, por la desgracia y por la lástima, hacía su pobre hijo: la convicción de su desdicha, la había muerto de un golpe; ya no quedaba en ella nada de lo pasado; había sentido dentro algo tirante hacía mucho tiempo, que se rompía de un golpe,

en un segundo: era una desesperación lenta, reconcentrada, cebándose en sí misma, renaciendo continuamente como el Fénix de sus propias cenizas.

—¡Era lo natural!—se repetía interiormente, para aguijonearse.—Esto había de pasarme, bien me lo merecía: mi padre de mi alma me lo había dicho muchas veces. ¡Tan torpe, tan infame como la perra de su hermana! ¡Todos ellos son lobos de la misma camada! Yo no soy noble, yo no soy aristócrata; yo no soy más que una mujer honrada, amante hasta el heroísmo de quien tiene derecho de burlarse el Universo entero.

Y en esta sorda lucha, amasando en silencio la explosión formidable que había de estallar más tarde ó más temprano, pero que sin saber porqué, sin duda alguna por un último resto de decoro, y asombrándose de su resignación, una vez reconocidos su intolerancia y su carácter, iba demorando indefinidamente, los días iban pasando.

Ni una sola palabra referente al asunto se había cruzado entre ellos; Rosalía pensaba, pensaba sin cesar,

siempre la misma idea fija clavada en el cerebro, y en sus momentos de soledad, que habían llegado á ser muy frecuentes y largos, se sentía estallar, con una indignación que amenazaba desbordarse en los labios en violentos reproches, con impetuosidad de torbellino que no repara en nada y arrebató cuanto encuentra á su paso: pero la contenía la idea de su hijo, el temor de que el ruido del escándalo repercutiera en él, llegando á ser un verdadero obstáculo á su suerte futura: lo que más la indignaba era la persuasión de que aquella increíble felonía databa ya de hacía mucho tiempo: aquellos niños que tanto acariciaba, vendrían á tener la edad del suyo: prueba evidente de que las relaciones existían desde el principio de su matrimonio, tal vez de una época anterior, sin que hubiera bastado á destruirlas las responsabilidades de su nuevo estado: luego siempre la habían engañado; luego aquellos momentos de pasión fingida, eran sin duda alguna inspirados por el recuerdo de otra mujer ó aquel hombre no había querido de ella más que para ins-

trumento de sus caprichos y sus derroches insensatos.

Se sentía fundir y á solas con sus lágrimas se hacía á sí misma el duelo de su ternura, de su inocencia y de sus ilusiones, sacrificadas en servicio de un sér que no lo merecía: naturalmente, habían llegado las cosas á un extremo, que, más consolidada cada día la tirantez entre ellos, á pesar de los esfuerzos de Fernando, en varias ocasiones, para acercarse á ella, la existencia se hacía insoportable: su natural decoro la impedía compartir el lecho conyugal con la manceba, y habían llegado á la separación de cuerpos dentro de una misma casa: lo que esto significa, no lo comprende nadie: el espectáculo de dos séres, un día no lejano fundidos en un sér, que á la hora de comer se sonríen, se saludan, y hablan del tiempo, de la guerra, de la nueva cantante, como si fueran dos extraños que se hubieran encontrado en la mesa redonda de una fonda, es antihumano, es espantoso.

Así las cosas, un día vino la mecha que había de producir la voladura del polvorín demasiado cargado: el inci-

dente más ligero bastaría para imprimir una definitiva corriente á aquella especie de equilibrio fabuloso.

El administrador le había anunciado su visita y ella le recibió en su cuarto; aquel acto tenía para ellos doble solemnidad, doble significación, porque jamás desde que se había casado, se había ocupado ella de los asuntos de su casa, dejando á su marido, en unión con aquel servidor fiel á toda prueba, el manejo de ellos á su libre albedrío.

El pobre hombre, que la había visto nacer materialmente, de pié en medio del cuarto, y dando vueltas á su sombrero entre las manos, no sabía cómo salir del atolladero en que se había metido, ni acabar de explicarle el objeto de su visita, que no era otro que decirle que Fernando, aquella misma mañana, después de las sumas considerables que últimamente había pedido, había vuelto á pedirle dos mil duros; y que él, en conciencia, no se había atrevido á dárselos, sin ponerlo en conocimiento de ella y sin su asentimiento.

Ella cerró los ojos para ocultar mejor su turbación, para que aquel fiel ser-

vidor no leyera en su alma el estrago espantoso de la explosión de la vergüenza: después se levantó, y durante un buen rato se paseó, en medio de un silencio sepulcral, por el cuarto: al fin, se paró ante él, y con una mirada penetrante, que parecía querer hacer la disección de lo más recóndito del alma.

—¡Francamente, Santiago!—exclamó de repente.—¡Yo no comprendo esto. ¿Para decirme que mi marido ha reclamado una cantidad tan insignificante, me pide usted una entrevista? Le había usted dado otras, algo más respetables.... sin consultar conmigo para nada.

—Es que mi obligación—exclamó el servidor sin inmutarse, consiste, más que en nada, en tener á la dueña de todo al corriente de las oscilaciones de su patrimonio: ¡y no puedo ocultar que, entre unas cosas y otras, el estado de él es deplorable y el porvenir está comprometido!

—¿Comprometido.... de verdad?—preguntó Rosalía, sonriendo, una sonrisa indescriptible, que hizo palidecer

sus labios.—Veamos, mi buen Santiago—continuó, aparentando un sublime desprecio, mientras sus uñas desgarraban los costosos encajes de su bata.—Comprendo que la cosa merece reflexión, á pesar del trabajo que nos cuesta á nosotras, las frívolas mujeres, pensar cinco minutos: ¿y á qué atribuye usted esa disminución de nuestra renta?

Hubo un instante de elocuente silencio.

—Yo puedo ser explícito—comenzó el servidor,—porque no ignora nadie que la señora sabe que el señor marqués ha jugado á la bolsa en varias ocasiones.

—¿Nada más que á la bolsa?—preguntó Rosalía con una precipitación que delataba la terrible ansiedad de que hacía tiempo estaba siempre llena su alma: quería saber á qué atenerse, quería conocer hasta lo último la opinión de aquellos seres que la rodeaban formando parte de su misma vida: él no contestó nada, pero su mirada fija, clavada en la tupida alfombra, con una cortedad que en vano procuraba vencer, expresaba con más verbosidad que

todas las palabras, la acritud acusadora de su pensamiento.

—Pues bien,—continuó ella—se ha equivocado usted, como se ha equivocado todo el mundo: mi marido, con mi consentimiento, por supuesto, porque ya sabe usted que siempre obramos de común acuerdo, ha invertido esas sumas en una empresa aparte, en que no necesita otra administración que su criterio.

El hombre se inclinó sencillamente, como aquel que se calla por obligación, pero que no ha podido atravesar la píldora que quieren imponerle.

—De manera que debo... murmuró, vacilando,—¿debo facilitarle la cantidad pedida?

Rosalía se volvió, como una pantera, con toda la imponente majestad de una reina ultrajada.

—¿Usted, alguna vez,—balbuceó temblando—ha sorprendido á su señor en una acción vituperable, impropia de su rango? ¿Me dice usted que nó? Yo tampoco... ¡jamás!—acentuó con rabia, cebándose en su propia decepción, gozándose, materialmente, con una abne-

gación sublime, en que quedara él en el lugar que le correspondía, aunque ella se hundiera para siempre.

—Le dará usted, sin vacilar, todo aquello que pida: él es aquí el dueño de todo; usted, con la experiencia de los años, debe saber que el que tiene el amor, tiene la confianza.

Santiago se inclinó, sin pronunciar palabra: únicamente su incrédula sonrisa daba á entender, sin faltar al respeto en lo más mínimo, que sabía á qué atenerse respecto á todo aquello que se le imponía.

—No hablemos más de esto—continuó Rosalía bruscamente, y cambiando de tono, acercándose á él, con una volubilidad encantadora, casi coqueteando con su administrador.

—Pero vamos á ver, amigo mio—dijo con una naturalidad que quería aminorar el efecto de la tempestad que agitaba su alma—ya que por rara circunstancia nos encontramos frente á frente, yo quisiera saber.... porque usted la verdad, ha llegado á alarmarme con sus negros augurios: ¿cree usted que en realidad el porvenir de mi hijo

está en peligro? ¡Este es el punto capital! no tendrá algún arreglo esta situación nuestra? yo estoy dispuesta á todo: y me parece que me asiste el derecho de saber la verdad, sea como sea.

No comprendía la infeliz que aquella alarma, aquel desasosiego estaban en abierta oposición con la seguridad, con la jactancia de momentos antes: era madre ante todo: la idea del porvenir de su hijo, truncado, envilecido, la enloquecía materialmente.

—¡No está todo perdido!—murmuró aquel buen hombre, con más buena intención que otra cosa—Será preciso, es cierto, sacrificar la vanidad, no hacer locuras, reducirse un poquito durante algunos años; después la situación volverá á encarrilarse y teniendo buen orden... ¡yo sería capaz de volver á poner en poco tiempo á flote el nombre de una casa que miro como mía.

—¡Sacrificar la vanidad!—murmuró Rosalía distraidamente y como hablando consigo misma—esa palabra ¿qué significa para mí? Se hará; yo le prometo á usted que llegaremos donde sea preciso: yo hablaré con el señor mar-

qués, le hablaré pronto, marcharemos á una: y diga usted, ¿qué sacrificio no seríamos capaces de llevar á cabo en provecho del sér en que se funden todas las ternuras? Mientras tanto no le niegue usted nada: sería ofender su dignidad; no, yo quiero ante todo la alegría de mi hogar, la paz de mi familia...

Al decir esto último las lágrimas subieron á sus ojos porque sabía muy bien que aquello era imposible; el servidor, sin pronunciar palabra, con una flema estóica, sacó de su bolsillo un papel arrollado que presentó á Rosalía para que lo firmara: era el consentimiento de aquel nuevo despojo que los dos creían se ejecutaba á mansalva, bojo la salvaguardia de una pobre mujer maniatada por su cariño y su fanático respeto á las trabas sociales: Rosalía lo tomó sin vacilar, y dirigiéndose á su escritorio, firmó con pulso seguro como si se tratara de la cosa más natural del mundo.

El servidor iba á salir, pero le detuvo ya en la puerta un gesto de su ama: con las mejillas encendidas por la ver-

güenza, la mirada clavada en la alfombra para ocultar su turbación; la infeliz daba lástima.

—Solo que... ¿sabe usted?—balbuceó con una voz temblona que delataba la indecisión que en su interior se debatía—preferiría.... la verdad... que cada vez que pasara ésto aunque no se le niegue lo más mínimo.... me lo advirtiera usted con anticipación: y no por nada, pero.... ¿que no se olvide usted! Veré si reduciendo mis menudos gastos puedo cerrar la brecha que usted, tal vez con interés que le agradezco, me presenta tan ancha.

Cuando se quedó sola, aquella máscara de dignidad, casi podría decirse de soberbia, que delante del servidor la había sostenido, cayó de su semblante para dejar lugar á la expresión de la angustia y de el despecho más asoladores que pudo albergar nunca el seno de mujer alguna; ya no podía caberle duda, pero ¿es qué acaso la tenía? ¿no lo había visto con sus propios ojos? ¿se había agravado acaso la situación desesperada con la revelación de aquel despojo, no era este su nombre, de

aquel robo, á la sordina, con toda la cobarde impunidad de la seguridad en su grandeza de alma, en su hidalguía, en su pasión casi culpable, sin igual en el mundo?

Mientras era ella sola en tragarse sus lágrimas, en guardar el secreto de su penosa vida, árida ya y estéril, aún podía quedarle un resto de duda, el amargo consuelo del que no quiere ver aunque sea la evidencia más clara que la luz del sol que nos alumbra, procurando engañarse, para poder seguir viviendo, procurando decirse que todo ha sido un sueño, una exageración de la imaginación enamorada, egoista y exigente; pero desde el momento en que había otras personas que podrían influir en aquel equilibrio heróico y admirable, llevado á cabo á costa del sacrificio de lo más amado, de la imperiosa voluntad, de la espontánea indignación del corazón honrado, con derecho á exigir el pago merecido, del amor de mujer, idealizada en fuerza de abnegación y de desprendimiento; desde el momento en que había otras gentes, y un inferior ¡Dios mio! un

miembro de ese pueblo irritado, dispuesto á encontrar siempre y á poner de relieve la mancha del asqueroso cancer enmedio de la mano que le oprime; un sér que no era ella, que había conseguido sorprender el fango que ocultaba la tersa superficie, que hacía tanto tiempo venía simulando á costa de su sangre, era todo verdad, ya no cabía la menor esperanza, ¡todo estaba perdido!

Primero fué un arranque de indignación brutal, como jamás había sentido, una gran paletada de rubor, y de rubor por la vergüenza agena, que es el más desecante, asaltando al cerebro como furiosa tromba próxima á desbordarse en amargos reproches y en insultos: después, una reacción más amarga mil veces; la reflexión, sobreponiéndose á los arranques de la naturaleza virgen, entregada á sí misma descomponiendo friamente los elementos constitutivos de la desgracia inevitable, encontrando un diagnóstico adecuado, un nombre aborrecido, para la cruel dolencia sin remedio, que antes no lo tenía; antes el amor propio, con

su imponente séquito de sarcasmo y despecho; después, solo el amor, el amor que se vá para no volver nunca, llevándose consigo todas las glorias del heróico triunfo, los sueños del pasado, las dichas del presente, el sólido edificio del porvenir truncado, formado piedra á piedra: el amor que se aleja, dejándose el hogar y el corazón vacíos, y en su lugar la espantable noción de ese crispante hielo desconsolador que no se funde nunca.

Al cabo de sus fuerzas se dejó caer sobre el sofá, y lloró amargamente largo rato lágrimas como plomo derretido, los puños en los ojos, cebándose con ira en su propio dolor, como el niño á quien han arrebatado algún objeto muy querido, que comprende no ha de recuperar nunca: enmedio del silencio de su cuarto, cuyas pesadas tapicerías interceptaban todo ruido exterior, silencio solamente interrumpido por el chasquido de la lluvia, cayendo en gruesas gotas sobre la marquesina de cristales, el hipo entrecortado de sus sollozos, capaces de ablandar una roca durísima, parecía condensarse en

un denso vapor de quejas y de lágrimas, que subía, subía, hasta desparrarse en los frescos del techo; en el cual, como adivinador sarcasmo, la mano del artista había trazado la apotheosis de la ventura conyugal, con todos los encantos de la maternidad y de los goces lícitos y sancionados de la feliz Arcadia que ella había presentado.

Sufría horriblemente; de una sola ojeada, en un segundo, el cuadro monótono de su vida con todos sus detalles, momento por momento; alegrías y vértigos sin expresión humana, que de seguro para ella no volverían nunca, y al descorrerse el velo, el aspecto desnudo de la espantosa realidad sublevaba su instinto de rectitud y de honradez, mostrándole el presente como una pesadilla sin consuelo ni término.

¿Cómo? ¿y era aquél hombre adorado, elegido con un tesón digno de más brillante causa, entre un nutrido séquito de soberbios partidos, aquel hombre por quien había sacrificado todo lo más querido, su libertad, su voluntad indómita, hasta el mismo tesoro de su reputación; á quien había rodea-

do, con ese ensañamiento de la mujer apasionada, de detalles de amor, de nimiedades de ternura, comodidades y placeres que nunca había soñado, el que gozaba en empañar el brillo de aquel cielo creado para él únicamente, atentando, no solo á su tranquilidad, á su cariño, cosas poco importantes, como suyas, patrimonio ilusorio y efímero, sino también al equilibrio de la existencia material, cebándose en abrir un día y otro día la brecha irremediable en la tranquilidad del porvenir del hijo idolatrado?

¿Y qué duda quedaba? no sabia qué hacer; de buena gana, siguiendo los impulsos de su voluntad, se habría precipitado como una inundación en el despacho de su marido, dejando desbordar en un torrente asolador aquella lluvia de sospechas, de latentes rencores, de ofensas siempre vivas; rompiendo de una vez aquella situación indefinida que no podía seguir, saliendo con valor al encuentro de una ruptura inevitable, que estaban reclamando su dignidad y su naturaleza, y el amor maternal y todo aquello que la rodea-

ba; porque era indudable que sobre sus debilidades de mujer, sobre su condición de honrada esposa, había algo más alto, algo que era preciso defender con la tenacidad y la grandeza con que la leona defiende sus cachorros.

Ante todo, era madre, y este solo título estaba por encima de todos los demás intereses de la vida; obrar de otra manera habría sido un crimen; pero por otra parte, no ignoraba el inmenso ascendiente que aquel hombre ejercía sobre ella; sabía muy bien que una sonrisa suya, que una sola mirada de sus ojos, aquellos ojos en que desde niña había aprendido á leer su regla invariable de conducta, los menores caprichos del sér idolatrado, la fase del amor que él había querido mostrarle, serían muy bastantes para echar por tierra la resolución más arraigada, para disipar en un segundo como penacho de humo al impulso del viento, los amargos recuerdos, las absurdas alarmas, los celos espantosos que él sabría hacerle ver como vanas quimeras posibles solo en su imagina-

ción desquiliada, haciéndole creer más temprano ó más tarde que aquello que veía negro como la noche era perfectamente blanco; y así, la situación volvía al mismo estado, y por un pugilato de egoismo culpable, el porvenir del yunque que sufriría siempre el deterioro de los golpes en vago, la fortuna de su hijo quedaría sobre ascuas, perdiendo cada día hasta llegar á un término que su mente ostigada le hacía preveer con bien negros colores; no, no había tiempo que perder; quería convencerse de que todo su amor se había disipado; quería repetirse que aquel hombre, como ya en su desprecio le llamaba, no suponía nada para ella, que ya no le quería; cuando habría bastado su presencia, una sola palabra de aquellos labios que con un arte refinado sabían destilar la miel de la ternura y el halago, dejándolos caer como un veneno en aquel corazón siempre dispuesto á fecundarse, una sola caricia de aquella mano amada que escondía las uñas para dar el golpe, para fundirla en una relajación indefinible de inefables dulzuras, de perdones su-

blimes, de ilusiones tardías, mucho más vivas y pujantes por el recuerdo de la ausencia, la ausencia sin la separación que es la más espantosa.

Y en aquel torbellino de opuestos sentimientos, era bien desgraciada: ¡aquello era imponente!

Cuando se hubo calmado y la fría reflexión empezó á apoderarse de su espíritu, comenzó á pasearse por la habitación, con pasos desiguales, que delataban la volubilidad de sus ideas: un ligero temblor contraía sus labios, en que flotaban de continuo palabras no acabadas de formular, que iban respondiendo á la continua evolución del pensamiento, y, los ojos hinchados por ese fuego asolador de las lágrimas, las mejillas hundidas, al encontrarse frente á frente de su armario de espejo, se asombró de sí misma; parecíale que le habían echado en un momento veinte años encima, y hasta casi se dijo, con esa abnegación de otro mundo mejor de la mujer ideal que todo lo perdona menos las heridas inferidas al fruto de sus entrañas, que su marido hacía muy bien en pensar de aquel modo, que era

muy natural que la olvidara, cuando había en Madrid tantísimo motivo de distracción, capaz de llevar la demencia y el vértigo á la cabeza mejor organizada: poco á poco, la tensión de los nervios se fué debilitando y una dulce resignación ocupando en su espíritu el lugar del orgullo y del anhelo del desquite; fatigada de todo, se detuvo delante de la ventana, apoyando la frente calenturienta en los fríos cristales empañados por la temperatura elevada del cuarto: en aquella actitud no sentía, no pensaba; veía maquinalmente el aspecto sombrío de la tarde, con sus nubes compactas de color de ceniza, que parecían materialmente pasar rozando las copas de los grandes árboles: seguía distraidamente, con interés pueril, el curso de los pequeños arroyuelos que en los paseos del jardín había hecho la lluvia, gozándose en el vuelo de los pájaros que venían á sumerjir, jugando, su plumaje en ellos; y el chasquido periódico de las gotas de agua cayendo majestuosamente sobre las grandes hojas de las hortensias, se le antojaba algo así como inmensa vibra-

ción de objeto cristalino que se rompe, en perfecta armonía con el quejido de la fibra sensible que se había roto dentro.

De repente, el sonido de la campanilla de la verja vino á sacarla de su ensimismamiento: un momento después, á pocos pasos de ella, veía cruzar la grava del paseo á una mujer con dos pequeños niños, á quienes procuraba resguardar de la lluvia debajo de un paraguas: una oleada de sangre, como no había sentido nunca, llegó á paralizar la marcha de su corazón amenazando ahogarla, y un rujido de pantera ostigada se escapó de su seno, mientras el puño golpeaba su frente sudorosa con ese desvarío del sér que se siente caer en un medroso abismo y se sabe impotente para contrarrestar la violencia del golpe.

No podía caberle duda: aquella mujer era la misma de la noche de marras, la misma que había visto, con aquellos ojos que querían saltarse de sus órbitas: aquella era la hembra que venía á disputarle, sin derecho, la posesión del hombre idolatrado.

Así... ¡pero Dios mío! ¡Qué desesperación! ¡Hasta en su misma casa! ¡Qué descaro tan grande!

De un solo salto fué á colocarse tras la puerta que comunicaba con el recibimiento; allí escuchó anhelante, oprimiéndose el pecho, para que no saliera á borbotones la respiración que más bien parecía fatigoso estertor de encarnizado pujilato: oyó un rumor de voces y enseguida la puerta del salón que se abría y cerraba.

No pudo contenerse; se lanzó fuera de su habitación al mismo tiempo que un criado atravesaba el vestíbulo.

—¿Dónde vá usted? — le preguntó, con esa voz entrecortada que deja como petrificado al que la escucha, que delata en su acento la excitación de la locura rayana con el crimen.

—A avisar al señor—dijo tímidamente el servidor, sobrecogido del aluvión de aquella escena inesperada.—
—Hay en la sala una señora que le espera.

—¡Esa visita es para mí!—prosiguió Rosalía con acento breve, procurando calmarse y mirando á otro lado para

ocultar su turbación,—es una amiga mía: no hay que avisar á nadie... Puede usted retirarse.

—Como había preguntado por el señor... se aventuró á decir el pobre hombre.

—¡Le he dicho á usted que es para mí!—gritó ella exasperada, con ese imperio abrumador de raza que no admite réplica.—¡Yo creo que alguna vez en esta vida he de estar en mi casa!

Cuando se quedó sola, se deslizó materialmente hasta la puerta del salón, que abrió sin hacer ruido: se detuvo un momento y levantó en silencio el pesado portier, para gozar á su sabor de aquella muda escena, con el mismo placer con que la hiena saborea el inocente sueño de la presa: no tenía compasión, no se conocía ya; parecía que un demonio había invadido las celdas del corazón en que antes se albergaran los sentimientos más compasivos y elevados: un silencio de muerte invadía aquel cuadro: habríase dicho que en el pesado ambiente de aquel hogar vacío por la sospecha, flotaba

ese momento que no puede explicarse, que es el presentimiento de una horrible catástrofe.

En medio del salón, en plena luz, se había sentado aquella intrusa, con la cabeza baja, la mirada distraídamente fija en un punto, con las manos cruzadas sobre la falda; esa actitud contemplativa del sér acostumbrado á los vaivenes, que arrostra el todo por el todo y vá á jugar, en una última partida la solución del porvenir entero: tenía puesta una falda de seda negra, completamente lisa y un abrigo de paño, también negro, adornado de pieles: las bridas de terciopelo de un sombrero de crespón con algunas violetas, hacían resaltar más la blancura de sus facciones, bellas, pero ya marchitas: la finura de las manos, blancas como de cera, la brevedad del pié, y ese sello especial que no se sabe en qué consiste, pero que existe indudablemente, estaban delatando en ella á simple vista la procedencia aristocrática.

La esposa la veía, reflejándose en el gran espejo del salón, donde se veía á sí misma y establecía por instinto en-

tre los dos un parangón que hacía afluir á sus labios un rictus amarguísimo: mientras tanto, los niños con esa indiferencia envidiable de los pocos años, contemplaban los muebles con asombro, palpando las telas de los cortinajes, moviendo enajenados las mesas, para ver temblar los chupadores de cristal de los candelabros.

Cuando se hubo empapado lo bastante en la contemplación de aquella escena, como el que se decide al fin á tomar una resolución penosa, cerró los ojos un momento, y avanzó algunos pasos; al rumor de los pliegues de su bata sobre la alfombra, se estremeció la otra mujer, y, poniéndose en pié, como al impulso de una corriente eléctrica, se quedaron las dos mirándose á la cara, casi sin respirar, cual si midieran el terreno palmo á palmo, en ese frío silencio con que se cruzan los aceros que llevan en su punta el hielo de la muerte: la expresión de sus rostros era bien diferente: en la una, el asombro; en la otra, el desprecio, tanto más insultante cuanto que se cree asistido de todas las impunidades y todos

los derechos: aquella situación no podía prolongarse.

—Usted... no me esperaba á mí sin duda—comenzó Rosalía, con esa indiferencia que tan á maravilla finge la mujer cuando la mordedura de los celos devora sus entrañas.—Comprendo que he violado todas las leyes de la más elemental educación y del buen tono; pero ha sido á sabiendas; usted me ha dado pié; ¡usted me ha autorizado para ello, desde el momento en que se ha presentado en una casa cuya dueña no le había ofrecido!

—Y sin embargo—continuó, enardeciéndose.—Usted sabía muy bien que en esta casa había una mujer honrada, una mujer cuyo corazón no ha palpitado nunca más que para el amor, para el deber, para la abnegación hasta á los seres que más la han insultado, hasta para aquellos que les han ayudado á dar el golpe, mientras, al menos, han tenido la prudencia de mantenerse lejos: una mujer cuya reputación puede empañarse con el solo contacto de una vida menos acrisolada que la suya. Usted sabía muy bien que en este ho-

gar había una cabeza de cabellos de oro, rodeada de ese hermoso prestigio que la aureola de la inocencia presta, en torno de la cual gira constantemente el pensamiento de dos vidas, las dichas del pasado, los desvelos de un porvenir incierto; cabeza idolatrada, que usted, con su presencia, sin piedad escarnece, contribuyendo á socavar el edificio de su tranquilidad futura: señora.... francamente, ¡confesemos que en la vida hay momentos en que todo el imperio sobre la voluntad, el poderoso freno de la urbanidad más exquisita, son bien insuficientes para contrarrestar el impulso legítimo del desprecio que se sube á los labios!

Estaba idealizada, magnífica, imponente: la otra mujer había vuelto á caer sobre el sillón, agitada por un temblor nervioso que invadía sus miembros: las últimas palabras de la que se creía su rival, habían hecho subir hasta sus sienes ese rubor que ciega, que se resuelve en la explosión del crimen si antes no lo hace en lágrimas.

—¡Ay! ¡Señora, señora!—balbuceó, con un gemido capaz de conmover un

corazón de mármol.—Eso que usted me dice, no está bien; eso no es caridad; ¡Dios no puede quererlo! Es lícito, es hermoso el alarde de la virtud de la honradez, esa especie de pedestal de la mujer que forma de su deber un culto, de su ternura un sacerdocio, en que se perfecciona día por día á los ojos del mundo, que la señala como la encarnación del ideal de los amores: ¡nadie mejor que ustedes, las que aún conservan esto, puede adivinar lo que será la ausencia de la sanción moral y de la estimación del medio ambiente en que es forzoso respirar mientras se tenga vida! Pero... ¡créame usted! hacer de ese tesoro un arma que se bebe en la herida dormida, pero no muerta todavía; en los recuerdos de un ayer en que aún se poseía esa bravura de que usted hoy blasona... es, temerario cuando menos: para arrojar el primer dardo, parece indispensable, cuando menos, ¡tener la convicción de la pureza del agua que se ha de beber siempre!

Se detuvo un momento, porque la tirantez de aquella situación anulaba,

como un sollozo inmenso, la voz en su garganta.

—Había sufrido mucho—continuó débilmente—Creía que lo pasado era ya el colmo; hoy veo que me engañaba; y sin embargo me habían'asegurado que era usted compasiva; ¡señora! ¡por piedad! ¡no me abra usted los ojos! Una mujer que es todo amor, comprende siempre que por amor se arrostre... yo no sé que decirle: esto que estoy pasando; ¡la reprensión de una mujer sin tacha, que es el mayor tormento!

Al cabo de sus fuerzas, se sumergió aún más en el sillón, echando la cabeza para atrás y estallando en sollozos: sus hijos la rodeaban, mirándola espantados: Rosalía emocionada ante aquel verdadero dolor, pareciendo olvidar el motivo de la presencia de aquellâ mujer en su casa, avanzó lentamente, y llegando á tomar su mano entre las suyas:

—No había sido mi objeto el ofender á usted le dijo dulcemente—solo que... usted comprende... está una ya tan dolorida, tan tirante, que la menor cosita... Después., ¡Dios mío! ¡no sé co-

mo decirlo! no sé como expresarle lo que siento! pero si fuera cosa entre los dos, si toda la cuestión de estos rencores... perdone usted, no quise decir esto... de estas pequeñeces, quedara entre nosotras... Usted será lo que se quiera; pero es usted una señora; ¡trasciende á veinte leguas! Pero yo tengo un hijo, ¿sabe usted? yo no lucho por mí, lucho por él: aunque mi corazón me dicte la compasión, mi dignidad, la indiferencia, lo que esto se merece, el deber maternal, no tengo que decírselo, también usted es madre, me obliga á no cejar en una lucha en que seguramente el apoyo moral de los derechos más sagrados y de la simpatía de todo el mundo militan de mi parte. ¡Ah! ¡si usted comprendiera, cuando se tiene un hijo formado en los trasportes del más puro é ideal de los amores, sancionado por Dios, que despliega sus alas sin escrúpulo en plena luz, ante la faz del mundo entero, lo que subleva, lo que indigna la persuasión de la existencia de esos hijos del crimen...

No se atrevió á seguir, las pupilas azules de aquella mísera que tenía de-

lante, se clavaron en ella con una expresión tal de súplica y desfallecimiento, que imponían respeto.

—¡Eso es horrible! ¡horrible!—murmuró como un soplo—y sin embargo, vea usted; desgraciados y todo, como son, se me antojan á mí lo más hermoso, lo más sublime de la tierra: usted puede humillarme, usted tiene derecho para todo: yo así lo comprendía, y comprendiéndolo, por ellos, solamente por ellos, habría sido capaz de este paso violento para inclinar en su favor definitivamente, el ánimo de Fernando.

¡Fernando! ¡Virgen santa: ¡aquéllo era descaró! ¡qué familiaridad! Aquella era la bomba que debía dar al traste con todos los respetos, todas las disposiciones, todo el freno de la bondad y de la educación más refinada: en un segundo, la mujer vió aparecer como un relámpago, envuelta en el encanto de esa especie de voluptuosidad que solo se comprende en la confesión íntima de una misma almohada, toda la historia entera de los amores clandestinos, con sus días eternos de mortal espera, con sus noches brevísimas de

delirante posesión, tanto más exigente cuanto menos segura del mañana: momentos de embriaguez disfrutados á costa de las canas y las lágrimas de la esposa legítima; con sus promesas insensatas, sus ardientes caricias, ese cuadro sombrío de la preponderancia abrumadora de la odiosa querida: se irguió como una fiera dispuesta á disputar al universo entero el pedazo de carne; orgullosa, imponente, medía á grandes pasos el salón con los brazos cruzados, fruncido el entrecejo, los ojos animados de un resplandor siniestro.

—Así... ¡qué desvergüenza!—estalló de repente, cuadrándose soberbia delante de la víctima —¡Usted misma lo ha dicho! ¡Venía usted á robarme á mi casa escudada en la debilidad de un marido culpable y la seguridad de mi decoro y mi miedo al escándalo! Son ustedes así, todas lo mismo; no se ven satisfechas con llevar la semilla del odio y la discordia, ese hielo crispante más horrible mil veces que la muerte, al seno de un hogar que un momento antes era un cielo sin nubes; no es bastante, sin duda, lanzarse entre dos sé-

res fundidos por el recuerdo de momentos sublimes, de placeres legítimos que, aunque ustedes lo ignoren, no se borran nunca; es preciso cebarse en agrandar la brecha abierta en la fortuna, en minar los cimientos de la tranquilidad del bienestar futuro; rebajar ese vínculo de la sangre común, reflejada en un sér por cuyo porvenir se lucha como loca hasta el último aliento; necesitan ustedes que el hediondo fango salga á la superficie, que lo vea todo el mundo; gozarse con el ruido y el sarcasmo del triunfo despreciable.... ¡Eso no! ¡eso no! ¡no será, Dios mediante, mientras yo tenga vida! Los había visto á ustedes, no una, muchas veces; se trataba de mí y tenía paciencia: hoy no puedo tenerla, ¡hoy, le prevengo que me opondré, que llegaré sin vacilar donde sea preciso, sin que nada me arredre!

La otra se levantó con una magestad impropia de su papel ingrato.

—¡Nos había visto usted!—murmuró friamente—nos había visto usted, sin duda alguna, en una de las veces que venía á mi seno á buscar el calor que

le faltaba en su hogar aterido; y usted me conocía, y sabía muy bien toda mi vida, y sin embargo, no ha vacilado en aplastarme con el insulto de su orgullo de gran dama impecable.... ¿Qué mujer es usted? ¿Es eso compasión? ¡Señora, convengamos en que se tiene á veces el consuelo de no descender sola por la pendiente de la aridez del corazón y el desencanto de la vida!

—¡Pero veamos! ¡Veamos!—exclamó Rosalía en el colmo de la desesperación, golpeándose la frente, como para encontrar así la solución de aquel problema inmenso que tenía delante. ¡O usted ó yó, señora, tenemos el cerebro trastornado! ¿Qué quiere usted que haga? No es él lo que defiende; desengáñese usted; cuando la ciega estimación nos sanciona el amor de los sentidos; cuando el hombre ha faltado á su deber y se han desvanecido las ilusiones de un porvenir de rosa; cuando se ha visto una mujer completamente sola, en penoso equilibrio al borde de un vacío en que se hacen pedazos la noción espantable del peligro y el halago enervante de la fácil revancha, el amor

ya no existe; subsiste el amor propio, el temor al ridículo que nos hace seguir fingiendo á todo el mundo que continúa la vida detrás de aquella máscara que oculta solamente la horrible contracción del desengaño. Yo lucho por el hijo; en mí ya no hay amor; no hay más que cálculo: después.... la ingratitude, ¡lo que no se perdona! ¡El mayor de los crímenes á los ojos de toda criatura bien nacida! Porque todo era mío: usted no lo sabrá, él no se lo habrá dicho, de seguro; pero esa es la verdad: ¡la menor cantidad que se distraiga sin mi conocimiento, resulta un robo infame, merecedor del anatema y el castigo de la vulgar estafa!

—Y con esa fortuna he labrado su dicha; no le he querido más que para ir empedrando su camino de lícitos placeres, de sorpresas de amor, de esas que no germinan más que en una imaginación apasionada, de lisonjeros éxitos, que sin mi previsión no habría tenido nunca... ¡Cómo ha pasado el tiempo! No me ha pagado bien, créalo usted; ¡no esperaba yo eso!

Se detuvo un momento porque un

sollozo inmenso ahogó su voz, y sus ojos hinchados se llenaron de lágrimas.

—¡Perdone usted que me enternezca!—prosiguió reportándose—este es el despertar del sueño acariciado; y no se lo echo en cara; si volviera á nacer... ¡volvería á hacer lo mismo! Pero créame usted; no es posible confiar en una empresa que no depende de mi mano; él no puede hacer nada: tal vez en un momento de irreflexión ha prometido á usted más de lo que podía... de buena fé sin duda, confiando en mi ignorancia para cumplir sus compromisos.

—¡En cuanto á eso... jamás!—interrumpió la intrusa con altivez digna de una reina—¡teníamos, por desgracia, cosas mucho más graves de que hablar, ideas muy elevadas, para descender juntos al trivial agetreo de esas mezquindades!

Y había en su acento una expresión tal de desprecio; en su actitud un sello tan marcado de superioridad innata, que Rosalía no pudo contenerse, y abalanzándose á sus manos, sacudiéndolas con una fuerza increíble que la hacía estremecerse en una pieza.

—¡Así... ya lo vé usted!—exclamó exasperada—usted misma lo dice y me provoca: según eso, ese hombre la quiere á usted con un amor frenético, arraigado....

Y se quedó suspensa, los labios contraidos, las narices hinchadas, pendiente materialmente de la contestación que con peligrosa temeridad provocaba, procurando sondear el fondo de aquellas serenas pupilas que la miraban sin turbarse, como si no pudieran comprender el verdadero alcance de aquella escena.

—Calcule usted que es natural—murmuró la otra lentamente, encogiéndose de hombros, como si aquello que decía fuera la cosa más corriente del mundo—me había querido tanto en otro tiempo... ¡el idilio completo de la vida! después, hacía tantos años que no me había visto... cuando nos encontramos nuevamente fué una explosión inmensa de todos los recuerdos y todos los proyectos del pasado.

Iba á seguir, pero un rúgido intraducible la dejó como helada: Rosalía, como loca, se había arrojado en un

sofá, y echada sobre el vientre, la cara oculta entre las manos, lloraba á gritos, á denuestos, no acabados de formular, con infantil congoja que, en aquel drama de lo más delicado del corazón, infundía respeto: entre sus dedos blancos y delgados resbalaban las lágrimas de la impotencia y de la decepción, como una catarata de plomo derretido; ella se había quedado enmedio del salón, mirando alternativamente á aquella desdichada y á la puerta, sin saber qué partido tomar, fluctuando en el vaivén del enojo y la lástima; los niños se agarraban á su falda y por detrás de ella miraban asombrados el espectáculo curioso de una mujer que llora sin haber recibido ningún golpe: el sepulcral silencio que reinaba en la casa hacía más perceptibles los sollozos y más eterna la indecisión de aquel momento.

Por fin se acercó á ella, y poniendo en su voz todas las suaves inflexiones de que era capaz.

—Yo no sabía que mis palabras la harían sufrir tanto—dijo tranquilamente—no había medido la impresión

que había hecho en esta casa mi infortunio; compadézcame usted, pero no sufra; está usted muy nerviosa; si quiere usted que llame... yo no puedo marcharme á sangre fría, dejándola en poder de tan violenta crisis.

Rosalía se incorporó á medias, y con acento de extravío, como si después de mucho tiempo de aniquilamiento despertara nuevamente á la vida.

—No llame usted, sería inútil — balbuceó sordamente — ¡aborrezco el escándalo. Esto había de pasar, más tarde ó más temprano: ¡es la liberación! Ya está.... Ya se acabó...; Ya no me queda nada que pasar en el mundo!

Enseguida, señalando á la puerta, con ademán enérgico que no admitía réplica.

—¡Pero márchese usted! — añadió, reprimiéndose — márchese usted, se lo suplico; será mejor para las dos; mientras que su presencia esté aguijoneando mi desgracia, no sabré contenerme, no puedo prometer pararme en ese límite que nos señalan las conveniencias y el decoro.

La otra dió algunos pasos para irse;

ya cerca de la puerta, se volvió, y con voz que empañaban las lágrimas:

—¡No; jamás en la vida—balbuceó con ademán profético y como hablándose á sí misma, ¡podré olvidar este momento! Y sin embargo, no le he hechoningún daño: creía, francamente, que él habría sabido colocarme en su concepto en un nivel más alto.

—¡El!—repitió la esposa, mordiendo los labios para no estallar en una explosión nueva.—¿Es que supone usted que él, que era todo mío, que de mí dependía, había de hablarme de estas cosas? No lo puedo creer: entonces, es que ustedes no pueden comprender lo que supone una mujer lejítima: ¿cómo, por propio impulso, se había de empeñar en degradarse para siempre é mis ojos? Porque, desengañémonos, señora, de que la mujer propia es siempre la mujer, aunque haya borrascas, aunque las luchas intestinas desunan el hogar sin atractivos, ¡la querencia del nido queda siempre! Nosotras, como es justo, tenemos nuestros triunfos, de esos que, por lo humanos, no se pagan con nada; el desquite completo de los mo-

mentos de fugaz sobresalto que nos roban; la persuasión de que la fuga del amor y las primicias de la vida nos pertenecen por completo; ¡el corazón es siempre nuestro! ¡Y en los momentos de ese vértigo que precede al placer de poseer al sér que se desea, nos hace olvidar todo, la convicción de que no hay nada que contrarrestar pueda el éxtasis de esa pasión que une dos cuerpos y dos almas con un vínculo eterno!

Sus ojos se clavaron con insistencia abrumadora en las pupilas de la víctima, fijas contínuamente en ella, con una expresión de candor y de serenidad incomprensibles; quería ver el efecto, los estragos que sus palabras producían en aquel corazón hecho pedazos; pero todo su arte se estrellaba contra el frío glacial de una coraza impenetrable: aquella indiferencia, retratada en la fugaz sonrisa de sus labios, hostigaba su orgullo.

—¿Qué dice usted á esto?

—¿Yo? Que me alegro mucho—respondió aquella estatua de hielo, sin dejar de sonreír:—Es usted muy feliz

en poseer tan por completo un amor tan profundo: aprovéchelo usted, se lo aconsejo: y.... ¡Dios se lo conserve!

Había una ingenuidad tan imposible de fingir en sus palabras, que Rosalía, por un momento, quedó desconcertada, le asombraba el cinismo, la dòsis de violencia que aquella máscara crispante suponía: entonces, se inclinó ligeramente, y con ese sarcasmo que la mujer encuentra siempre á mano al convertirse en víbora, repasando las sílabas de sus palabras y dejándolas caer una por una como gotas de hiel.

—¿Usted también... alguna vez en esta vida...—preguntó—habrá gozado las dulzuras de una pasión como esta?

Y la vió extremecerse y casi vacilar, como al impulso de una corriente eléctrica: sus ojos se nublaron, y sus miradas se volvieron del lado de la luz, como para buscar, al través del encaje de las cortinas un confidente digno en el cielo plomizo que parecía caer pesadamente sobre la tierra desolada, no tanto, sin embargo, como lo estaba su ánimo:

—¿Para qué remover—murmuró dé-

bilmente—cenizas de un ayer evaporado? ¿Que si he sido feliz? ¡Eso no se pregunta! No hay mujer en el mundo, por infeliz que sea, que no pueda tener la vanagloria de haber sido querida con delirio un día siquiera.

Y exhalaban sus labios una expresión de triunfo: habríase dicho que una varita mágica la había transportado en un segundo á la contemplación de aquellos éxtasis de un día, cuyo crepúsculo luchaba todavía con la noche de su alma:

—¡Después, la estimación!—continuó Rosalía levantándose, creciendo pormomentos—Esa influencia legítima que la mujer ejerce por derecho propio en una voluntad indomable hasta entonces, esa cadena voluntaria, basada en la seguridad de una honradez sin tacha; la completa confianza en la pureza, la elevación del pensamiento que vela por nosotros...¿También usted habrá tenido esta clase de dicha?

Un silencio de muerte reinó un momento entre ellas: los dos alientos se cruzaban silbando, como en un pujilato en que los adversarios pierden igual-

mente: después, como un suspiro que arrancara un girón de las entrañas.

—¿A qué mentir? ¡Jamás!—murmuró sordamente la mujer odiada, cerrando los ojos, como se hace para pasar un trago de algo amargo.

Su palidez fué tan profunda, que Rosalía, asustada, se adelantó hácia ella para sostenerla: pero ella la detuvo con un gesto de aversión instintiva.

—No es nada—continuó, sonriendo amargamente.—¡Es el pasado entero, que ha vuelto á aparecer, como un relámpago, matando la esperanza! Ha sido usted cruel, muy cruel, para conmigo; pero yo, por mi parte, no he pretendido nunca hacerle sombra: valgo tan poca cosa, que, aún intentando hecerlo, no lo habría conseguido; para usted, las primicias; para usted, la ventura; yo, solamente pido un poco de atención, un poco de consuelo para éstos: empiezan sus estudios, ¡son muy dignos de lástima! Usted es madre ¿no es verdad? Pues bien, señora, piense usted un momento... que llevan en sus venas la sangre de su hijo.

Le arrebató toda esperanza de éxito

el movimiento de altanería insultante de la esposa ultrajada: el asombro, mezclado de ironía que los ojos de Rosalía destellaban, eran capaces de destruir los sueños del espíritu menos propenso á ellos: pero no se alteró.

—¡Sí, tiene usted razón!—destiló, sonriendo.—No había pensado en ello; ese es el mejor título que usted puede ostentar ante mis ojos! ¡Es para mí un honor muy grande!

Se detuvo un momento y se pasó la mano por la frente, como si una penosa resolución hubiera germinado de repente en su voluntad de acero, adelantándose hácia ella hasta casi rozar su mano demacrada con gravedad siniestra.

—Vamos,—exclamó—esto no puede prolongarse: ¡voy á jugar el todo por el todo! ¿Usted desea siempre acercarse á Fernando?

—¡Sí! ¡Con toda mi alma! Yo sé que si Fernando sabe que estoy aquí, que si oye mi voz, no ha de ser insensible á la justicia que reclamo.

—Pues bien; yo no me opongo:—continuó Rosalía con precipitación,

como si urgiera el tiempo.—Podría oponerme á ello, porque soy siempre el ama de mi casa; pero no quiero el éxito de la fuerza, no quiero más que aquello que se me dé por amor espontáneo: ¡lo demás no me halaga! Lo verá usted, se lo prometo, pero con una condición; yo la anunciaré á usted, y... no quiero engañarla: ¡usted comprenderá que ha de tener en mí un defensor un poco menos que mediano!

—No comprendo el porqué; pero lo acepto todo—murmuró la infeliz, atrayendo á sus hijos para no decaer.

—Lo verá usted, se lo aseguro, continuó fébrilmente; lo verá usted... ¡sea como sea! Si yo pierdo la causa, ya no me queda nada que pasar, acepto desde ahora todas las consecuencias: si consigo atraerlo, tocar su corazón, borrar hasta el vestigio de la imágen de usted en su memoria, usted se marchará para no volver nunca; no intentará jamás forzar la puerta de su debilidad culpable; me dejará usted sola, sola con la ventura que he tenido siempre, cubriendo con las alas de mi frenético cariño el patrimonio extenso

de mi reino, sin que jamás la más pequeña nubecilla vuelva á empañar el horizonte de mi vida.

Y su pecho se hinchaba, con la seguridad de la victoria, con la ilusión de la estabilidad del sueño acariciado.

—Júreme usted que así lo hará: ¿nos hemos entendido?

La otra no pudo contestar y un movimiento de cabeza interpretó su pensamiento: la voz se había helado en su garganta: y se dieron la mano como dos conjurados que terminan un pacto.

Rosalía se alejó, cruzando lentamente el salón con aire distraído; parecía una sonámbula: una vez en la puerta, levantado el portier, supeditada, aún en las grandes crisis de la vida, á la rutina frívola en torno de la cual cierta clase social gira continuamente, se volvió y saludó: aquello daba miedo; parecía el sarcasmo que la etiqueta impone en el campo neutral en que dos séres se desean la muerte.

En el trayecto de la sala al cuarto de Fernando, la fría reflexión tuvo lugar de hacer una favorable reacción en su espíritu: se sentía valiente, dis-

puesta para todo; comprendía por instinto que había llegado á la más alta cúspide de aquella situación insostenible, y que ya no era tiempo de retroceder; se sentía en el pecho un hervor de sorda irritación, que en lugar de apagar procuraba entretener con todas sus fuerzas para no decaer en el momento decisivo.

Abrió ruidosamente la puerta del despacho y entró sin vacilar con seguro paso, como siempre, como en tiempos mejores en que venía de cuando en cuando á buscar los momentos de un amor que se había evaporado: todo estaba lo mismo; la gran ventana estaba abierta de par en par, y á la invasión de luz de tarde sombría, brillaban las flamantes armas de las grandes panoplias, los dorados bronce de los muebles antiguos, los platos repujados, la porcelana de los mil curiosos cachivaches diseminados en los muebles con un fulgor siniestro; las severas tapicerías que cubrían las paredes y constituían los cortinajes de color gris oscuro con grandes flores de lis de hilo de plata, contribuían á aumentar la ar-

monía del conjunto, prestando un tinte señorial á la vasta estancia en que parecía flotar materialmente, acaso producido por la presión de la tormenta que á lo lejos se iba deshaciendo, un bochorno irrespirable.

Enfrente de la ventana, sumergido entre los muelles brazos de un amplio sillón, Fernando dormía con el pesado aplomo de la fatiga corporal ó de la lucha física largo tiempo sostenida; había pasado toda la mañana, mientras lo había permitido el tiempo, tirando al blanco en el jardín; todavía á su derecha, sobre una mesita, estaba la pistola conque sin duda pensaba reanudar cuando cesara la borrasca su ocupación favorita.

Rosalía se acercó á él, y sin turbar su sueño lo contempló en silencio un momento; le parecía en aquella ocasión más hermoso que nunca; tenía los labios entreabiertos por la respiración compacta pletórica de vida; el arco dorado de sus largas pestañas proyectaba una sombra interesante sobre sus mejillas; un ligero sudor pegaba los cabellos á sus sienes: la esposa abandonada sentía que

con sus prevenciones y todo le amaba como siempre, y esta penosa idea, esta misma impotencia sobre su voluntad era precisamente lo que la sublevaba; lo que en aquel momento sentía Rosalía, no pueden comprenderlo más que aquellos que han contemplado largo tiempo, en una circunstancia parecida, á un sér desesperadamente amado!

Por fin, se decidió á tocarle suavemente en el hombro, y el se despertó con esa vaguedad con que vuelve á la vida el que en su sueño se creía muy lejos de esta esfera.

—¿Tu por aquí?—balbuceó con naturalidad, pasándole su brazo por la cintura para atraerla á su pecho—¿quién se quiere morir?

—Ya era hora, ¿no es verdad?—preguntó Rosalía sin oponerse á su caricia, sonriendo con una sonrisa indefinible que él no podía comprender—ya ves, es natural; esta espantosa situación no podía prolongarse eternamente; teníamos que hablar, que ponernos de acuerdo para muchas cosas... yo sabía muy bien que tú con tu altivez jamás vendrías á mí; me ha tocado

bajar y aquí me tienes; no tengo tiempo que perder; ¡tenemos que decirnos tantas cosas!

La brevedad, el extravío que había en las palabras de la pobre mujer, des-pistaron por completo á Fernando, que tomó el hervidero de los celos y el des-pecho por la explosión de la pasión que se desborda.

—Así... ¿todo ha pasado ya? ¿tú me amas como siempre?—murmuró suavemente atrayéndola á sí con una fuerza que la obligó á sentarse sobre sus rodillas.

Ella sufrió una conmoción de que no se creía ya capaz; como un escalofrío que corrió por su cuerpo desde los pies hasta el cerebro, un súbito relámpago, y en medio de la grandeza del momento, mujer al fin, una idea mezquina brotó con una fuerza inusitada en el fondo de su alma; habría dado alguna cosa muy querida porque la otra mujer hubiera podido verlos, un segundo no más en aquella actitud por el agujero de la cerradura; pero arrancándose á aquel éxtasis que creía culpable:

—No se trata de mí precisamente—

murmuró con desvío, arrancándose de sus brazos.—Sobre nuestro egoismo, sobre nuestro cariño... de una época mejor, existe algo más grande que reclama el esfuerzo de nuestras voluntades unidas en desinteresado conjunto: escúchame Fernando; quiero decirte muchas cosas y tengo poco tiempo; yo no reclamo nada para mí; comprendo que después de lo pasado entre nosotros, todo está muerto para siempre; pero para nuestro hijo todo desvelo es poco; yo vengo á tí para que juntos le salvemos

Fernando se levantó de un salto y una intensa palidez invadió su semblante.

—¡Dios mío!—exclamó—¿le habrá pasado algo?

—¡Qué interés tan sublime! ¡qué afán tan noble es ese que te inspira!—murmuró Rosalía con un acento indefinible que parecía un cuchillo pero no, tranquilízate; no le ha pasado nada; no se trata de hoy, se trata del mañana, ese mañana tenebroso que tú con tus cuidados has sabido cubrir de dichas envidiables.

Fernando comprendió el giro que la conversación tomaba y un estremecimiento involuntario recorrió todo su cuerpo; veía venir la tempestad, y midiendo las armas de la friedad del adversario, se aprestaba á la lucha.

—¿Y para eso has venido?—dijo sencillamente—¡no puedo comprender lo que quieres decirme!

Rosalía hostigada no pudo contenerse; se colocó delante de él, imponente, terrible y devorándolo materialmente con los ojos:

—¡Veamos! ¡la verdad! —murmuró reprimiéndose—tú sabes bien que yo no sé mentir, que yo no sé disimular; ¡esos efectos de tragedia están de más entre nosotros! Vengo de separarme de Santiago; puedes considerar la dosis de amargura, de excitación, que me siento aquí dentro.

Fernando se encogió de hombros con una indiferencia y una altivez desesperantes.

—¡Y puedes darme gracias! —continuó ella enardecida por aquella actitud abrumadora—de que aún con un último resto de decoro, ataco la cuestión

menos acusadora para tí, menos resbaladiza! ¡hay cosas, hay palabras que abrasan los labios y el corazón de una mujer decente! Pero yo expongo la cuestión sin pararme en rodeos; la situación es triste, el porvenir de un sér idolatrado que no tiene la menor culpa de todo esto, se presenta sombrío.... ¡nó! ¡nó! ¡y mil veces nó! Yo no quiero caer; yo no quiero morirme con la inseguridad de una ventura cuya conservación depende de nosotros. ¿Es que él por acaso solicitó nacer? Reflexiona un momento; yo estoy dispuesta á todo; tú... la verdad, Fernando: ¡tú, que has sido aquí el amo no podías ignorar el peligro latente á que habíamos llegado

—Asi... ya tú lo ves—gritó él exasperado, midiendo á grandes pasos la habitación—¿y eres tú, la culpable, la que con su desvío no ha vacilado en arrojarme en ese sombrío abismo de la disipación y del aturdimiento, la que viene á implorar una alianza tardía, con el almibar de la maternidad en las palabras y un puñal en la mano? ¡Esto era de esperar: todas, todas cortadas

por el mismo patrón! ¡No bastaba, sin duda, hacer de un hombre el sér más desdichado de la tierra, negarle los derechos más sagrados, sin los cuales la vida se extingue, debatiéndose en un ambiente en que falta el oxígeno, convertirlo á mansalva, en la comedia del hogar, en el secreto de la alcoba, en un abyecto paria! ¡era además preciso echarle en cara impunemente, ante la sociedad entera, las complacencias, el desprendimiento de un capricho antiguo, con la misma jactancia con que los calaveras de mal tono, no satisfechos todavía con su dudosa fama, pregonan lo ruinoso de un amor comprado: matar en él cuando ya no se le necesita para nada, la posición, la dignidad, el prestigio á los ojos de un sér asalariado, convertido en la mecha que ha de llevar á todas partes la atractiva explosión de su degradación y su vergüenza ¡esto es horrible! ¡horrible!

Se detuvo un momento porque habia llegado al paroxismo de la exaltación y le ahogaba la sangre que afluíá á su cerebro: nunca se había mostrado así, con aquel abandono incomprensible de

la simulación y los respetos sociales.

—Además —prosiguió procurando calmarse— mis desastres nunca han sido un secreto para nadie; tú lo has sabido todo, y sin embargo, no solo no te has puesio como ahora sino que te has unido á mí para hacerme olvidar con tu desprendimiento y con tu ejemplo la penosa impresión de la derrota; procurando animarme porque sabías muy bien el móvil de mis actos, de mi fiebre de gloria, que no era otro que acrecentar la dicha con tu amor adquirida, consolidar el porvenir del lazo que debía unirnos para siempre; si el éxito no ha coronado mis esfuerzos, ¿es mía toda la culpa? ¡Eres injusta cuando menos! y es preciso pensar que si la loca empresa hubiera tenido un éxito risueño, no habría turbado tu alegría el más pequeño escrúpulo; ¡entonces de seguro tú, la que ahora te quejas de que te se despoja, no habrías sabido echarme en cara el haber despojado á un infeliz, más infeliz que tú sin duda, por aquel mísero interés, aquel mezquino plus que te había traído!

Estaba agigantado; Rosalía ensimis-

mada se había apoyado contra la chimenea y jugaba nerviosamente con una figurita de porcelana que había cogido de encima de ella.

—¡No, no! ¡Tú sabes bien que no es eso precisamente lo que te echo en cara! Has jugado, es verdad; pero la Bolsa es el campo neutral donde se desbalijan, donde se roban con finura las personas decentes: yo no ignoraba nada; tácitamente he consentido, ¡no tengo nada que decir! ¡Dios sobre todo! Pero.... posteriormente... has exigido sumas considerables, yo no sé para qué: ayer, sin ir más lejos.... ¡es preciso decirlo! ¡Es triste, es desecante, pero no hay más remedio! Ayer por la mañana, has pedido á Santiago otra vez dos mil duros... ¡No Fernando! ¡Por Dios! ¡Esto no puede continuar! ¡Yo no puedo quererlo! ¡Te advierto desde ahora que, si es precisa la violencia para cortar estos abusos, no me detendrá nada, ni el horror al escándalo! El corazón no existe ya; ¡lo demás poco importa!

Se habían quedado frente á frente, como dos fieras dispuestas á avalanzar-

se una contra otra para hacerse pedazos, en medio de un silencio imponente y sombrío en que solo se percibía el extertor de las respiraciones anhelantes, como esfuerzo postrero de encarnizada lucha; las últimas palabras de Rosalía habían hecho subir á la cara de él una gran paletada de vergüenza, en oleadas de sangre, que invadían el cerebro como una inundación que puede resolverse en la ciega violencia, un segundo más tarde, irremediable; los dos al borde de ese abismo que una vez provocado no se cierra nunca, comprendían que aquello era definitivo, que después de aquella escena, de lo que allí había salido á relucir, de la ofensa latente que se sentía palpar materialmente en la viciada atmósfera de aquel dorado nido, todo arreglo entre ellos era una quimera.

Durante aquella tregua que la fatiga física les había impuesto, se devoraban con la vista, como si los dos estuvieran haciendo nuevo acópio de fuerzas para un nuevo ataque; pero, á medida que reflexionaba, la expresión dura de las facciones de Fernando se iba dulcifi-

cando, como si para él pudiera brillar aún una risueña aurora, como si una suave relajación se fuera apoderando de su espíritu.

—¡Es verdad, es verdad!—murmuró lentamente como hablando consigo. —Pero si tú supieras el destino de muchas de esas sumas..., si tú pudieras comprender el móvil de mi extraña conducta, tú, tan buena, con ese corazón tan extremado para todo....

Le cortó la palabra la terrible ironía de la sonrisa de ella.

—¡Yo sé la procedencia, y eso basta!—respondió sin mirarle, dejando caer las palabras una á una.—El destino más ó menos honroso, me tiene sin cuidado; yo sé que me lo arrancan del corazón, de las entrañas; ¡que eso que me arrebatan del porvenir de un inocente, vá á engrosar lo supérfluo de un hogar que no es mío!

Vió que Fernando se estremeció de un golpe y se quedaba mirándola, como si no pudiera comprenderla.

—¡Ah, porque me callaba!—continuó enardeciéndose—porque yo sola devoraba mi despecho, creía que lo ignoraba;

yo lo sabía todo, si no, de otra manera, ¿podías explicarte que yo que te he querido tanto, pudiera atesorar este desprecio que ahora siento?

Volvieron á callarse, porque los dos se horrorizaron del punto que, acaso sin querer, habían tocado en su extravío; la cuestión palpitante tomaba un giro inexperado que los ponía al principio de una corriente peligrosa.

—¡Eso es, eso es!—repitió él sordamente—el desprecio; tú misma acabas de decirlo; el hastío invencible, cuando ya estaba satisfecha la excitación de hembra salvaje que por mí habías sentido: es duro, ¿no es verdad? Las groseras palabras del marido ultrajado, del hombre envilecido, hieren el gusto refinado de la dama elegante: ¡oh! ¡Qué mundo, Dios mío! ¡En cambio, en las acciones, no os importa ponerlos al nivel de una mujer cualquiera! El desprecio, ese ha sido el que ha abierto la sima en que hemos enterrado el inmenso castillo de nuestras dichas y nuestras esperanzas, que no volverán nunca, si vosotras supiérais, si vosotras pudiérais abarcar el daño que supone arrin-

conar á un hombre en todo el apogeo de la vida y de la juventud; en todo el apogeo del amor; reducido á un papel meramente pasivo, que subleva y engendra la duda de sí mismo; si adivinar pudiérais el peligro latente que trae la negación de los derechos más sagrados, de los goces más lícitos, un día y otro día, con una tenacidad desesperante; derechos adquiridos á costa de su libertad, de su nombre, de su honra, que pone en vuestras manos, no lo haríais; ¡de seguro! Después, si ese hombre falta, si ese hombre exasperado encuentra en otra atmósfera, en que no reina el hielo que en la suya, el derecho á la vida, la indignación no tiene límites; ¡ese hombre es un canalla, que os hace la mujer más miserable de la tierra! ¡Yo no merecía eso! Tú sabías muy bien que yo era pobre, que yo era desgraciado; mi dignidad estaba muy rozada, era preciso para no lastimarla, un exquisito tacto, y tú no lo has tenido.

El sangriento sarcasmo de una estridente carcajada, lo dejó como petrificado.

—¡Y me acusa, Dios mío!—exclamó Rosalía dando una gran palmada.—¡Y me llama culpable! ¡Vamos! ¡Solo faltaba que me echaras en caras el tener un amante!

Y se dejó caer en la butaca, riendo como una loca; él avanzó imponente, con los puños crispados; habríase dicho que iba á despedazarla; cuando estuvo junto á ella pegándose á su cara.

—¡Un amante! ¡Jamás!—rugió materialmente.—Sabía que eras voluble, conocía tu carácter, pero... ¿lo otro? ¿Es que puedes pensar que si esa sospecha hubiera cruzado ante mi mente, estarías aún ahí, me estarías diciendo todo eso que me dices?

Ella lo rechazó y volvió á levantarse con ademán tranquilo, una expresión completamente nueva; se habría creído que una idea peregrina y salvadora había germinado de repente en el caos de su espíritu: se colocó ante él, y sonriendo siempre, con una sonrisa que crispaba los nervios.

—Tú mismo, sin saberlo, has creado la luz en mi camino,—dijo, sencillamente, como si se tratara de recordar,

jugando, los hechos consumados.—Yo te conozco bien; conozco tu hidalguía, tu rectitud caballeresca en ciertas opiniones; tú no eres de esos hombres que creen que el deber de un juramento es menos imperioso por la sola ventaja de ser hombre, que creen que el lazo que los liga con otro sér de un sexo desgraciado, coloca de su parte todos los derechos, haciendo de la mujer un instrumento ciego y de ellos un tirano inapelable. ¡No señor! Los deberes, los derechos, como los sufrimientos, como las alegrías, deben ser compartidos, deben ser recíprocos, porque el contrato eterno no se hace entre dos cuerpos, que no pueden sentir que por su misma pequeñez efímera no merecen un puesto preeminente; se lleva á cabo entre dos almas; que no pueden tener diverso grado de jerarquía, ni de virilidad, ni de amor, ni de sexo: ¿es esta la verdad? ¿Dices que sí? ¡Me alegro! ¡No esperaba yo menos!

Pues bien; la sociedad, en este punto es injusta, es débil cuando menos; sobre la sociedad, tenemos la conciencia, tenemos el criterio, que nos permite

hacer de nuestro hogar un mundo á parte, en que un sabio equilibrio, en que un mútuo respeto puedan venir á ser la redención de todos, templando más y más el carácter del uno, su elevación moral, por la persuasión íntima de su papel trascendental, de ser el yunque en que gravita la armonía del concierto de la familia creada para eso; fortificando día por día el carácter del otro, su natural desconfianza, con la seguridad de que comparte á medias el áspero camino de la vida, de que tiene una inteligencia individual, una opinión aparte; que no es como en muchos, muchísimos hogares, el pedazo de carne que se arroja con asco, cuando ya se ha gozado: ¡este es el matrimonio, como yo lo comprendo! ¿El hombre tiene dignidad? ¿La mujer tiene corazón!

—Desengañémonos, Fernando, de que la mujer, débil por naturaleza, no tiene en esta vida más impulso que el que el hombre le imprime; el que sabe elevarla á su propio nivel, halagar su amor propio con el incienso de la atención y del respeto, que funden verdaderas montañas del hielo más espeso,

aunque sean fingidas, podrá decir que tiene una mujer digna, una compañera dispuesta á sacrificar en aras de su amor hasta la última gota de su sangre: pero el que la rebaja, el que establece entre ellos una distancia intelectual desesperante; tendrá toda la vida á su lado una hiena.

Se detuvo un momento para ver la impresión que sus palabras producían en Fernando asombrado.

—Nos echa en cara el mundo—prosiguió, enardeciéndose, que las faltas de la mujer son más transcendentales, son más imperdonables, por las terribles consecuencias que pueden acarrear, envolviendo no solo la deshonra, sino el engaño más infame, pudiendo hacer que ostenten sin escrúpulo un nombre honrado, acaso esclarecido, séres que para él no tienen el menor derecho: pero en cambio, el escándalo no repercute tanto fuera como en vuestros deslices; vosotros teneis que salir fuera del hogar, resignado y prudente por egoismo propio, para buscar lejos de él los placeres de ese amor clandestino que todo lo encenaga; en una

atmósfera diametralmente opuesta, á la vista del universo entero; no tomáis precauciones y el mal ejemplo es más terrible; vosotros no os lleváis para el hijo bastardo los nombres, los honores, los derechos legítimos; pero podeis traer á la sangre legítima el empobrecimiento de la vida física, los trastornos y la degradación, no para una, para muchas generaciones. Además, la mujer, por regla general, hasta en sus faltas más abyectas, se acuerda de tirar para sí y para los suyos; busca en sus concesiones el lucro y la especulación, que, aún por camino censurable aumenten el bienestar común, el brillo, el oropel de la familia; el hombre, obligado muchas veces á sostener dos casas sin poder, se lleva de la suya el pervenir y la felicidad de los seres legítimos, no solamente lo supérfluo, sino también lo necesario, ¡que muchas veces, y esto es lo más horrible, no le pertenece!

—¿Cuál de los dos será más criminal? ¡Es muy difícil precisarlo! Pero veo, cuando menos, que marchamos de acuerdo en este punto escurridizo: tú piensas, con razón, que el ser que se ha

manchado, que ha podido olvidar el juramento más sagrado pronunciado en la vida, debe asombrarse de contarle, de disfrutar una existencia que con su liviandad ha encanallado....

Se adelantó hácia él y apoderándose de sus manos, que oprimía con toda la fuerza de que era capaz, mirándole á los ojos.

—¡Mírame bien!—le dijo severamente.—Si eso es verdad, entonces ¿no te asombras de vivir todavía?

El no se conmovió; se la quedó mirando como quien vé visiones.

—¡No puedo comprender porqué me dices eso!

Ella dejó sus manos, que volvieron á caer pesadamente, y se alejó de él á pasos lentos, sin dejar de mirarle, con una sonrisa que parecía un dardo; ya cerca de la puerta, se volvió:

—¡Os he visto!—le dijo con una indiferencia capaz de sublevar á una estatua de mármol.—¡Os he visto, yo misma... con estos mismos ojos con que te estoy mirando!

Habríase dicho que una chispa eléctrica había cruzado entre ellos.

—¡Dios mío! ¿Pero qué dice?—gritó Fernando fuera de sí, oprimiéndose la frente, que quería saltar hecha pedazos: ¡dice que nos ha visto! ¡Pero esto es suficiente para volverse loco!

—¡Os he visto, lo juro!—repitió ella con un aplomo y una tenacidad dignos de mejor causa, poniéndose la mano sobre el corazón para dar más solemnidad á sus palabras.—¡Lo juraría sin vacilar, por la vida de mi hijo de mi alma!

Fernando se abalanzó á ella y la sacudió rudamente por el brazo, como para arrancarla de un penoso letargo.

—¡Pero no era bastante!—continuó Rosalía, sin poder detenerse, una vez lanzada.—¡Era preciso que viniera el sarcasmo á escupirme á la cara, que viniera la planta de una mujer infame á manchar mi salón, ahora mismo! ¡Ahí la tienes! ¡A mancillar mi casa respetable, el nido de otro tiempo!....

Fernando retrocedió espantado.

—Una mujer... aquí...—balbuceó—¡no puedo comprenderlo!

Enseguida, una expresi3n completamente opuesta inundó su semblante;

una sonrisa de inmenso desahogo entreabrió sus labios.

—¡Pero tienes razón!—dijo golpeándose la frente como el que recuerda algo.—¡Torpe de mí! ¡Qué locura tan grande! Yo la había citado, la había hecho venir hoy, ¡sin duda para esto! ¡Y tú la has recibido! ¡Y sabiendo quien era y conociéndola, la has abrumado, de seguro, con todo el peso de tu altivez de madre satisfecha! ¿Qué mujer eres tú? ¡Infeliz! ¡Infeliz! Con su modo de ser, con su desgracia, ¡qué rato habrá pasado! ¿Y es ella de quien hablas? ¿Y ella puede inspirarte esta locura incomprensible? Si tú la conocieres, si tú pudieras ver el fondo de su alma.... La había hecho venir precisamente para aclarar la situación, para que todo terminara; ¡quería presentártela!

—¿Amí?—gritó Rosalía, irguiéndose frenética, como si hubiera sentido la mordedura de una víbora.—¿Presentármela á mí? ¡Solo faltaba, señor mío, que hubiera usted soñado en imponerme la protección y la amistad de una mujer indigna!

Aquello era espantoso.

—Escucha, Rosalía—dijo Fernando lentamente, avanzando hacia ella con una sangre fría siniestra.—¡Yo no sabía lo que tú eras! ¿No te espanta que yo, cuya opinión debe ser para tí lo más grande en la vida, provocado por tí, te vea de un golpe en toda la desnudez moral, toda la ausencia de la caridad, de la nobleza de un corazón que ha sido mío? ¿No sabes lo que haces! ¿No hay mujeres indignas!—continuó, creciendo, con una majestad que imponía.—¡Esa es una palabra que han creado los hombres.... no, los monstruos que no han tenido madre!

—La que no es digna de respeto por su virtud, por su honradez, por su fama sin tacha, lo es por su desgracia, por el sello de amargo desengaño que lleva para siempre en el fondo del alma, por la lucha enervante que supone la vida maquinal, reducida á la última expresión de personalidad, sin el sostén de la consideración, y del respeto, y del afecto de los otros: unas llevan la frente levantada, y en ella los reflejos de la luz de ese día brillante de la conciencia honrada, inalterable, que como

un sol, difunde los efluvios de su vida en todos los rincones del universo entero; otras, las lobregeces de esa noche eterna que dimana de dentro, esa noche sin luna, sin estrellas, sin luz, sin esperanza, la negación moral, agitada continuamente por el furioso vendabal de pavorosas tempestades, y no por eso exenta de la sublimidad acaso en mayor grado ni menos respetable para una alma noble y delicada.

—¡Ah! ¡cómo la defiende! ¡cómo la ama!—balbuceaba Rosalía retorciéndose los brazos con desesperación.

—Luisa... ¡mi pobre Luisa!—murmuraba Fernando dirigiéndose resueltamente á la puerta—¿Cómo lavar la humillación inferida en tu susceptibilidad tan lastimada? ¿No sabes, insensata, que su sangre es mi sangre, que me insultas á mí al insultarla á ella?

Iba á salir, pero Rosalía, de un salto se colocó en la puerta con los brazos abiertos para impedirle el paso.

—No, no! ¡tú no saldrás! ¡yo no quiero! ¡no quiero! Escúchame, Fernando; pídeme lo que quieras... todo cuanto poseo, mi amor, mi vida entera, todo

te pertenece—balbuceaba como loca, el pelo medio suelto, los ojos inyectados en sangre: daba lástima verla.

—¡Pero no la veas más! ¡no quiero que la veas! mira, si yo la viera, tú me conoces bien, no sabría reprimirme, sería capaz de hacer una barbaridad: ¡por Dios! ¡por lo más grande que tengas en el mundo, por tu hijo, no provoques un rompimiento inevitable!

—Escucha, Rosalía—le dijo él haciendo un esfuerzo supremo para reprimirse—esto no puede prolongarse: esa infeliz espera; cada segundo que transcurre es una nueva herida que se infiere en su ansiedad de madre. No hay tiempo que perder; cálmate, te lo ruego; no puedo en dos palabras explicarte lo que espero de tí, los lazos que nos unen; no podrías creerme, ¡estás muy excitada! Después ya tu verás como esta nubecilla se disipa, como aún para nosotros puede brillar la aurora; déjame, ya verás; un minuto no más y todo ha terminado.

—¡No, te digo que no!—volvió á gritar cubriendo con su cuerpo el paso de la puerta.

Y cambiando de táctica enseguida, echándose á sus pies, abrazándose con desesperación á sus rodillas, llorando y sonriendo al mismo tiempo.

— ¡Quédate, te lo pido! — balbuceaba temblando — mira, soy Rosalía, soy la mujer de siempre; ¡no he dejado de amarte un solo instante! ¡y por eso los celos me enloquecen; mírame, te lo ruego; olvidémoslo todo; ¡con tu pasión la vida puede volver á ser un paraíso! ¡seré lo que tú quieras! ¿Te acuerdas de los días en que solo los dos en el éter dormido del mundo aparte que nos habíamos creado, tu cabeza en mi pecho, tus ojos en mis ojos, el tiempo no existía, y pasaba el aliento de una boca á otra boca, en promesas de amor y de ventura que no tenían término?

Su acento era conmovedor, vibrante, mezcla de los murmullos y los rugidos de la espantosa tempestad que se agitaba en su alma.

— ¡Eso puede volver para nosotros! ¡puedes volver á ser mi amante, mi ídolo, mi Fernando!

El se inclinó sonriendo, gozando de antemano con la sorpresa, con el ines-

perado desenlace de aquella triste escena; con el derecho de llamarla, ya calmados los ánimos, celosa y exagerada y loca; y la separó con una mano suavemente, mientras que con la otra levantaba el pestillo; ella se irguió como al impulso de un resorte: ¡se iba! ¡Dios mío, se iba! Este grito supremo era la única idea que podía coordinar su mente; sintió que una nube de sangre caía sobre sus ojos, dió algunos pasos por el cuarto, quería llorar, quería gritar, no sabía lo que hacía.

De repente, sobre la mesa se destacó á su vista la pistola: un ruido de fiera se escapó de su pecho y se arrojó sobre ella con la misma ansiedad con que se echa sobre la presa la loba hambrienta.

Se volvió y disparó: el cuerpo de Fernando se desplomó de un golpe y fué rodando sobre la blanda alfombra hasta el centro del cuarto; ella se había quedado muda, inmovil, con los brazos cruzados, como sin conciencia de lo que había hecho.

Un momento más tarde se abrió la puerta con estrépito y por ella todos

los habitantes de la casa se precipitaron como en revuelto tobellino: entre ellos, Rosalía vió á la mujer odiada y dirigiéndose á ella como una sonámbula:

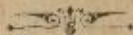
—¡Puede usted acercarse!—le dijo con una sonrisa que crispaba—yo le había prometido que se lo entregaría de una manera ó de otra: ahí lo tiene usted; ¡yo no lo necesito para nada!

La otra mujer vió el cuerpo inanimado rodeado de sangre y como loca se arrojó sobre él, cubriéndolo de besos y de lágrimas; ¡era una gran escena! Cuando pudo expresar lo que sentía, se volvió hacia ella, con acento inspirado:

—¿Es de usted esta hazaña?—murmuró lentamente;—qué desgracia tan grande! un amor propio exagerado, una mala inteligencia nos han dejado huérfanos á todos; á usted de un buen esposo, á mí.... de un hermano; ¡mi hermano de mi alma!

La otra no respondió, no podía hacerlo: aquella súbita revelación había acabado de matar la última fibra sensible que podía haber en ella: las pupi-

las sin luz, clavadas en un punto que solo para ellas existía, delataban esa inmovilidad, ese no sér aterrador que oscila siempre en la medrosa noche de la inteligencia.



TIPOGRAFIA GADITANA
DE
F. RODRIGUEZ DE SILVA

Argantonio, 5 y 7 y A. Galiano, 6
CÁDIZ

Esta casa se dedica especialmente á la impresión de obras ilustradas, científicas, literarias y profesionales, entre otras todas las del reputado escritor D. Eugenio Agacino, y puede ofrecer á los señores autores grandes beneficios prácticos en economía, esmero y brevísimo plazo para la ejecución de cualquier trabajo de esta índole que se le encomiende.

Cuenta además con grandes talleres dedicados á la impresión de fotograbados y reproducciones de retratos simil platinotipia.

Para precios y detalles, dirigirse á su propietario *D. Fernando Rodríguez de Silva*

Argantonio, 5 y 7 y A. Galiano, 6
CÁDIZ

J. VINUESA Y COMP.

—CADIZ—

VINOS LEGITIMOS DE JEREZ Y SANLUCAR

AMONTILLADOS desde 25 á 100 ptas. arroba

JEREZ desde 12'50 á 250 " "

MANZANILLA desde 20 á 75 " "

Dulces, Moscateles, Pedro Ximénez Cognac y
Rom exquisitos

ESPECIALIDADES DE LA CASA

Amontillado de LA GLORIA

soleras exquisitas del año 1800, y

Manzanilla MARIA TERESA

A más de estos vinos, tiene la casa otras muchas clases á precios convencionales.

En los vinos por arroba, el precio de la vasija se cargará parte.

Los vinos son puestos sobre wagon ó á bordo bahía de Cádiz, y el pago á 60 días, fechas de factura ó con el 3 por 100 de bonificación cuando el pago es al contado.



1070083

